



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ARQUITECTURA

TALLER MAX CETTO

Aproximación fenomenológica a la diversidad cultural del habitar
en la producción contemporánea de lo arquitectónico

TESIS TEÓRICA

que para obtener

el título de arquitecto

PRESENTA:

ANTONIO RUIZ CASTILLO

SINODALES:

Dr. en Arq. Miguel Hierro Gómez

Dr. en Arq. Adrián Baltierra Magaña

M. en Arq. y D.I., Héctor García Olvera

Ciudad Universitaria, CDMX, 2021.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Aproximación fenomenológica
a la diversidad cultural del habitar
en la producción contemporánea de lo arquitectónico

ANTONIO RUIZ CASTILLO



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
1. EL HABITAR SEGÚN HEIDEGGER Y EL CUESTIONAMIENTO POR EL ENTORNO CONSTRUIDO	
1.1 La fenomenología trascendental de acuerdo con Heidegger	20
1.2 Las nociones de habitar y construir en “Bauen, Wohnen, Denken”	29
1.3 Visiones complementarias a Heidegger y la crisis moderna del habitar	39
1.4 La diversidad colectiva como condicionante del Dasein y el Wohnen	46
Apoyo documental	50
2. LOS PROCESOS DE PRODUCCIÓN CULTURAL Y EL FENÓMENO ARQUITECTÓNICO MODERNO	
2.1. El habitar como práctica colectiva y configuradora del entorno construido	53
2.2 La identidad del animal transnaturalizado	63
2.3 Diversidad cultural y cultura moderna	71
2.4 La producción arquitectónica como consecuencia de las prácticas culturales	80
Apoyo documental	83

3. LA PRODUCCIÓN DE LO ARQUITECTÓNICO Y EL ENTORNO-AMBIENTE-HUMANO

3.1. Las prácticas sociales y el capitalismo occidental moderno	86
3.2 La producción arquitectónica y el fenómeno de lo arquitectónico	92
3.3 El entorno-ambiente humano como mediador de lo arquitectónico	106
3.4 La proyectación arquitectónica según Bognar y Gregotti	113
3.5 Comprendiendo el fenómeno de lo arquitectónico desde el entorno-ambiente humano	121
Apoyo documental	126

4. REFLEXIONES DISCIPLINARES SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL Y EL QUEHACER ARQUITECTÓNICO

4.1. Relato retrospectivo del habitar, la cultura y la producción	129
4.2 Implicaciones de lo arquitectónico en el entorno-ambiente humano	136
4.3 Limitaciones de la investigación y consideraciones finales	147

Referencias	151
--------------------	-----

Bibliografía complementaria	155
------------------------------------	-----

Anexos gráficos	156
------------------------	-----

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación consiste en un ejercicio teórico exploratorio referente a las ideas fenomenológicas del habitar en el ámbito arquitectónico y al fenómeno de lo arquitectónico como componente sociocultural en la generación de lo humano. Estas primeras nociones del habitar tienen que ver con la condición existencial, perceptiva y cambiante del ser humano al interactuar con un mundo propio inaugurado por la conciencia, y a partir del cual le es posible vincularse con las cosas que le rodean y lo significan. De forma similar, el encuentro con las ideas de lo arquitectónico habrán de referirse a la vivencia de experiencias culturales inauguradas dentro del entorno construido y que llevan al ser humano a erigir, apropiarse y disponer de las edificaciones de diversas maneras como parte de su habitar efímero.

Esta investigación está motivada por una atracción personal hacia ambos temas de conocimiento dentro del ámbito educacional, por lo que se realiza en aras de profundizar y enfrentar conceptualmente estos dos polos de interés teóricos. Las características principales de este tipo de investigaciones consisten, por un lado, en la búsqueda y en el diálogo especulativo desde la visión de diferentes autores para discutir algunos de los fenómenos implícitos en las temáticas elegidas, y por el otro, en reconocer que esta misma búsqueda no

pretende más que ofrecer una aproximación distinta a la interpretación teórica sin perseguir respuestas concluyentes ni definitivas. Para el caso de este trabajo particular, lo anterior significa acudir a otras formas de pensamiento desde las diversas ciencias sociales, apoyarse de sus necesarios recursos interdisciplinares para explorar las ideas acordadas y con ellos estudiar el fenómeno de lo arquitectónico desde el exterior de nuestra disciplina.

Aunado a estas dos características, se ha de tener en cuenta también que, al indagar en un tema de conocimiento caracterizado por su alcance multidisciplinar, se suelen teorizar sus fenómenos de forma parcial y no-exhaustiva con la intención de complementar el conocimiento preexistente en la disciplina de interés, o bien, que se respalde el ejercicio teórico en función de unos cuantos autores sin ahondar en posibilidades distintas de entendimiento. Considero en este sentido que la *disciplina* arquitectónica no se exenta de esta circunstancia, pues me quedo con la impresión de que a lo largo de mi formación universitaria las incógnitas del habitar y de la producción arquitectónica fueron abordadas desde apenas unos cuantos autores, por lo que ameritan ser cuestionadas de manera constante para abrir paso a nuevas reflexiones dentro de la Facultad de Arquitectura.

Al externar esta sospecha pongo en cuestión que, a lo largo de mi formación académica, el tema del habitar fue abordado predominantemente

desde la visión fenomenológica del filósofo alemán Martin Heidegger y su afamada ponencia “Construir, habitar, pensar” (1951), así como desde el pensamiento de Christian Norberg-Schulz, arquitecto noruego conocido por simpatizar y adaptar el pensamiento de Heidegger a su teoría arquitectónica.¹

Esta aproximación al tema del habitar me parece un tanto cuestionable en la formación arquitectónica actual, en tanto se corre el riesgo de caer en interpretaciones parciales y fragmentadas respecto al pensamiento de Martin Heidegger, transponiendo este entendimiento a la práctica profesional y asumiendo sin mayor meditación algunas afirmaciones que han llegado incluso a convertirse en lemas académicos cuando se dice, por ejemplo, que “al habitar llegamos solamente por medio del construir, y este construir tiene como meta el habitar”, o bien, que “el habitar es construir, y el construir es habitar” (Heidegger “Construir, habitar, pensar” 1-8).

Con apenas estas cortas nociones, se acepta y se integra al habitar como componente esencial dentro de la producción arquitectónica, pero no siempre se reconoce de qué manera puede esto ser o no cierto. Del mismo modo, tampoco se suelen poner en duda los múltiples significados del término, ni el rol existente de la fenomenología dentro de los muy variados y particulares procesos de

¹ Norberg-Schulz explora el concepto de fenomenología del lugar en obras como *Architecture: Presence, language and place* (1971), *Genius loci: Towards a Phenomenology of Architecture* (1979) y *Concept of dwelling: On the Way to Figurative Architecture* (1985). Su pensamiento teórico influyó en las corrientes humanistas de la arquitectura occidental del siglo XX, principalmente por centrar su interés en la experiencia del *hombre* en relación al habitar y la creación del sentido de lugar.

producción arquitectónica; con esto me refiero a la exploración ontológica del habitar, sus implicaciones socioculturales, su extensión etimológica, sus fronteras perceptuales, y desde luego, a su poder de actuación en esta otra idea identificable como la producción o el fenómeno de lo arquitectónico.

Paralelamente, reconocer que el tema de la producción arquitectónica tampoco es sencilla de abordar, y que sin embargo, forma parte del léxico academicista del día a día y se utiliza con frecuencia en el discurso arquitectónico con múltiples significados y distintas connotaciones. Me quedo con la impresión de que su conceptualización resulta un tanto controversial porque es intercambiada con conceptos afines tales como el diseño, el proyecto, el proceso creativo, la construcción del objeto arquitectónico, e incluso con la labor del arquitecto, como si de sinónimos se trataran. Con ello me refiero a que pareciera no existir un común punto de encuentro cuando se habla acerca de sus distintos procesos conformativos y los agentes involucrados en estas formas de producción. Por ejemplo, es común escuchar en el discurso académico que, “crear espacios habitables es una tarea del arquitecto”, que “el habitar es una característica que ha de ser solucionada mediante el diseño arquitectónico” o bien, que “el diseño arquitectónico es responsable de las experiencias vividas de los habitantes”; omitiendo o sobre simplificando en todos estos casos los inmensos componentes sociales, culturales y económicos presentes en estos procesos

humanos, así como los aspectos simbólicos e identitarios que, desde luego, juegan un papel crucial en los procesos de producción arquitectónica.

Como punto de partida al tema de investigación, se ha de tener en cuenta que el tema del habitar no solo ha estado latente en la disciplina arquitectónica y antropológica desde los años cincuentas, a raíz de las aportaciones filosóficas que autores como Friedrich Hegel, Jacques Lacan, Karl Jaspers y Martin Heidegger realizan respecto al concepto de la Existencia, sino que además ha sido abordado por numerosos filósofos desde entonces, revolucionado distintos campos de saber de las ciencias humanas como la antropología, la psicología, la biología, la sociología y la geografía, solo por mencionar algunos ejemplos.

Esto me lleva a reconocer que el panorama fenomenológico en la teoría arquitectónica contemporánea es en realidad relativamente reciente, al igual que el interés y las preocupaciones por el habitar en la proyectación y la materialización arquitectónica, pues a raíz de la decadencia del Movimiento Moderno y la época posbélica europea se comienza a teorizar una vez más en el quehacer arquitectónico, en esta ocasión bajo planteamientos fenomenológicos y humanistas centrados en la experiencia vivencial del ser humano con particular interés en los conceptos del lugar, de la identidad y del ordenamiento espacial.

Por tanto, el propósito último del presente trabajo de investigación consiste en la indagación profunda de dos temas de conocimiento: por un lado, en la

noción del habitar desde algunos autores contemporáneos pertenecientes a las distintas ciencias sociales, y por el otro, en los procesos y agentes sociales implícitos en las formas de producción arquitectónica y en la generación de lo arquitectónico. Con lo anterior se pretende concretar un ejercicio reflexivo de incidencia conceptual mutua para situar ambos temas de conocimiento en función del otro, y con ello comprender sus distintos campos de acción y confluencia, considerando que, si la producción de lo arquitectónico corresponde al conjunto de fenómenos socioculturales que se manifiestan en una espacialidad materializada, entonces realizar un acercamiento al entendimiento conceptual del habitar y la diversidad cultural permitirá conocer con mayor detalle las implicaciones de la producción arquitectónica moderna en la conformación de lo humano. Para conocer la veracidad de esta última aseveración, se presume que si se estudian ambas incógnitas desde los enfoques fenomenológicos, culturales y productivo-materialistas, el problema de conocimiento podrá ser entendido con mayor claridad.

Como respuesta a estas explicaciones tentativas, se pretende emprender una revisión literaria de metodología deductiva para repasar una serie de conceptos afines al estar-en-el-mundo del ser humano y la generación de productos arquitectónicos, para que una vez sean examinados simultáneamente, me aproximen hacia una interpretación más detallada respecto a cómo es que la

producción arquitectónica ha de influir en los usos y las vivencias de los modos de habitar el entorno construido y *viceversa*, con la intención también de desmitificar un par de creencias disciplinares que requieren ser revisadas.

He de mencionar que esa través de esta estrategia teórica —en donde los razonamientos parten de lo general a lo particular, con la intención de observar y teorizar en los fenómenos implicados— que se espera comparar las posturas que diferentes autores pudieran tener respecto a las nociones del habitar y de la práctica arquitectónica. Para ello, mencionar que el trabajo fue estructurado en torno a tres ejes fundamentales (1. HABITAR, 2. CULTURA y 3. PRODUCCIÓN), mismos que se estructuraron en capítulos separados para lograr un mejor ordenamiento conceptual que facilitara la comprensión de los temas adyacentes. No obstante, cada uno de estos ejes es abordado y expuesto de manera paulatina bajo un único discurso, el cual se respalda en cierta medida de conceptos secundarios en un ir y venir constante, para converger finalmente en el cuarto y último capítulo destinado a abordar las reflexiones y los comentarios finales de la investigación.

El primer capítulo **EL HABITAR SEGÚN HEIDEGGER Y EL CUESTIONAMIENTO POR EL ENTORNO CONSTRUIDO**, parte de un repaso general del cuestionamiento por el Ser desde el periodo clásico occidental para contextualizar la interrogante existencial en el pensamiento de tres filósofos clave como lo son Aristóteles,

Platón y Parménides. Una vez identificadas estos orígenes y aproximaciones filosóficas hacia la esencia existencial del ser humano, se introducen brevemente las aportaciones que la filosofía moderna trajo ante el problema del Ser, reconociendo el papel que algunos fenomenólogos jugaron para cuestionar la Metafísica de Aristóteles ante las nuevas necesidades del *hombre moderno*. En particular, se centra la atención en el pensamiento del filósofo alemán Martin Heidegger y el estudio de su fenomenología existencial para introducir su concepto de *Dasein* como el estar-en-el-mundo y a partir de ello exponer la importancia poética que Friedrich Hölderlin deposita en el habitar desde el poder del lenguaje. Con el habitar poético en cuestión, se realiza la transición al habitar formalizado en su ponencia “Bauen, Wohnen, Denken” (1951), exponiendo algunas distinciones del vínculo habitar-construir. Subsecuentemente, se emprende una revisión a los nexos lingüísticos-etimológicos que los filósofos Giorgio Agamben y Holger Zaborowski establecen como adición a esta primera noción del habitar desde Heidegger, develando con ello el concepto del *ethos* como el equivalente al modo de ser y de comportarse en la tierra. Como último aspecto, se mencionan las perspectivas de Agamben y Heidegger respecto a las crisis del ser humano moderno frente al problema del habitar, dejando abierto para reflexión su confluencia con el entorno construido y el aspecto colectivo que atañe al *ethos*.

Como último aspecto, se emprende una breve recapitulación para congeniar desde una segunda mirada las implicaciones conceptuales del habitar en relación a la conciencia, al lenguaje, a los sentidos, al entorno y a la ética, para así poder transicionar al tema de la diversidad cultural.

El segundo capítulo, **LOS PROCESOS DE PRODUCCIÓN CULTURAL Y EL FENÓMENO ARQUITECTÓNICO MODERNO**, está enfocado en retomar el concepto fenomenológico del habitar desde la noción del *ethos* para introducir el componente sociocultural en los modos de habitar. Para ello, se acude al pensamiento de autores como Bolívar Echeverría, Amos Rapoport y Angela Giglia en busca de definiciones a los temas de la cultura, la identidad y el entorno que faciliten estudiar al habitar ya no desde su carácter individual y arrojado-en-el-mundo como lo hace ver Heidegger, sino ahora desde su condición biológica, política y sociocultural que hace al humano parte de una colectividad específica, con un gran peso simbólico e ideológico que condiciona la construcción de su mundo y sus formas de comportamiento.

El entorno natural y el entorno construido son pensados como construcciones de naturaleza cultural que comprenden a los seres humanos, las cosas, a las edificaciones y a la red de relaciones físicas y simbólicas que los engloban, mientras que la cultura es planteada como una dimensión de autoproducción social basada en los procesos de producción y consumo que

atañen al ser humano. Más adelante, se reconocen las variadas formas y manifestaciones de habitar los entornos construidos y el reto que conlleva acercarse al estudio de la cultura en la actualidad desde una hermenéutica del ambiente. Posterior al tema del medio ambiente mencionado con Robert Mugerauer, se exploran los procesos de producción arquitectónica como parte de un panorama cultural más amplio en donde las edificaciones poseen significados simbólicos diversos y representan modos distintos de ordenamiento del entorno artificial.

Los procesos culturales son estudiados en función de la noción del *imago mundi* para revelar la búsqueda colectiva del habitar ante ciertos ideales, y a partir de estos arribar al pensamiento de Echeverría respecto a la crisis permanente de las culturas modernas, las que dependen del capitalismo occidental y permanecen en incesantes contradicciones ideológicas. Las tendencias culturales tradicionalistas y creativistas se vinculan una vez más con el concepto del habitar y del *ethos*, ahora desde el sentido de la experiencia de carencia y el desarraigo, sugiriendo con ello la necesidad de recurrir a la émica para acercarse a las complejas dinámicas de diversidad cultural.

Como último apartado, se realiza una segunda recapitulación de los conceptos abordados con la intención de dar a conocer las dinámicas de autorreproducción cultural implícitas en el habitar y en la conformación del

entorno humano. La dimensión cultural es planteada en relación al tema de la identidad política e individual, al *habitus* espacial, a las normas sociales, a las revoluciones instrumentales del *hombre moderno* y al sistema económico moderno que se sustenta por los procesos de producción y consumo. En cuanto a la producción arquitectónica, ésta es expuesta como un proceso y un producto intercultural dependiente de las interacciones sociales a ser estudiado desde sus posibilidades económicas y políticas.

El tercer capítulo, **LA PRODUCCIÓN DE LO ARQUITECTÓNICO Y EL ENTORNO-AMBIENTE-HUMANO**, parte de la tesis que Roberto Doberti hace respecto al habitar y el lenguaje, afirmando que las prácticas sociales son el sustento del habitar humano y el conjunto de sus procesos auto productivos derivados de la cultura. Similar a la visión materialista que Echeverría utiliza para describir a la cultura, se procede a realizar un ejercicio comparativo de los conceptos del habitar, el entorno y la materialización de objetos arquitectónicos en términos de producción y consumo, para evidenciar que corresponden a procesos culturales íntimamente relacionados y en transformación constante.

A partir de estas analogías conceptuales, se expone la necesidad de contextualizar al conjunto de prácticas sociales en función del sistema económico moderno para arribar a la producción arquitectónica y al fenómeno de lo arquitectónico; con esto se dirige la mirada al capitalismo moderno occidental

como condicionante de los procesos productivos, y a partir de ésta condición se acude a las teorizaciones del Dr. en Arq. Miguel Hierro Gómez y el Mtro. Hector García Olvera para someter a la producción arquitectónica y a la producción de lo arquitectónico a una serie de reflexiones personales. La producción arquitectónica es descrita a partir de sus finalidades, agentes sociales y estadios que la integran, mientras que la incógnita de lo arquitectónico es explicada como una experiencia cultural vivida que trasciende a la obra edificada y acontece en las esferas de lo simbólico y de lo subjetivo.

Una vez estos dos términos han sido expuestos, se retoman las nociones previamente expuestas referentes al *Umwelt* y al entorno humano para introducir un término adicional y de mayor abstracción correspondiente al entorno-ambiente humano. Esta construcción teórica es expuesta como la máxima configuración del estar-en-el-mundo y la principal contenedora de la totalidad de las prácticas culturales del humano, incluyendo desde luego a la práctica arquitectónica y al fenómeno de lo arquitectónico. El propósito de recurrir al entorno-ambiente humano para comprender los procesos de producción arquitectónica queda evidenciado con el pensamiento de Roger Bartra, quien introduce su hipótesis del exocerebro humano y las prótesis simbólicas de las que disponemos al habitar: con esto, las edificaciones son interpretadas como prótesis cognitivas, y el entorno-ambiente humano como el conjunto de prótesis físicas y

simbólicas a ser utilizadas para velar por los distintos modos de habitar las espacialidades materializadas.

A través de esta forma de pensamiento para congeniar ambas abstracciones ideológicas (el entorno-ambiente humano de la mano con el fenómeno de lo arquitectónico), se recurre a la Teoría de la proyectación expuesta por Vitorrio Gregotti y a la Práctica proyectual fenomenológica de Botond Bogner para hablar de la operación arquitectónica proyectual. Se introduce la noción de material en los procesos productivos de naturaleza hipotética, particularmente en los estadios de la proyectación y del diseño arquitectónico para comunicar la necesidad interpretativa de los agentes sociales involucrados en la producción arquitectónica. Aunado a esto, se exponen las nociones del lugar y de pertenencia en la labor arquitectónica, —derivadas de un proceso proyectual de sensibilidad poética— con la intención de evidenciar su trascendencia simbólica respecto a la idea de lo arquitectónico expuesta por el Mtro. García Olvera, así como las repercusiones que la ausencia de estos elementos tendría en las aproximaciones racionalistas de las prácticas proyectuales modernas.

Finalmente, se lleva a cabo una breve síntesis de los conceptos abordados en el presente apartado para mediar entre el entorno-ambiente humano y el fenómeno de lo arquitectónico, apoyándose para ello de un par de esquemas que posibilitan ubicar a la producción arquitectónica en función de sus elementos

culturales, reconociendo el limitado campo de acción del arquitecto moderno en la construcción y el ordenamiento del entorno construido. Teniendo esto en cuenta, se infiere que la producción arquitectónica, entendida como mero objeto materializado, no asegura la generación de lo arquitectónico sin un sentido de pertenencia ni de ordenamiento espiritual.

En el cuarto y último capítulo, **REFLEXIONES DISCIPLINARES SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL Y EL QUEHACER ARQUITECTÓNICO**, se hace un recuento general de los tres ejes de indagación para contextualizar los horizontes del habitar y la producción arquitectónica en función de la diversidad cultural moderna. Dentro de este recuento, se muestra una vez más el camino emprendido y el surgimiento de los conceptos secundarios a partir de los cuales se sostuvo el discurso teórico de la investigación. Posterior a esto, se emprende un ejercicio meditativo vinculando los conceptos abordados a lo largo del trabajo de investigación con el propósito de explicar, describir e interpretar cada uno de los ejes con la pregunta de conocimiento planteada en un inicio: en este punto se describe el repertorio conceptual recopilado haciendo uso de las temáticas complementarias para explicar desde una nueva óptica, qué es eso de la producción arquitectónica y el fenómeno de lo arquitectónico.

A manera de cierre, se proveen una serie de nexos conceptuales respecto a la incidencia mutua de los modos de habitar y los modos de producción

arquitectónica para dimensionar de qué forma y en qué medida se vuelve sugerente interpretar estos fenómenos dentro de la disciplina arquitectónica. Se comentan también los retos y las limitaciones más características del trabajo, así como un par de recomendaciones para continuar con futuras investigaciones en busca de nuevas interpretaciones, haciendo un breve listado de temas y autores adicionales, cuyas teorizaciones se vuelven precisas para escudriñar con mayor detenimiento las relaciones existentes entre la diversidad cultural y los ejercicios proyectuales arquitectónicos.

1. EL HABITAR SEGÚN HEIDEGGER Y EL CUESTIONAMIENTO POR EL ENTORNO CONSTRUIDO

PRIMER EJE DE INVESTIGACIÓN



1.1 La fenomenología trascendental de acuerdo con Heidegger

En la actualidad, decir que el ser humano habita pareciera ser una aseveración trivial e irrefutable, como si correspondiera a una noción de naturaleza tan evidente que ha estado circunscrita en el razonamiento de nuestra especie por un largo periodo de tiempo. Sin embargo, habrá de reconocer que para llegar a esta comprensión filosófica, bastó a la humanidad nada más y nada menos de decenas de miles de años de evolución intelectual y de la participación de incontables pensadores y filósofos que se enfrentaron con una serie de preguntas que incluso hoy día continúan siendo motivo de extensos debates: con esto me refiero al cuestionamiento del mundo, a la búsqueda de la verdad y a la esencia del Ser.

Si se emprendiera un viaje en el tiempo para retornar al periodo clásico del Occidente, sería posible identificar a un par de filósofos griegos que en ese entonces encaraban el misterio existencial del Ser, buscando diversas explicaciones que brindaran respuestas frente a tal odisea. Dentro de estos filósofos destacarían de forma cronológica Parménides, Platón y Aristóteles, quienes indagaron desde enfoques distintos el problema de la existencia como aquello que es real, verdadero y poseedor de una sustancia. Parménides se aproximaba al problema existencial desde *La vía de la verdad*, un apartado dentro

de su poema *Sobre la Naturaleza* que cuestionaba al “ente” y a “lo que es” en relación al Pensar, que sería aquello inmutable y eterno. Platón, con su Teoría de las Ideas y su Alegoría de la caverna, estableció dos dimensiones para acercarse al conocimiento en tanto existe un mundo sensible y un mundo inteligible, y en donde el ejercicio dialéctico constituye el método para acercarse al conocimiento imponiendo a la razón sobre las percepciones.² Finalmente sería Aristóteles quien, apoyado de las fundaciones ontológicas de Parménides y de la dialéctica platónica, examina como parte de sus tratados en su obra *Metafísica* para interpretar la naturaleza del mundo y con ello estudiar al Ser “en cuanto ser”, en términos de una sustancia, esencia, forma y materia.

Por tanto, de estas tres aproximaciones clásicas a la naturaleza de la realidad, serán las aportaciones aristotélicas las que siglos más tarde continuaron siendo referenciadas por nuevos filósofos, dando pie al surgimiento formal de la ontología y la teología como disciplinas filosóficas: la metafísica, entonces, busca llegar a la verdad de lo existente y se establece como ciencia suprema para explicar el por qué de los entes a través de la lógica y el razonamiento. Esta adjudicación cambiaría radicalmente con la llegada de la época moderna, particularmente con la Ilustración y las revoluciones industriales que exigieron nuevos cimientos filosóficos para el ser humano de aquel tiempo.

² Véase Platón. *La República*. FCE, 1997.

Haciendo un segundo salto temporal a la época de la Modernidad que concierne al presente apartado —sin la intención de describir exhaustivamente los acontecimientos más característicos de la historia occidental de la metafísica—, me interesa destacar en particular el surgimiento disciplinar de la fenomenología como nueva forma de conocimiento y enfrentamiento al saber ante la entonces actual metafísica aristotélica y la evolución del método científico hacia los siglos XIX y XX.

De esta manera, no es sino hasta la filosofía moderna del siglo veinte, y en especial a la fenomenología trascendental de Edmund Husserl, que el cuestionamiento clásico por el Ser se enfrenta por primera vez ante un diálogo crítico con las presuposiciones fundamentales de la filosofía moderna, abriendo paso a una nueva aproximación hacia la dimensión espacial de la vida humana y por ende hacia el “habitar”³ (Zaborowski 499). La fenomenología —entendida como el estudio filosófico del mundo a partir del hacer ver desde sí mismo aquello que se muestra, y hacerlo ver tal como se muestra desde sí mismo (Heidegger *Ser y Tiempo* 44) — es abordada y profundizada posteriormente por filósofos como Martin Heidegger, Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty durante la primera mitad del siglo pasado.

³ En inglés: “It is twentieth-century philosophy, and especially phenomenology, that first engaged in critical dialogue with the essential and fundamental presuppositions of modern philosophy, and that opens up a new approach to the spatial dimension of human life and therefore also to dwelling”.

Entre estos reconocidos autores, es posible identificar el estallido y las primeras apariciones del concepto del “habitar” en el pensamiento del filósofo alemán Martin Heidegger. Para ahondar en estas nociones iniciales, comenta Aura Aguirre Arcos, se vuelve preciso recurrir a su más emblemática obra *Ser y Tiempo* (1927), en donde las bases conceptuales que dieron progreso a la idea del *Wohnen* (habitar) pueden hallarse bajo el alias del *Dasein* (6).

En su obra magistral, Heidegger ofrece una descripción general hacia el concepto del *Dasein* y manifiesta algunas consideraciones que facilitarán comprender mejor la noción del habitar. De estas consideraciones, rescato el cuestionamiento primordial que el filósofo se plantea a partir del ser de los entes y del *Dasein*, enfatizando en la necesidad de diferenciar en cuanto a la ocupación espacial entre este último término (ser-ahí) y el de los objetos (ser-en) con los que el ser humano se relaciona. Para ello que se interpreta que:

1. El *Dasein* es el *estar-en-el-mundo* del ser, y este ser se distingue de los demás entes y las cosas físicas porque no radica únicamente en un *encontrarse en el espacio*.
2. La esencia del *Dasein* está en su existencia, en el ser-ahí que está presente en el mundo y que interactúa con todo lo que le rodea.
3. El *Dasein* sucede en un horizonte temporal y espacial, al cual el Ser identifica como mundo.

El primer punto de interés que no debe pasar por alto tiene que ver con la traducción literal de este estar-en-el-mundo de la lengua germana a la lengua

hispana, puesto que el término acepta diferentes significados: el *da* significa simultáneamente *aquí* y *ahí*, mientras que el *sein* (verbo en su forma infinitiva) se traduce como *estar* y *ser*, de manera que el “Da-sein” en su traducción literal corresponderá al ser-ahí, estar-ahí o bien al ser-aquí y estar-aquí. Retornando a los tres puntos anteriores, se sugiere desde un inicio entender al Ser a partir de su mundo y las relaciones que en éste se llevan a cabo, de ahí que existir, estar-ahí en el mundo e interactuar con él más allá de la mera ocupación corpórea del Ser se convierten en tres componentes que conforman esta unidad del *Dasein*. En este sentido,

El *Dasein* [para Heidegger] puede ser una manera de involucrarse y cuidar del mundo inmediato en donde uno vive, sin dejar de ser consciente del elemento contingente de esta envolvente, de la prioridad del mundo para uno mismo y de la naturaleza evolutiva del yo mismo (Childers 70).

Nótese aquí que las menciones al *cuidado*, *mundo inmediato*, *envolvente* y *naturaleza evolutiva del yo mismo* sugieren ya un fuerte indicio de las implicaciones transitivas, efímeras y relacionales que el estar-en-el-mundo guardan con la espacialidad personal en donde se existe y se es uno-mismo, que evidentemente involucra a un medio físico definido por la conciencia. Pero, ¿qué debería entonces representar este mundo inmediato, y cómo podrían interpretarse las nociones de espacialidad y temporalidad en su pensamiento?

En aras de acercarse a la idea heideggeriana de mundo (*die Welt*), se evidenció que éste no debe ser entendido como un mero objeto ajeno a la existencia del hombre,⁴ sino como la envolvente total en donde éste ha de vivir y constituirse como un *yo*. Heidegger se apoya en dos neologismos para distinguir entre dos posibilidades de entender esta envolvente espacial-temporal entendida como mundo: en primer lugar está la comprensión intuitiva (*Zuhandenheit*, *ready-to-hand*) que describe nuestra relación práctica con las cosas en tanto nos son útiles y nos “sirven para algo”, mientras que en segunda instancia se presenta una comprensión teórica (*Vorhandenheit*, *present-at-hand*) que refiere al modo en que se teoriza respecto a las cosas que se hallan neutras y en reposo, más allá de su utilidad práctica (Inwood 128-9). Se identifica entonces una aproximación práctica-utilitaria y otra aproximación teórica ante el mundo de los entes, por lo que el *Dasein* entendido como existencia, requiere del reconocimiento de lo propio y de lo ajeno; del mundo que rodea a nuestro ser y de todos aquellos entes que lo configuran como una unidad y que le resultan familiares.

⁴ Reconozco que, históricamente, el empleo de la palabra “hombre” se usa como sinónimo de “ser humano” o “humanidad”. Sin embargo, en muchas instancias la palabra se utiliza para referirse a un grupo específico de personas que no incluye a mujeres y tampoco a hombres de diversas etnias y esferas socioeconómicas. En los textos filosóficos consultados este “hombre” parece referirse a un sector privilegiado de clase alta. Con el propósito de emular la ideología expuesta en los textos, utilizo este término estando consciente de sus implicaciones. Este tema es relevante en las teorizaciones de la arquitectura actual.

Ahora bien, antes de abordar el tema de la comprensión teórica del mundo —y con la intención de lograr una independencia conceptual que difiera de las concepciones disciplinares arquitectónicas—, propongo retomar las observaciones de Aura Aguirre Arcos respecto a la noción del espacio en la fenomenología heideggeriana. Al respecto plantea que la época de la modernidad ha traído consigo un problema en cuanto a la comprensión del *espacio*, en tanto se ha incurrido en objetivar a esta entidad y en visualizarla en términos abstractos en el *Dasein*:

Sólo cuando logremos comprender el espacio desde una visión no “objetivista”, podrá entenderse que el ser-en-el-mundo del *Dasein* es algo que va más allá de “ocupar” un espacio, como si se tratara de colocar un objeto en un recipiente. El espacio y el mundo tienen un sentido en tanto se viven e interpretan en el existir cotidiano y no como si fueran simples y “fríos” objetos que están frente a nosotros, ajenos a nosotros, “ante los ojos” o “a la mano”. (Aguirre 13)

De lo anterior se distingue una condición particular que le es propia al ser humano, en tanto que este no solamente se sitúa físicamente en una espacialidad que lo contiene a manera de envolvente, sino que además es capaz de “existir” e interpretar dicha espacialidad, es decir, de interactuar y relacionarse con todo aquello que le rodea (16). Esta reflexión resulta interesante al reconocer la capacidad del *Dasein* de interpretar las cosas que se nos aparecen y configuran este mundo, pero no deja en claro cómo es que se llega a esta interpretación en primera instancia. Se vuelve preciso afrontar esta interrogante desde una

segunda condición intrínseca del *Dasein*, pues este estar-en-el-mundo se cimenta en la capacidad del lenguaje.

En este sentido, en su obra *Arte y Poesía*, Heidegger recurre al poema de Friedrich Hölderlin para buscar la esencia de la poesía, y con ello desentrañar las virtudes del lenguaje en la conformación del *Dasein*. Llama enseguida la atención cuando menciona que, poéticamente habita el hombre esta tierra, y que es ésta el fundamento que soporta a la historia (Heidegger 139). Con esto, el filósofo alemán argumenta que la poesía es el protolenguaje inaugura los acontecimientos históricos y la esencia de las cosas, dado que ésta instauro al ser con la palabra. El poeta, entendido como aquel personaje interventor entre el mundo de los dioses y el de los *hombres* a través del diálogo, será entonces quien posee el poder de la palabra para nombrar y construir el mundo (nótese aquí la similitud con lo que denominaría posteriormente como la Cuaternidad).

El habla no es sólo un instrumento que el *hombre* posee entre otros muchos, sino que es lo primero en garantizar la posibilidad de estar en medio de la publicidad de los entes. Sólo hay mundo donde hay habla, [...] Sólo donde rige el mundo hay historia (133-4).

En este sentido, el Habla no debe ser entendida únicamente como un bien del cual dispone el ser humano, sino que corresponde al acontecimiento que dispone la más alta posibilidad de ser *hombre* y garantiza la posibilidad de estar en medio de la publicidad de los entes (133). Es, entonces, aquello que nos conforma como

seres y a la vez hace posible nuestro mundo, pues este *estar-en-el-mundo* depende en su totalidad del lenguaje, del diálogo, del habla y de la palabra, mismos que nos distinguen del resto de los seres vivos en tanto somos animales poéticos.

Heidegger continúa sus reflexiones desde los versos de Friedrich Hölderlin añadiendo que:

"Desde que somos un Diálogo, [...] desde que los dioses nos llevan al diálogo, desde que el tiempo es tiempo, el fundamento de nuestra existencia es un diálogo" (136).

Con esta última afirmación se vuelve sugerente meditar en que, para descifrar este fundamento existencial, el Diálogo ha de presentarse mediante el encuentro de seres con seres, lo que implica voltear la mirada y contemplar el *estar-en-el-mundo* desde la presencia colectiva, y no precisamente desde la individualidad del ser humano ni desde abstracciones enajenadas u objetivadas.

De ahí que somos seres humanos en tanto podemos hablarnos y escucharnos mutuamente, y este hablar y escuchar constantes son determinantes de nuestra existencia. La facultad del Lenguaje se vuelve entonces un punto fundamental para acercarse a las implicaciones y los factores determinantes del habitar en el pensamiento fenomenológico de Heidegger, que como bien se procuró abordar brevemente, ha de valerse de una conciencia de los seres en tanto seres, de los entes en tanto entes y de un poder de contemplación como actor incidente dentro de esta envolvente denominada mundo. Abarca,

igualmente, un reconocimiento del yo, de una corporeidad y de una orientación física-poética dentro de una espacialidad en el mundo, de la compañía de otros seres humanos para descifrar un mundo colectivo adicional, y de las interacciones sociales que dictan de qué manera ha de desenvolverse el conjunto de interacciones del *Dasein*.

Estas características serán enfatizadas con mayor detenimiento a lo largo de los próximos dos capítulos desde la distinción que, no solamente se ha de comprender al ser humano como un animal poético e histórico, sino también como un animal social, cultural y político inmerso en un mundo construido colectivamente y a partir del cual ha de velar por su permanecer en la tierra. Este mundo colectivo será referenciado de ahora en adelante como el entorno humano.

1.2 Las nociones de habitar y construir en “Bauen, Wohnen, Denken”

Habiendo hecho un breve recuento de la noción existencial que Martin Heidegger identifica como el *Dasein*, podemos indagar ahora respecto al concepto del habitar dentro de su pensamiento fenomenológico. Para ello, este análisis se apoyará en su reconocida ponencia titulada “Bauen, Wohnen, Denken” (“Construir, habitar, pensar”) que sostuvo como parte de las

conferencias “El hombre y el espacio” para el año de 1951, en la ciudad alemana de Darmstadt. Anteriormente hablé de las raíces del *Dasein* en tanto ser-en-el-mundo, cuya esencia se sustenta primordialmente en el reconocimiento y la diferenciación que el ser humano hace de su mundo inmediato (*Umwelt*) y en función a los objetos que le rodean y están a su alcance. De igual forma, se evidenció que esta interpretación del mundo y comprensión de su propio ser en cuanto ser, proviene forzosamente del lenguaje, y este a su vez del diálogo con otros seres.

En el ensayo *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Heidegger se apoya en el trabajo de éste para complementar las nociones de existencia, mundo e historia desde el nombramiento de los entes y los seres. Aunado al rol que tiene la figura del poeta en tanto intermediario entre *hombres* y dioses, considera que el lenguaje corresponde a un bien que se le ha otorgado al *hombre* para concebir el mundo en tanto ser histórico. Así, la esencia de la poesía —interpretada como un poder de nombramiento de los entes por aquello que son— instauro al ser con la palabra y el mundo; el habla y el diálogo pasan a ser los portadores de nuestra existencia poética (*Dasein*) (*Arte y Poesía* 134).

Pero, ¿cómo, entonces, tendría que interpretarse el lenguaje en la ponencia de Darmstadt de Heidegger y por qué se asocia tan frecuentemente con el componente existencial del ser humano que construye? Es decir, ¿de qué manera

la aproximación poética del habitar resulta ser esclarecedora hacia el tema de la producción de objetos edilicios en su pensamiento fenomenológico?

Antes de aventurarme ante tales interrogantes, considero oportuno hablar brevemente del contexto histórico en donde la ponencia “Bauen, Wohnen, Denken” fue enunciada. Para ello, reconocer que se recitó enfrente a un foro de arquitectos y filósofos alemanes que se reunieron con la intención de hacer frente a la titánica tarea de restablecer y reconstruir una sociedad en crisis postbélica. La Alemania de aquel entonces se encontraba en ruinas y decenas de miles de civiles habrían perdido sus hogares y con ello su *lugar en el mundo*, pues gran parte de las ciudades habrían quedado devastadas por los bombardeos de los Aliados.

Frente a tales acontecimientos, se volvería preciso filosofar respecto a los problemas que las guerras trajeron para el *hombre moderno*, y con ello repensar su existencia en la tierra. Dicho esto, y con el objetivo de estudiar los vínculos etimológicos entre el Construir y el Habitar, el filósofo alemán parte de los siguientes principios para estructurar su venerada ponencia “Construir, habitar, pensar”:

1. Construir es propiamente habitar.
2. El habitar es la manera en que los mortales son en la tierra.

3. El construir como habitar se despliega en el construir que cuida —es decir: que cuida el crecimiento— y en el construir que levanta edificios. (2)

Aunado a estos tres puntos debe considerarse a la Cuaternidad, que es precisamente donde el habitar y el construir se congregan para custodiar el mundo. Es, en otras palabras, una unidad que no puede ser entendida por separado y que consta de cuatro elementos fundamentales: la tierra, el cielo, los divinos y los mortales; estas cuatro abstracciones ofrecen pistas valiosas para comprender de manera más clara que la virtud del habitar ha de valerse de las relaciones que el *Dasein* instaura con los dos horizontes que se mencionaron previamente, en el sentido que parte de la aceptación y el reconocimiento corpóreo ante una espacialidad (tierra, cielo) y una temporalidad (divinos, mortales).

Regresando una vez más a la aproximación poética con la intención de profundizar en las similitudes semánticas entre este *construir* y *habitar* que plantea Heidegger. En el siguiente enunciado se muestra la influencia que Hölderlin tuvo en la estructuración del pensamiento ontológico hacia el concepto del *Wohnen*, en donde se exalta la virtud del lenguaje en el ser humano y su dependencia para estar en la tierra:

La exhortación sobre la esencia de una cosa nos viene del lenguaje, en el supuesto de que prestemos atención a la esencia de este lenguaje. [...] El hombre se comporta como si fuera él el forjador y el dueño del lenguaje, cuando en realidad es el lenguaje el que es y ha sido siempre señor del hombre. (1-2)

Para Heidegger, el lenguaje antecede a todos los dominios del *hombre*, por lo que si se pretende meditar en los nexos conceptuales entre el *construir* y el *habitar*, será imprescindible retornar a los orígenes de las palabras en busca de posibles respuestas. Su preocupación primordial en esta ponencia gira en torno a que el significado del habitar se ha perdido en tanto en la actualidad se utiliza el lenguaje únicamente como medio de comunicación y no se piensa más en la esencia de las palabras. Esto lo comprueba al analizar los orígenes semánticos de la palabra del alto alemán antiguo *buan*, identificando que, originalmente, ésta significa tanto construir como habitar; de allí que afirma que sólo si somos capaces de habitar podemos construir (2-3).

A partir de esta primera observación semántica, sus reflexiones se centran en el significado del Construir y el Habitar, por lo cual procede al origen etimológico de palabras complementarias al *buan*, como lo son *Wunian* (permanecer en paz, residir, estar satisfecho), *Friede* (preservado de daño y amenaza, lo libre) y *tekhu* (producir en el sentido de dejar que algo aparezca en el presente). De lo anterior —y con apoyo de las reflexiones de Aura Aguirre Arcos—, se hace patente que la noción del Habitar está condicionada a una doble

naturaleza, significando **cercanía** y **cuidado** simultáneamente: la cercanía congrega a las cosas y les brinda una estancia, mientras que el cuidado las lleva a la verdad (*athéleia*) y permite que estas se muestren en su esencia. El Construir tiene a su vez una doble naturaleza, en tanto puede y debe ser entendido tanto como el acto de **edificar** y producir obras ingenieriles o arquitectónicas (*aedificare*), o bien aludir a un cuidado y acto de **cultivar** (*collere*) aquello que por sí solo crece (3-5).

Pero, ¿de qué manera se vincula este Construir con el acto del Habitar? Y más curioso aún, ¿qué sucede con el Construir en tanto acción de erigir edificios, es decir, de producir aquello que podríamos denominar como producción arquitectónica?

Si se toma en cuenta que este Construir al cual el filósofo hace referencia tiene dos connotaciones que de manera conjunta le asignan un significado más profundo al término, —no aludiendo siempre al sentido literal de materialización de una obra ingenieril o arquitectónica, sino también a un acto de cuidado, cercanía y cultivo— entonces la tarea de dilucidar ambos polos se vuelve necesaria para una mayor comprensión de la producción de edificaciones y el dejar crecer las cosas.

Posteriormente, Heidegger se pregunta qué es una cosa construida a partir del ejemplo del puente de Heidelberg, mencionando al respecto que:

El puente se tiende “ligero y fuerte” por encima de la corriente. No junta sólo dos orillas ya existentes. Es pasando por el puente como aparecen las orillas en tanto que orillas [...] El puente, con las orillas, le aporta a la corriente las dos extensiones de paisaje que se encuentran detrás de estas orillas [...] El puente deja a la corriente su curso y al mismo tiempo garantiza a los mortales su camino [...] Los puentes conducen de distintas maneras – siempre, y cada vez de un modo distinto [...] el puente acompaña de un lado para otro los caminos de los hombres, para que lleguen a las otras orillas y finalmente, como mortales, lleguen al otro lado. (4)

De la anterior descripción poética de este objeto edilicio, resulta relevante profundizar en la noción de espacialidad que permite a las cosas ser o convertirse en construcciones del tipo *aedificare*. Partiendo de la afirmación que el puente es una cosa situada en un mundo construido por el *Dasein* y emplazada en una fracción de tierra, me surgen un par de preguntas: ¿Qué distinguiría a este puente como edificación de cualquier otro objeto, situado igualmente en la tierra?, ¿cuál es la condición que permite referirse a esta cosa como un objeto edilicio que instaure las orillas y al paisaje mismo?

La reflexión que hace el filósofo alemán al respecto radica en que una construcción no puede ser vista como un mero objeto dispuesto en una espacialidad, sino que sucede de manera opuesta; es decir, que esta espacialidad únicamente puede ser concebida a partir de los lugares que una edificación inaugura en un paraje determinado, creando a su vez construcciones del orden *collere* (cultivo y crecimiento propio). Si lo anterior es cierto, basta con reconocer

los distintos sitios en donde el puente de Heidelberg pudo haberse erigido. De entre todas las posibilidades, se ha elegido la corriente demarcada por dos orillas para cruzar de un sitio a otro; instaurando ya la posibilidad de un *aquí* y un *allá*, dejando aparecer orillas, extensiones y parajes. Así, me parece que es gracias al erigir de este puente que se fundan los diversos lugares y se otorgan diversos parajes en donde han de estar admitidos tierra y cielo, divinos y mortales (5), congregados para permitir el habitar del ser humano.

De ahí que una construcción en tanto *aedificare* no solamente se instaure en el mundo que el ser humano ha fundado a partir de su conciencia, sino que además abre es este *aedificare* quien abre paso a otras construcciones del tipo *collere* para establecer una visión de un mundo que sea legible y comprensible en donde este estar-en-el-mundo pueda llevarse a cabo. El ser humano construye entonces su mundo a partir del lenguaje, y es este lenguaje el que le lleva a edificar como un medio para proyectar su propia existencia poética, protegiéndose y cultivándose al mismo tiempo de las amenazas que los demás entes suponen para su preservación y su integridad.

En tanto a la percepción corpórea, reconocer que esta corresponde al fenómeno original en que el espacio aparece ante los sentidos, lo cual supone concederle la capacidad de operar como experiencia entre dos órdenes: el yo (*hombre*) y lo otro (mundo); razón que por lo demás, permite comprender el afuera

desde el adentro, lo divino desde lo mortal, al cielo desde la tierra. Complementando el tema de la experiencia espacial y el lugar instaurado por una edificación, Ana María Isabel Soto Bustamante apunta a que, ya hablar de *espacio [espacialidad]* significa referirse a un “aquí” en términos de dirección y de coordenadas, como referencia a un límite, y que esto únicamente es posible en la medida en que el ser humano hace existir al mundo desde su conciencia (Soto Bustamante 43; mis llaves). Sin embargo, si reconocemos en este puente la construcción de un espacio humano capaz de coligar a la Cuaternidad y a ambas orillas del paisaje, cabe preguntarse ahora cuáles pudieran ser algunos de los factores que dictan la manera en que esta visión del mundo individual y colectivo han de construirse. Dicho de otra manera, hace falta cuestionarse qué condicionantes serán las que permitan explicar las diferencias perceptuales y semánticas, responsables de establecer métodos sumamente particulares de visualizar el habitar y por ende el mundo humano.

Estas condicionantes serán abordadas al término del presente capítulo, puesto que requieren de nociones adicionales para complementar el sentido de lugar, el mundo colectivo y la red de relaciones entre los seres y los objetos hasta ahora expuestos. No obstante, considero apropiado señalar que, probablemente sea gracias a esta precisa diversidad existencial que las vinculaciones del Habitar y el Construir cobran mayor sentido, pues ante la interrogante del *Dasein* es claro

que existe un componente de libertad de pensamiento y de acción que no debe pasar inadvertido.

Este poder de pensamiento y actuación que son inherentes al habitar sugiere que ante la comprensión práctica y teórica de los fenómenos perceptivos, así como ante la interpretación del medio en donde transcurre este existir, se han de construir y habitar mundos y lugares distintos. Esta diversidad constructiva y existencial apunta a que el ser humano moderno (entendido como animal poético) se ha habituado entornos artificiales producto de sus adaptaciones que en la Naturaleza y su sentido de pertenecer a algún sitio; estas adaptaciones (hablando particularmente de los objetos edilicios) le otorgan la virtud que tiene de reflexionar, imaginar y proyectarse a futuro y en función de los objetos que le resultan útiles y significativos; representan un proceso de creación de un mundo individual que se apoya en lo existente, además de un instrumento que permite materializar el carácter de autorrealización en que se apoya la vida humana.

Queda abierto el cuestionamiento de cómo la noción del habitar ha sido interpretada en la actualidad por nuevos filósofos y de qué manera se vincularía esta idea con la producción arquitectónica contemporánea.

1.3 Visiones complementarias a Heidegger y la crisis moderna del habitar

Con la ponencia “Bauen, Wohnen, Denken” que Martin Heidegger exhibe en la ciudad de Darmstadt se evidenció una aproximación hermenéutica a las significaciones del habitar y del construir desde la lengua germana, mostrando que no existe construcción alguna que no esté soportada por el lenguaje para que acontezca este ser-en-el-mundo. Se habló brevemente del componente espacial y temporal implícito en el acto existencial, desencadenando por consiguiente la incógnita de qué es un objeto construido y cómo estos han de fundar lugares dentro de una espacialidad determinada.

Recurrir ahora al pensamiento de dos filósofos contemporáneos para complementar los nexos lingüísticos del habitar expuestos por Heidegger se vuelve un paso importante para acercarse al medio artificial del ser humano y estudiar con ello la producción arquitectónica. A este medio artificial lo nombraré temporalmente como entorno construido, con la intención de ahondar en su definición en el siguiente eje de investigación del presente trabajo.

En este sentido, el filósofo italiano Giorgio Agamben, en su conferencia *Habitar y Construir* (2018), plantea inicialmente que la relación actual entre construcción y habitación es un tanto problemática, pues el *hombre moderno* es un

ser habitante que además de *estar-en-el-mundo*, necesita de un *estar-en-casa*, en el sentido de corresponder a un lugar y con ello a un contexto jurídico y social. Para probar su argumento, se apoya en los trabajos del lingüista francés Émile Benveniste para posicionar al *habitar* desde su verbo latino correspondiente *habitare*, que en esencia significa tener, y se relaciona con el verbo *habeo*. Del *habeo* derivan *habilis* (fácil de tener, capaz de algo), *habitus* (modo de ser, hábito), *habitud* (modo de comportarse, costumbre) y *habena* (correa, arnés, aquello con lo cual algo es mantenido junto). Mientras que el *construir* tiene que ver con la facultad de este *habitar*, que a su vez significa verificar o realizar una pertenencia social, un *ser-en-casa* o *estar-en-casa*.

Más seductor aún resulta la vinculación que establece entre el habitar y el *ethos*⁵ (ética), argumentando que:

Habitar significa crear, conservar e intensificar hábitos y costumbres, es decir, modos de ser. El hombre es, por lo tanto, un viviente que transforma el ser en un tener: en habilidades, técnicas, hábitos y costumbres. Existe una reciprocidad y un continuo intercambio entre ser y tener. Y esta reciprocidad es también una buena definición de la ética, si no se olvida que el vocablo griego **ethos** tiene que ver con el modo de ser y vivir con los otros y en primer lugar consigo, si no se olvida, por lo tanto, que la ética es en primer lugar un *secum habitare* (vivir consigo mismo). Por esto el hombre necesita no sólo una madriguera o un nido, sino una casa, es decir, un lugar en el cual «habitar», en el cual construir,

⁵ Para Heidegger, el concepto de *ethos* está conformado por un alcance etimológico que va más allá de la ética y que posee múltiples significaciones, representando tanto el domiciliarse del hombre como el modo en que lo hace (referente al lugar de la habitación y residencia del hombre); Véase Aguirre Arcos, Aura. *Habitar: reflexiones en torno a Heidegger*. 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Tesis.

conocer y ejercer intensamente sus «hábitos». (Agamben 6-7; mi énfasis y paréntesis)

Esto nos debe dar ya algunos indicios de que el entorno construido deberá ser no solamente aquella envolvente artificial que rodea y contiene al ser humano, sino también aquello que agrupa y mantiene unidos a las costumbres y modos de comportamiento de los seres bajo un sentido de pertenencia social-cultural sustentado en este *estar-en-casa*. Similarmente, las relaciones lingüísticas que el filósofo alemán Holger Zaborowski hace sobre el significado fenomenológico del habitar parten de la aseveración que la noción de pensar y filosofar es posible únicamente a través de la permanencia del ser con la materia que le pertenece (su mundo), y que esto reside en el hecho de que el verbo habitar en inglés “to dwell” significa simultáneamente “un morar” y “un pensar; meditar en algo”⁶ (494; mi traducción). Este acto de morar se respalda nuevamente en la noción del estar-en-casa expuesta por Agamben, con la única distinción de que sólo el ser humano en tanto animal poético puede morar puesto que es éste quien acepta y medita en su propia temporalidad y corporeidad, a diferencia de los demás seres vivos que no pueden hacerlo.

⁶ En inglés: “The notion that thinking and therefore philosophizing is possible only in an abiding with the “matter” that belongs to it finds expression in the fact that the English verb “to dwell” means both “to inhabit” and also “to think” or “to meditate on”.

Para Holger Zaborowski,

Nadie que vive como si pudiera trasladarse en cualquier momento habita verdaderamente, pero, al mismo tiempo, nadie habita verdaderamente si es que piensa que lo hará por siempre.⁷ (492; mi traducción)

Referente a la noción de estar-en-casa arguye que,

Ser humano significa vivir en algún lado, estar en casa en un lugar particular, ser capaz de hacer un lugar para uno mismo, establecer un sistema de coordenadas propias, tener una relación (noción) propia de lo cercano y lo lejano, de lo familiar y de lo distante, o bien, de altura y profundidad.⁸ (496; mi traducción)

Si se toman estas dos posturas y se contextualizan en el pensamiento heideggeriano, se tendría que el *bauen* que erige edificios se da a partir de la sucesión de actos que consiste en disponer o hacer uso de la materia para que el ser humano pueda preservarse en su condición de estar-en-el-mundo y su estar-en-casa. En otras palabras, el ser humano es un animal de hábitos, costumbres y comportamientos, quien por medio de una técnica y una disposición particular de los objetos que considera útiles, erige edificaciones en

⁷ En inglés: "No one truly dwells who lives as if he could move again at any moment. But at the same time no one truly dwells who lives as if he were going to dwell forever and ever exactly where he is".

⁸ En inglés: "To be human means to live somewhere, to be at home in a particular place, to be able to make a place for oneself, to set up one's own system of coordinates, to have one's own relation of near and far, familiarity and distance, or height and depth".

donde morar y cultivarse, enraizándose e identificándose dentro del medio físico que le resulta inmediato en un lugar llamado casa.

Más allá de las implicaciones del estar-en-casa y el sentido de lugar que serán retomadas en páginas siguientes, me interesa externar las preocupaciones que Heidegger y Agamben plantean al término de sus ponencias con respecto al habitar en la modernidad y las paradojas que esto conlleva en la efímera virtud existencial del ser humano y su mundo construido. De acuerdo con el pensamiento de Heidegger en “Construir, habitar, pensar”, la Modernidad ha traído consigo una crisis existencial basada en la pérdida de la patria, del suelo natal y de la noción del hogar, pues comenta que “[h]emos perdido nuestras raíces, y por lo tanto ya no podemos habitar del modo que las generaciones anteriores podían⁹ (ctd. en Zaborowski 502). El mismo Heidegger expone que [...] la auténtica penuria del habitar reside en el hecho de que los mortales primero tienen que volver a buscar la esencia del habitar; de que tienen que aprender primero a habitar (8).

Para el filósofo alemán, de aquí ha de surgir un conflicto existencial caracterizado por la pérdida del sentido del hogar y el desmesurado desequilibrio entre las costumbres del hombre actual y su relación con el medio, es decir, de su entorno construido y la Naturaleza. Esta postura resulta un tanto

⁹ Traducción propia del párrafo en inglés: “We have lost our rootedness, says Heidegger, and thus we can no longer dwell the way earlier generations could”.

negativa, pues representa un gran vacío espiritual que solamente ha de ser atendido mediante una introspección poética de la existencia, precisamente porque el lenguaje que media entre el habitar y el construir ha caído en decadencia, generando enajenación y desconcierto respecto a los entornos actualmente construidos.

Similarmente a como lo plantea Heidegger —y con mayor énfasis en la producción arquitectónica también—, la hipótesis que sostiene el filósofo italiano Giorgio Agamben gira en torno a la crisis existencial del Ser y su entorno construido. Para él, la unidad de la arquitectura como arte de la construcción y arte de la habitación se ha roto, por lo que nos encontramos hoy día ante un fenómeno histórico de tener que construir lo inhabitable.

Construir, que es el objeto de la arquitectura, presupone o tiene constitutivamente que ver con la habitación, la facultad de habitar. La ruptura del nexo entre construcción y habitación implica entonces para la arquitectura una crisis radical, con la cual quien practica seriamente este arte no puede prescindir de medirse. (“Habitar y Construir” 4)

Si ambos planteamientos son ciertos y el ser humano actual es incapaz de habitar auténticamente como lo hacía en el pasado (como la consecuencia atribuible a los nuevos hábitos que la evolución tecnológica e intelectual configuraron), no sólo indica que anterior al siglo XX no se pensaba en la existencia como un problema lleno de paradojas, sino también que el *hombre moderno* debe comenzar a

cuestionarse cómo existe y permanece armónicamente en su entorno inmediato, es decir, en cómo lo habita. En caso de que el ser humano actual corresponda a un individuo incapaz de cultivarse armónicamente con su entorno y de velar por la esencia del *Dasein*, se vuelve patente una segunda preocupación referente a la producción arquitectónica, puesto ello supondría la existencia de construcciones arquitectónicas en donde ya no es posible ejercer nuestros hábitos, costumbres y modos de ser con la libertad deseada de la *Friede*, donde la disociación del construir que edifica y el construir que cultiva se ha polarizado al grado en que no toda producción arquitectónica vela más por la preservación, el cuidado y el cultivo del Ser.

¿En qué consistirá, entonces, una construcción arquitectónica?, ¿será siquiera posible hablar de objetos arquitectónicos inhabitables?, ¿cómo se podrá acercarse al tema de la producción de lo arquitectónico desde el concepto del *ethos*, entendido como el modo de ser y vivir con los otros?

Ante las crisis del habitar expuestas y la sugerente pesquisa de indagar en factores sociales y culturales adicionales pertinentes al estar-en-casa, me parece oportuno continuar indagando en el entorno construido y los modos de ser desde su aspecto colectivo, puesto que ello podría conducir, al igual que el puente de Heidelberg, esta primera orilla del habitar con aquella otra orilla perteneciente a la producción arquitectónica y al fenómeno de lo arquitectónico.

1.4 La diversidad colectiva como condicionante del *Dasein* y el *Wohnen*

Consideraciones capitulares

La fenomenología trascendental de Martin Heidegger introduce en las ciencias humanas la noción del *Dasein* como la condición de estar-en-el-mundo y el vínculo Habitar-Construir a partir del cual se ha teorizado la práctica arquitectónica moderna. Esta condición existencial del humano tiene que ver con una conciencia que le permite reconocerse tanto de manera corporal como poética dentro del medio ambiente, utilizando el lenguaje para interpretar y descifrar todo aquello que le rodea y se relaciona directa e indirectamente con él. El habitar poético tiene que ver entonces con la capacidad del lenguaje que tiene el humano para estar-en-el-mundo como un animal espacial e histórico, e inaugurar un lugar que lo signifique y lo proteja del caos mediante el ordenamiento de una espacialidad que permea hacia lo simbólico.

La revisión hermenéutica realizada al texto “Construir, habitar, pensar” (1951) ofreció aspectos importantes a tomar en cuenta, en particular respecto a un par de interpretaciones académicas que suelen hacerse sobre el pensamiento del filósofo y que permean en el ámbito arquitectónico. Una vez más, es el lenguaje quien otorga al humano la capacidad de pensar y meditar en su propia existencia, y desde luego, el que lo lleva a habitar y construir.

El construir expuesto por Heidegger se divide en un construir que edifica (*aedificare*) y un construir que cuida y deja que las cosas crezcan (*collere*), de manera que consiste en un ejercicio de creación física y simbólica que se ocupa desde lo tangible y lo utilitario hasta lo abstracto y lo significativo. Desde luego esto sugiere ya desde un principio que la producción arquitectónica no es sino uno de los múltiples componentes implícitos hacia el habitar, de manera en que asumir que la intervención arquitectónica es responsable directa del habitar es una sobresimplificación riesgosa. El habitar, entonces, no debe de pensarse como consecuencia directa y exclusiva del acto edilicio, puesto que no consiste en una “cosa” ni en algo que pueda producirse, planearse o modificar premeditadamente mediante la intervención de agentes externos al ser que existe en un mundo individual y colectivo.

Finalmente, las aproximaciones filosóficas de Holger Zaborowski y Giorgio Agamben hacia el habitar de Heidegger enfatizaron un segundo componente referente a un *estar-en-casa* que consiste en echar raíces, apropiarse de una espacialidad y construir un microcosmos individual mediante ciertas formas de comportamiento y conductas colectivas que se relacionan estrechamente con la ética (*ethos*). La noción del habitar como *ethos* llevó a comprender la incógnita existencial del *Dasein* en función de los específicos

modos de vivir y relacionarse dentro de esta envolvente colectividad denominada entorno humano.

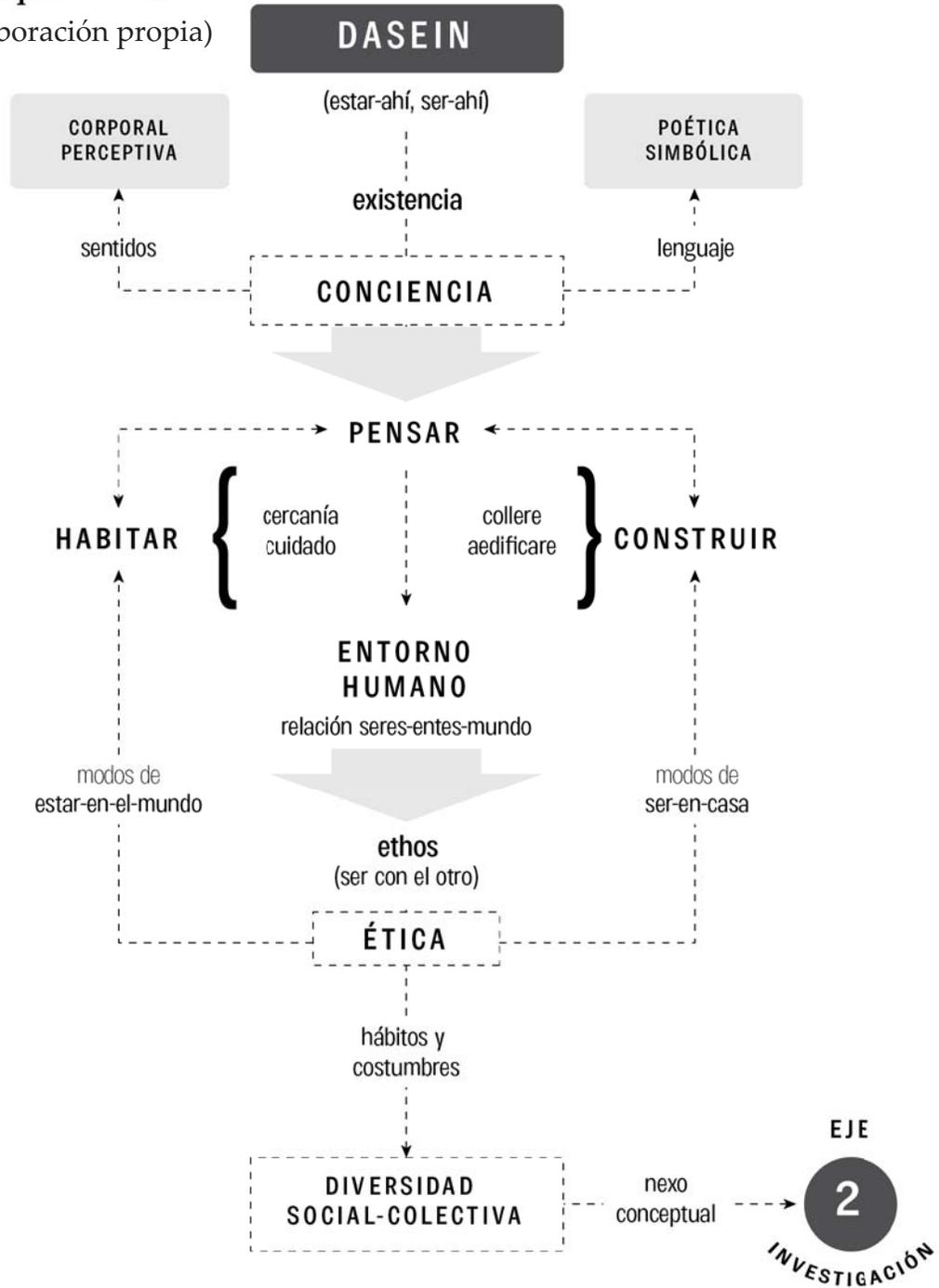
El esquema 1.4a retoma las reflexiones anteriormente expuestas para evidenciar que la idea de *Dasein* corresponde a un estar-ahí que depende de dos formas específicas de conciencia. Por un lado, la conciencia corporal y perceptiva que tiene que ver con la condición sensorial del ser humano frente a los fenómenos que se le presentan en la espacialidad inmediata y le permiten experimentar una realidad, y por otro, la conciencia poética y simbólica que dependen del lenguaje y hace posible comprender, interpretar y significar la realidad percibida.

La virtud del habitar parte del reconocimiento de la existencia propia y el relacionamiento del ser con las cosas y el mundo inmediato que le rodea (*Umwelt*), de manera que el entorno humano corresponde a la envolvente de sus experiencias ante los fenómenos aparentes, los lugares construidos por su necesidad de resguardo y las interpretaciones de la realidad que esto conlleva.

La noción de *ethos* explorada se refiere al conjunto de hábitos y costumbres colectivas que se traducen en maneras distintas de estar-en-el-mundo y de estar-en-casa, de manera en que llevan al humano a habitar y construir de diversas maneras. El habitar es complementado con la incidencia de la ética para ser interpretado como una condición social colectiva

que ha de ser abordada desde la noción de la cultura en busca de respuestas ante la incógnita de la producción arquitectónica.

Esquema 1.4a)
(Elaboración propia)



Apoyo documental

Acevedo Guerra, Jorge. "El habitar como ser del hombre, según Heidegger". *Hermenéutica Intercultural Revista de Filosofía*, núm. 28, 2017, pps. 189-197.

Agamben, Giorgio. "Habitar y Construir". *Universidad de Roma La Sapienza*, 2018.

Aguirre Arcos, Aura. *Habitar: reflexiones en torno a Heidegger*. 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis.

Childers, Joseph y Gary Hentzi editores. "Dasein". *The Columbia Dictionary of Modern Literary and Cultural Criticism*, 1995, pp. 70.

Cuervo Calle, Juan José. "Habitar: Una condición exclusivamente humana". *Iconofacto*, vol. 4, núm. 5, 2018, pps. 43-51.

Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo* (Edición electrónica / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. ed.), 1927, pps. 7-50.

- - -. "Construir, habitar, pensar". *Vorträge und Aufsätze*. Segunda reunión de Darmstadt, Neske, Pfullingen ed., 1954.

- - -. *Arte y Poesía*. Fondo de Cultura Económica, 1958, pps. 125-148.

Holst, Jonas. "Rethinking Dwelling and Building". *San Jorge University*, 2014,

Inwood, Michael. *A Heidegger Dictionary*. Blackwell Publishers Inc., 1999, pps. 128-129.

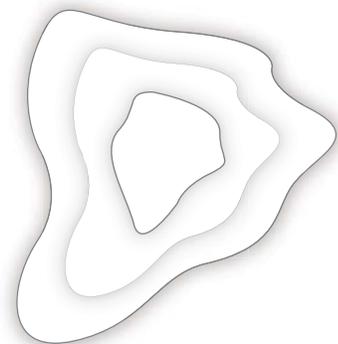
Soto Bustamante, Ana María. *Hacia una lectura del habitar humano*. 2001. Universidad de Chile, Tesis.

Sulbarán Sandoval, Joely Ariagny, Rangel Rojas, Rafael Humberto.
“Importancia del Habitar en el Pensamiento Arquitectónico”. *Procesos Urbanos*, vol. 5, 2018, pps. 26-33.

Zaborowski, Holger. “Towards a phenomenology of dwelling”. *Communio: International Catholic Review*, 2005, vol. 32, pps. 492-516.

2. LOS PROCESOS DE PRODUCCIÓN CULTURAL Y EL FENÓMENO ARQUITECTÓNICO MODERNO

SEGUNDO EJE DE INVESTIGACIÓN



2.1. El habitar como práctica colectiva y configuradora del entorno construido

En el capítulo anterior se expuso de manera sintetizada una aproximación al pensamiento fenomenológico de Martin Heidegger y a las nociones del *Dasein* y el habitar que han permeado en las distintas ciencias humanas durante las últimas décadas, incluyendo desde luego a la arquitectura. Se expuso al ser humano como un animal poético dotado de lenguaje, el cual le permite reflexionar en su propia existencia y relacionarnos con un mundo propio que es inaugurado por la conciencia. A este conjunto de relaciones corporales, perceptivas y poéticas que el ser humano establece con los objetos que le rodean tanto de manera física como simbólica se le identificó como entorno humano, en tanto representa una envolvente y encapsula su estar-en-el-mundo y su estar-en-casa. Posteriormente se recurrió al pensamiento fenomenológico de Giorgio Agamben y Holger Zaborowski para complementar el discurso hermenéutico iniciado por Martin Heidegger respecto al binomio habitar-construir, de manera que se establecieron mayores vínculos etimológicos que ampliaron las implicaciones filosóficas de ambos términos, introduciendo finalmente la noción del *ethos* como un elemento fundamental a tomar en consideración para estudiar los modos de habitar desde la politicidad que nos

caracteriza como especie. Como último punto, se mencionó brevemente las crisis del habitar que caracterizan al *hombre moderno* desde el pensamiento de Heidegger y Agamben, sugiriendo la necesidad de pensar en el ser humano no como un individuo aislado, sino más bien a partir de sus características sociales que lo sitúan en un hábitat colectivo dotado de significaciones y en donde sus hábitos y costumbres son los detonadores responsables de incidir en el entorno físico en donde ha de intervenir la arquitectura.

Por tanto, los principales objetivos de este segundo eje de investigación consistirán en estudiar con mayor detenimiento los conceptos del entorno, la identidad y la cultura desde un par de autores multidisciplinares para con ello acercarse a una mejor comprensión de la diversidad cultural presente en el binomio habitar-construir y en las necesidades edificatorias que de ella derivan. Es en este segundo acercamiento que se asume se mostrará más claramente el sendero a seguir para analizar el fenómeno de lo arquitectónico y la producción arquitectónica, pues considero resultaría un tanto controversial pretender esclarecer los vínculos conceptuales entre el habitar y el quehacer arquitectónico sin antes comprender el papel de la diversidad cultural del habitar en los modos sumamente particulares de producir y vivir en un entorno construido.

De ahí que al hablar del ser humano, resulta indispensable considerarlo a partir de un entorno que es construido tanto de manera física como simbólica, y

que es posible únicamente gracias al poder de lenguaje determinado por una cultura. Similarmente, tener en cuenta que para aproximarse al tema de la producción arquitectónica se ha de reflexionar en cómo es que la cultura ha de incidir en el mundo inmediato (*Umwelt*) de los seres humanos, y dictar con ello los modos particulares de habitar y de producir el medio artificial en donde se configuran como individuos con identidades individuales y colectivas.

He aquí una segunda aseveración respecto a las implicaciones del habitar expuestas anteriormente: la vida comunitaria es y ha estado ligada desde siempre al humano, puesto que no es posible concebirlo como un nómada solitario ni como un sujeto autónomo desligado de un contexto social. Si bien el ser humano ha tenido que vérselas con el mundo con el que interactúa mediante la implementación de útiles y herramientas para llevar a cabo sus actividades, también es cierto que a lo largo de su proceso evolutivo ha tenido que valerse del sentido del estar-en-casa para comprender su lugar en el mundo. Su condición sedentaria le ha asignado la capacidad de construir un entorno artificial por medio del cual le sea posible protegerse de lo ajeno, lo caótico y lo desconocido, es decir, de aquellos fenómenos que están fuera de su control y que de alguna manera le condicionan su estar-en-la-tierra.

Estas dos facultades —la de construirse un lugar propio y habitar comunitariamente— suponen a su vez un ejercicio de apropiación y

establecimiento en una espacialidad fija para velar por su protección y comodidad; corresponde a un entorno construido que funge *grosso modo* como un centro del mundo que lo enraíza a un modo de vida particular y le concede el poder de fabricar un cosmos individual y colectivo. Por tanto, se vuelve inminente la separación que el ser humano debe hacer respecto a la Naturaleza, interviniendo en ella al fabricar útiles, herramientas y edificaciones para garantizar su supervivencia, orientarse corporalmente y fundar un lugar dentro de un mundo en descodificación constante.

Dirigiendo la mirada una vez más hacia el concepto del habitar, ahora desde una visión predominantemente antropológica, se vuelve interesante el discurso que la mexicana Angela Giglia plantea en relación a la idea de espacialidad y la ética que atañe al ser humano, pues comenta que:

Habitar quiere decir interpretar, utilizar y significar el espacio que nos rodea, estableciendo y reconociendo en él un conjunto de puntos de referencia, que transforman un entorno desconocido en una serie inteligible de referencias, provistas de un significado y de un uso colectivamente aceptado [significa domesticar y hacer propio aquello que se nos aparece como ajeno] (“Producir y habitar” 338).

Este proceso de domesticación, continúa diciendo Giglia, corresponde al conjunto de acciones de ordenamiento espacial que se dan a partir de conductas mecanizadas y conscientes denominadas hábitos, costumbres o prácticas, así como a una serie de conductas no-reflexivas y automatizadas que se concretan

en el entorno (“Housing Solutions in Mexico City” 19). Una vez más, se expone que es por medio del lenguaje y los sentidos que el medio físico inmediato se domestica y se vuelve propio, estableciendo para ello diversos puntos de referencia (tangibles e intangibles) que llevan una vez más al concepto del *ethos* y dictan la forma de habitar esta espacialidad. Al conjunto de conductas socialmente aceptadas que determinan de qué manera resulta apropiado actuar y comportarse en las distintas espacialidades, Angela Giglia las define como el *habitus espacial*, es decir, como los gestos semi-automáticos mediante los cuales nos hacemos presentes en el espacio y lo ordenamos (*El habitar y la cultura* 16).

En este punto, y con la idea de complementar la visión del *habitus espacial* y el sentido de permanencia del ser humano a una espacialidad delimitada, se vuelve oportuno recurrir a uno de los ejemplos de producción arquitectónica más elementales para descifrar la necesidad del humano de refugiarse y establecerse en un lugar: la idea de la casa y la vivienda. Referente a esta noción, Holger Zaborowski hace un señalamiento importante respecto a la casa y la vivienda, mencionando que corresponden a un orden distinto de los refugios utilizados por los demás animales, ya que sólo el ser humano cuenta con la posibilidad de un hogar. Por tanto, la vivienda, además de resguardar al Ser de las inclemencias del exterior, le permiten cultivarse como sujeto, forjar una identidad y reflexionar sobre su existencia pasajera.

Ha de tenerse en cuenta que esta virtud de meditar acerca de su propia existencia se da de manera introspectiva, por lo que el reconocimiento temporal se vuelve decisivo: le permite realizar planeaciones y proyecciones a futuro a partir de los acontecimientos del pasado y las actividades del presente. De igual manera, le sirven para establecer desde su cuerpo límites y fronteras en el medio ambiente; fronteras perceptivas que le indican lejanía y cercanías relativas, y posteriormente fronteras físicas que además de contar con los componentes anteriores, distinguen también el adentro del afuera, lo abierto de lo cerrado, lo natural de lo artificial, el entorno natural del construido.

Es así que, a partir de los puntos de referencia con los que se construye un centro del mundo y un sentido de orientación respecto a los objetos que le rodean, se vuelve apropiado hablar de un proceso de domesticación del espacio, del tiempo y de la naturaleza, como lo sugiere Giglia. Estos procesos de domesticación, a mi manera de verlo, se gestan como consecuencia de una familiarización con el hábitat construido y con la asignación de valores y simbolismos a los objetos cotidianos acorde a los deseos y las necesidades humanas.

Al respecto de estos procesos de domesticación, se muestra una relación semiótica de tres palabras íntimamente relacionadas, ya que el hábito, el habitar y la habitación son conceptos co-dependientes de naturaleza cultural, que no

pueden existir sin la presencia del otro.¹⁰ La casa, a diferencia de otro tipo de moradas, posee habitaciones, de manera que la habitación habla por sí misma de un lugar del hábito, del medio físico para que se dé el habitar y de un habitus que determina cómo relacionarse con un orden espacial establecido. Pues, ¿de qué otra manera sería el ser humano un sedentario si no es a través de reglas de comportamiento, normas de conducta y actividades iterativas que le indican qué se puede hacer, cuándo se puede hacer y cómo debe hacerse?

Llegado a este punto, se muestra que es por medio de los hábitos que se vuelve posible el habitar: hábitos que, entendidos como *ethos*, configuran los hábitats humanos. Sin ir más lejos por el momento, detengámonos una vez más en la idea del entorno para diferenciar entre lo que se entiende generalmente por entorno natural y entorno construido, y con ello hacer la transición deseada hacia los horizontes culturales que determinan la producción arquitectónica.

Recurriendo al Diccionario de la lengua española RAE, hablar de entorno significa hablar de un ambiente o de aquello que rodea a algo, mientras que el Diccionario Léxico de Oxford menciona que hablar de entorno corresponde al conjunto de circunstancias o factores sociales, culturales, morales, económicos, profesionales, etc., que rodean una cosa o a una persona, colectividad o época e

¹⁰ Aunque no esté mencionado este vínculo de manera explícita, esta misma filosofía puede notarse en el ensayo “La arquitectura y la gente” de Jorge Sarquís (2006).

influyen en su estado o desarrollo, o bien, al conjunto de las cosas que se relacionan con un ser sin formar parte de él.

Como primera instancia, podría parecer que es cuando se habla del entorno natural, se está haciendo un referencia directa a un medio ambiente o bien, a una envolvente virgen conformado por elementos naturales como plantas, animales, relieves, climas, suelos y demás recursos naturales que integran a un determinado ecosistema, es decir, a un medio biológico no intervenido por la presencia del ser humano. En contraste con esto último, el entorno construido podría entenderse como el conjunto de ambientes que han sido modificados y apropiados por el ser humano para satisfacer sus necesidades físicas-culturales, es decir, para velar por su supervivencia en un medio que le resulta inhóspito y poco apto para su situación corpórea y vulnerable. Pero, ¿será acaso acertado pensarlo de esta manera, o habrá otras formas de entender ambas categorizaciones?, ¿cómo han de entenderse el entorno natural y el entorno construido desde el enfoque de la diversidad del habitar?

El sociólogo y arquitecto polaco Amos Rapoport propone una interpretación de los entornos que considero acertada, pues a diferencia de las conceptualizaciones anteriores que distinguen lo natural de lo construido conforme a la presencia del hombre, comenta que, en esencia, tanto el entorno natural como el entorno construido deben ser vistos como construcciones

culturales. Así, bajo este entendimiento, su distinción estaría entonces definida por el grado de modificación que los elementos naturales y los materiales fabricados pudieran tener dentro del paisaje, de modo que cuando predominan las construcciones artificiales sobre el medio biológico podemos referirnos a un entorno construido, y de manera inversa, cuando el paisaje natural se antepone en proporción a las construcciones culturales del humano se puede hablar entonces de un entorno natural.

Complementando esta sutil distinción de los entornos en función del reconocimiento cultural ante lo meramente material, Rapoport añade que existen al menos cuatro aproximaciones diferentes a partir de las cuales es posible comprender el fenómeno del entorno,¹¹ estando conformadas cada una de ellas a su vez por diez elementos a partir de los cuales han de ser estudiadas las relaciones de las personas con el medio físico: la percepción, la cognición, la significación, la anatomía, la fisiología, el afecto, la evaluación, la capacidad de apoyo, los componentes culturales y las acciones y comportamientos (*Cultura, arquitectura y diseño* 28).

Dentro de estos cuatro métodos de comprensión, destaca uno en particular, que de acuerdo con él, corresponde al método más concreto, menos

¹¹ De acuerdo con Rapoport, estas cuatro aproximaciones serían **(a)** entorno como organización de espacio, tiempo, significado y comunicación, **(b)** entorno como un sistema de lugares, **(c)** entorno como paisaje cultural, **(d)** entorno como unidad compuesta de elementos fijos, semifijos y no fijos.

abstracto de todos y el más sencillo de entender: el entorno como una unidad compuesta de elementos fijos, semifijos y no fijos. De tal suerte que estos elementos se agrupan de acuerdo a su permanencia en el medio físico, de manera que los elementos fijos corresponden a la infraestructura de un pueblo (como por ejemplo, ciudades, asentamientos, edificaciones y viviendas), los elementos semifijos al mobiliario con el que los pueblos se relacionan (objetos útiles y de valor simbólico que van de la mano con los elementos fijos) y finalmente los elementos no fijos a las personas, animales y a los sistemas de actividades y comportamientos que se rigen igualmente por el conjunto de normas, reglas y señas de dicho pueblo.

Concluye que el entorno determina el comportamiento humano mediante una serie de indicios y detonadores conductuales que dictan cómo han de regirse las personas en los distintos lugares en función de sus ambientes y normas culturales pactadas, similar a como lo planteaba Giglia cuando mencionaba al habitus espacial. Teniendo esto en cuenta, se vuelve factible explorar ahora de qué manera incide el componente cultural en la construcción del habitar y en la construcción edilicia en donde ha de encontrarse lo arquitectónico.

2.2 La identidad del animal transnaturalizado

Hasta este momento se abordaron brevemente algunos aspectos culturales presentes al hablar de un entorno natural y un entorno construido, y de las actividades humanas que de manera implícita han permitido entrever los horizontes conceptuales que existen al momento de pretender vincular la producción arquitectónica con el habitar, los hábitos, el habitus y la habitación. Estos vínculos hasta ahora alcanzados permiten dilucidar la complejidad oculta detrás de las ideas fenomenológicas expuestas en el primer capítulo, haciendo patente una revisión de carácter antropológico para entender de forma más clara la incidencia del entorno construido en las experiencias humanas y, de manera inversa, las modificaciones de los entornos en función de los comportamientos humanos y las convenciones culturales.

Puesto que hacer mención al término de la cultura ha sido objeto de incesantes debates a lo largo de la historia por su complejidad conceptual, surge entonces la necesidad de dejar en claro la corriente de pensamiento a la cual se hará referencia para enlazar la fenomenología trascendental que se abordó previamente. En este sentido, considero apropiado comenzar con la recopilación histórica que el filósofo Bolívar Echeverría plantea en aras de definir la idea de

cultura en el discurso moderno. En su obra *La definición de la cultura*, menciona que esta idea parte de siglos recientes desde la convicción contradictoria que afirmaba que existe una substancia espiritual inherente al ser humano que le confería de “humanidad” desde un aspecto metafísico, la cual era capaz de otorgarle al ser humano un poder de acción y de decisión únicos.

Continúa exponiendo que el término de *cultura* aparece por primera vez en la sociedad de la Roma antigua como traducción de la palabra *paideia* (haciendo referencia a la crianza de los niños e introducida por Werner Jäger) y que mantuvo su alusión a la noción del cultivo de la *humanitas* como animal único en su tipo (28). Sin embargo, dentro de sus observaciones concluye que el término *cultura* se apega de mejor manera a la palabra *ethos* (hábito, costumbre, morada, refugio, modo de vida); que, si bien esta noción estaba ya fuertemente vinculada con otras nociones como pueblo, espíritu (*nous*) y civilización, posteriormente fue sometida a nuevos discursos occidentalistas con el Romanticismo alemán, el pensamiento ilustrado francés, el colonialismo inglés, el estructuralismo de Lévi-Strauss y el existencialismo de Sartre, entre muchos otros.

Reveladora se vuelve esta semejanza etimológica con el ser-en-el-mundo expuesto anteriormente, en el sentido de que ambas nociones (habitar y cultura) parecen cimentarse en la misma raíz griega, indicando que es el *ethos* un punto

crucial e intermediario en el quehacer arquitectónico, pues posee ambas significaciones de *habitare* y *habitus* en el sentido de un domiciliarse del hombre y el modo en que lo hace (Aguirre 59). Sin pretender ahondar en los debates históricos que un término tan complejo como la *cultura* fue lentamente estructurado desde principios del siglo XVIII, me limito a la postura materialista que nos plantea Echeverría para posteriormente contrastarla con la noción de la producción arquitectónica de interés. Al respecto menciona que,

Al hablar de cultura pretendemos tener en cuenta una realidad que rebasa la consideración de la vida social como un conjunto de funciones entre las que estaría la función específicamente cultural. Nos referimos a una **dimensión** del conjunto de todas ellas, a una dimensión de la existencia social, con todos sus aspectos y funciones, que **aparece cuando se observa a la sociedad tal como es** cuando se empeña en llevar a cabo su vida persiguiendo un conjunto de metas colectivas que la identifican o individualizan. (39-40)

Por definición se sugiere ya desde un inicio que, tanto la cultura como la identidad deben ser conceptos estrechamente vinculados que de alguna manera han de anteceder a la condición ontológica del *hombre*, pues si se trata de una dimensión y no una mera función, es sugerente considerar que su extensión pudiera ser de un orden similar al de la espacialidad, historicidad y temporalidad fenomenológica comentada desde la visión existencialista de Heidegger. De igual manera, si esta dimensión ha de abarcar sin excepción todos los aspectos y funciones de la existencia social, significa que tampoco ha de ser

exclusiva al mundo material de los objetos, sino que por consecuencia debe de vincularse también con las visiones individuales que se tienen del mismo, permeando a su vez en el dominio de lo intangible, lo espiritual y lo subjetivo.

Más adelante en su obra, Bólivar Echeverría se apoya en el pensamiento materialista de Karl Marx para evidenciar que el ser humano, además de atender sus requisitos físicos-naturales como lo hacen los otros animales, se constituye a sí mismo por medio de las relaciones sociales y la convivencia con otros miembros de su comunidad (60-1). En este sentido, el animal poético expuesto con anterioridad puede entenderse, de igual manera, como un animal transnaturalizado que debe producirse como un animal político-social y que al hacerlo se asigna una identidad a través de proyecciones que hace de sí mismo.

Pero, ¿qué significa exactamente que el ser humano sea un animal político-social, y cómo podría esto ayudar a esclarecer las piezas faltantes para vincular la noción del habitar con la noción de la producción arquitectónica que se pretende?, ¿en dónde ha de hacer este animal transnaturalizado las proyecciones de sí mismo?, ¿cómo es posible aproximarse a los elementos fijos del entorno construido desde los términos de cultura e identidad hasta ahora expuestos?

Una vez más, Echeverría complementa la visión del animal transnaturalizado desde el reconocimiento de procesos de reproducción social presentes en esta dimensión cultural, definiendo que:

El proceso de reproducción social se distingue por su politicidad, esto es, por el predominio que se da en él de su nivel político sobre su nivel físico o animal [...] Producir y consumir transformaciones de la naturaleza, llevar a cabo la reproducción del sujeto físico es un proceso que sirve de soporte o de substancia al proceso de autorreproducción del sujeto como una entidad formal concreta [...] la vida humana implica la reproducción o el cultivo de la identidad del mismo (del grupo social). (153; mis paréntesis)

Así, es bajo esta visión teórica-materialista que el sujeto social puede estudiarse desde dos procesos que integran a la vida humana en una serie de actos dinámicos en transformación constante: los procesos de producción-consumo y los procesos de reproducción social. De esta forma, la cultura se produce y se consume de manera simultánea y transitoria, fomentando a la identidad del sujeto, pues tal como el catedrático veracruzano René Cabrera Palomec expone el pensamiento de Echeverría en uno de sus discursos antropológicos:

El hombre crea cultura en la medida en que se crea como criatura humana; la cultura es en este sentido, el dominio de su autonomía, la auto elección de una criatura por ser algo más que ella misma. Ser humano es la mayor libertad del humano, la tarea de mayor compromiso; lo cual significa lealtad, placer, gratificación. ("Homenaje a Bolívar Echeverría 22:16 - 22:47)

Nótese aquí la presencia del tema de la libertad como determinante de la cultura, expresada ahora en términos de autonomía, placer y auto elección, similar al goce y disfrute que menciona Echeverría como parte del proceso improductivo de trabajo destinado a transformar al ser humano en tanto sujeto. Esta afirmación de René Cabrera Palomec remite a explorar las implicaciones sociales y culturales de los modos de habitar desde la posibilidad de elección que tiene el *hombre* para encaminar su forma de fabricar el entorno, y su papel en la concreción identitaria de las sociedades modernas. Ha de reconocerse que la libertad de decisión y elección que este animal transnaturalizado manifiesta en el medio es de alcance casi interminable, puesto que sus acciones cotidianas —además de satisfacer una necesidad biológica esencial— le proporcionan de una satisfacción y una capacidad de disfrute que lo distingue como individuo: aquí intuyo es donde han de congregarse sus deseos, anhelos, emociones, proyecciones y pensamientos, así como sus necesidades físicas y simbólicas que le dan una cierta preferencia y oportunidad de priorización acorde a sus costumbres.

Aunado a esto, Echeverría continúa diciendo que hablar de cultura “corresponde al momento autocrítico de la reproducción que un grupo humano determinado, en una circunstancia histórica determinada, hace de su singularidad concreta; es el momento dialéctico del cultivo de su identidad [...] *que se concretiza desde las formas sociales particulares que varían en función del*

tiempo; formas sociales que se reproducen una y otra vez, cuestionando su razón de ser en todo momento (Echeverría 165; mis itálicas).

De modo complementario, Amos Rapoport sugiere tener en cuenta que hablar de cultura significa en el fondo realizar una abstracción de las conductas humanas que distinguen a un grupo social de otro, por lo que es fundamental comprenderla como un invento conceptual y no como un objeto (*House Form and Culture* 123). Estas conductas estarían estrechamente conectadas con aspectos éticos y poéticos, abarcando por consiguiente ciertas reglas de comportamiento, normas y modos de actuar para entender el entorno desde los inagotables códigos semánticos y valores culturales de una colectividad particular.

Estas dos aproximaciones a la noción de la cultura (como invención conceptual o como dimensión de la existencia social) considero son altamente reveladoras porque demuestran que eso de la cultura no ha de estar presente meramente en las propiedades de los objetos de un pueblo, sino que más bien está en la mente colectiva manifiesta en los valores simbólicos que le son atribuidos a los elementos fijos y semifijos del entorno, en la medida en que representan (ya sea en mayor o menor grado) un *imago mundi* de un grupo social. Rapoport hace mención a esta imagen del mundo en términos de “creación de un ambiente ideal hecho visible” (*House Form and Culture* 69) que ha de partir de lo

intangibles antes de lo utilitario, materializando y situando las visiones de un pueblo en un ambiente colectivamente construido.

Complementando la visión de Bolívar Echeverría en cuanto al ser humano como animal político-transnaturalizado, cabe mencionar que este proceso de cultivación incide directamente en el entorno humano en una serie de dinámicas de causa-efecto, pues el *hombre* se ha valido desde siempre de los recursos naturales para adaptarse a su medio inmediato. Evidentemente, la manera de hacer uso de estos recursos responden a los procesos culturales productivos y al *imago mundi* establecido por un grupo social determinado, de manera que es esta libertad que permite disponer y construir entornos sumamente particulares. Complementando esta aseveración, Guha y Gadgil introducen cinco ejes a partir de los cuales es oportuno comprender los modos de utilización de los recursos (y por ende, los factores implícitos en los procesos de autoproducción social): estos corresponden a la tecnología, la economía, la organización social, la ideología y el impacto ecológico.¹²

En tanto al tema de la producción arquitectónica, conviene enfatizar que corresponde apenas a uno de los diversos componentes del entorno construido. Las edificaciones no han de ser vistas como responsables de producir cultura

¹² Esta clasificación de la utilización de los recursos en distintos ejes puede consultarse con mayor profundidad en R. Guha y M. Gadgil (1993), quienes proponen estudiar al hombre desde cuatro épocas históricas: la recolección, el pastoreo nómada, el cultivo sedentario y la industria.

per-se, sino que, se limitan a ser un medio mediante el cual el ser humano se moldea en lo individual y en lo colectivo. Por tanto, para discernir cómo es que los ejes del habitar y de la cultura han de vincularse con la producción arquitectónica y con las nociones de la producción moderna de lo arquitectónico, se vuelve sugerente explorar el conjunto de fenómenos característicos de la modernidad que se vinculan con la diversidad cultural hoy día.

2.3 Diversidad cultural y cultura moderna

El humano habita y experimenta el mundo de formas muy distintas. El entorno humano está determinado por una dimensión cultural en transformación constante que como última instancia le otorga una identidad concreta y le permite inaugurar una serie de ambientes que encapsulan su totalidad existencial. Estos entornos (tanto naturales como contruidos) se hacen visibles y legibles a través del lenguaje y la percepción corpórea, y posteriormente por un conjunto de reglas y normas culturales que en esencia le indican cómo actuar y comportarse en distintos lugares y bajo determinadas circunstancias físicas-sociales.

Referente a la interpretación de la diversidad del habitar y a la creación de entornos contruidos mediante la experiencia humana, es conveniente hacer

patente un breve relato que el profesor estadounidense Robert Mugerauer ilustra en uno de sus ensayos fenomenológicos titulado “Language and emergence of environment”. En él, se da a la tarea demostrar cómo en realidad el medio ambiente no corresponde a algo *dado en bruto* ante el humano a ser descifrado, sino que una vez más es el lenguaje el que hace que emerja el paisaje como abstracción científica *a posteriori* de la experiencia sensorial interpretativa. (53-57)

Continúa relatando algunas diferencias en los encuentros fenomenológicos que los nativos americanos tenían respecto a su tierra natal y los conquistadores franceses experimentaron al encontrarse por primera vez con paisajes que les eran nuevos y desconocidos como el Gran Cañón y la Senda de Oregón entre los siglos XVIII y XIX, puesto que su capacidad interpretativa se encontraba limitada por una herencia lingüística de considerable diferencia cultural e ideológica.

Sus observaciones se centran en que las disparidades descriptivas y experienciales de un mismo medio ambiente han de ser la consecuencia inevitable de los sistemas de signos y símbolos con los que se cuenta en una temporalidad definida, por lo que algunos de paisajes naturales que hoy día son considerados en nuestras sociedades como bellos y sublimes, no forzosamente lo fueron para aquellos extranjeros y conquistadores que en su época los llegaban a considerar como hostiles e incluso repugnantes. Lo anterior se debe a que el lenguaje y el medio ambiente se dan siempre de manera conjunta y no de forma

independiente ni determinista en función del otro¹³ (58), por lo que propone dirigir la mirada al estudio de la hermenéutica del entorno para entender más concretamente los lugares y los modos en que procuramos habitar.

Esto sugiere tener en consideración que los entornos naturales y contruidos que un grupo social perciben serán distintos al de cualquier otro grupo social, y con ello también lo serán los sistemas de símbolos con los que se interpretan los objetos que han de encontrarse dentro de ellos. Dicho de otra forma, queda manifiesto que un entorno será experimentado y habitado de diversas formas de acuerdo al conjunto factores sociales, políticos, culturales y lingüísticos que caracterizan a una sociedad determinada. Esto, dicho de otra manera, conlleva a la comprensión de que distintos grupos sociales habitarán indudablemente diferentes mundos sensoriales.

Transponiendo este principio de hermenéutica del ambiente a la específica labor de la arquitectura y los objetos edilicios, queda reflejado que distintas espacialidades producirán efectos muy diversos en las personas que las habitan, dependiendo por supuesto del repertorio simbólico a partir del cual han de ser interpretadas. Incluso dentro de estos entornos similares que son leídos y decodificados de manera individual, existen notorias disparidades ya no a un

¹³ En inglés: "In fact, language and environment always already are given together. We always find ourselves in the midst of an environment already given and interpreted by way of language".

nivel puramente fenomenológico y perceptual, sino ahora a nivel ideológico e identitario. La producción arquitectónica —entendida como parte de los procesos de autorreproducción social del entorno—, se subsume a las dinámicas de la dimensión cultural que determinan un modo concreto de construir y habitar el medio físico artificial, y por ende esto desencadena experiencias diversas respecto al uso y la apropiación de las edificaciones que lo componen.

Con estas distinciones se llega a un punto decisivo, pues la variedad de productos arquitectónicos y de los tipos de hábitat reflejan diferentes procesos de producción del entorno habitable, y varias culturas diferentes del habitar, entendidas éstas “como los modos diferentes de reconocer y establecer un orden que nos permite estar presente y domesticar nuestros alrededores [acorde a los deseos y necesidades sociales y poéticas]¹⁴ (“Housing Solutions in Mexico City” 9).

Sin embargo, habrá ahora de cuestionarse en qué consisten los procesos actuales de producción cultural y cómo es que la producción arquitectónica contemporánea juega un papel decisivo en los fenómenos que caracterizan a la dimensión cultural de la modernidad, puesto que si se pretende estudiar el

¹⁴ En inglés: “[...]the variety of housing and of types of habitats reflect many different processes of production of space to inhabit and many different cultures of inhabiting, understood as the different ways of recognizing and establishing order that allows us to be present (or to be located) and which allows us to domesticate our surroundings”.

quehacer arquitectónico de la actualidad, habrá de comprenderse primeramente las características más notorias de la cultura moderna que la condicionan.

Los procesos de producción cultural —aunados a la noción del *imago mundi* ya abordada—, se rigen por la tendencia colectiva de establecer un cierto orden en el entorno acorde a las tradiciones y costumbres con las que los individuos se identifican. Por ello, ha de comprenderse en esencia (siquiera en términos generales) que toda cultura ha de estar soportada por una capacidad común de aspiración hacia determinados ideales que proyectan un sentido de “perfección” y legitimación de las formas y los símbolos dada una historicidad concreta, de manera en que puede existir un ideal de un entorno favorable, un ideal de la habitación confortable y apropiada al *habitus* espacial, un ideal de colaboración activa para sobrevivir ante el caos y perpetuar un orden ideológico en el hábitat humano, y finalmente un ideal existenciaro apegado a las formas tradicionales de un muy particular modo de habitar el entorno humano.

A propósito de este último aspecto tradicionalista, recurro una vez más al pensamiento de Echeverría para poner en cuestión un par de particularidades características del pensamiento moderno que claramente condicionan los procesos de autoproducción social y con ello revelan a la situación paradigmática en la que yace la cultura moderna hoy en día. Si bien el discurso del autor alude a este tema con mayor profundidad y meticulosidad, rescato tres condiciones

importantes a constatar referentes a: la ideología moderna operativa, las fuerzas productivas capitalistas y la crisis identitaria del humano moderno.

En primera instancia, el autor menciona que las distintas modernidades han traído consigo una revolución de la operatividad instrumental del trabajo que ha permeado en los medios de producción capitalistas y ello ha impulsado un nuevo horizonte de posibilidades nunca antes vistas referente a los procesos de autorreproducción social, de manera que el humanismo moderno —fruto de la Ilustración y las Revoluciones Industriales— ha estado acompañado por un poder económico-técnico que le confiere al *hombre moderno* múltiples y diversas posibilidades respecto a su individualidad. Por tanto, las fuerzas productivas capitalistas juegan un rol decisivo en las dinámicas culturales en tanto que representan una curiosa contradicción ideológica:

La cultura moderna puede ser caracterizada como una reproducción de identidades de todo tipo que [...] se desenvuelve en medio de una contradicción insalvable, misma que contrapone su necesidad de impugnar la inconsistencia de las formas identitarias arcaicas [...] a su necesidad de cuestionar la vaciedad de las nuevas formas identitarias con las que el “humanismo” moderno pretende sustituir a las primeras. (Echeverría 233)

Lo anterior me lleva a distinguir una fricción incesante entre las formas pasadas y las intervenciones impositivas, ya que me parece que el humano moderno ha caído en una especie de conflicto identitario derivado de la ardua

lucha por conservar sus raíces culturales y al mismo tiempo, de una ambición o anhelo de resignificar las bases preexistentes de su identidad mediante adaptaciones al propio *ethos*. Echeverría habla de una transformación cultural histórica que se distingue por los procesos de innovación y sustitución de las tradiciones y los procesos de renovación o restauración de lo viejo por lo nuevo (228).

Con esto brota una vez más el pensamiento fenomenológico de Heidegger cuando hablaba de la crisis moderna del habitar, ya que esta pérdida de las raíces y del sentido del hogar (*Heimatlosigkeit*) es retomada por Bolívar Echeverría para demostrar que la cultura moderna se encuentra sometida también a un conflicto incesante distinguido por el sentido de la experiencia de carencia y el desarraigo:

La identidad que la cultura moderna debe cultivar dialécticamente es una identidad en **crisis permanente: crisis de su definición tradicional y crisis de su definición posible**. En contra del **creativismo**, que sustituya la innovación necesaria con una fiebre renovadora, con un menosprecio arrogante hacia las formas tradicionales, ella cultiva, bajo el modo de rescatarlo o “salvarlo”, el compromiso irrenunciable de la nueva humanidad con la humanidad arcaica que vitalizó a dichas formas. En contra del **tradicionalismo**, que confunde la defensa de las raíces arcaicas con la represión de lo innovativo, ella cultiva la proliferación de las nuevas formas que aparecen en toda la vida social moderna y que, a través de la distorsión capitalista, se adelantan ya en lo que “no tiene lugar”, en la verdadera innovación. (239; mi énfasis)

Queda claro que aproximarse a las diversas culturas no es para nada una tarea sencilla, puesto que el dinamismo social que de ella emana no parece contar

con piezas universales desde las cuales pueda ser estudiada de forma exhaustiva. No obstante, queda expuesta al menos una pista que puede resultar útil para comprender mejor el fenómeno de lo arquitectónico en función de la cultura moderna, y que tiene que ver con el reconocimiento de la contradicción identitaria permanente ocasionada por el fenómeno capitalista del mercado mundial. Si bien este tema será abordado en el siguiente eje de investigación baste decir por el momento que la incógnita de la diversidad cultural se ha tratado desde siglos pasados en la literatura, con numerosos antropólogos, sociólogos, psicólogos y arquitectos que han indagado en cómo estudiar las dinámicas culturales de manera más nítida, de tal forma que la experiencia y entendimiento de sus fenómenos sea lo más completa posible para las ciencias humanas.

Con ello me refiero a que, a lo largo de estos dos capítulos se abordaron los temas del habitar, el entorno y la cultura desde una visión, en su mayoría, ética. Esta visión ética ante la diversidad de comportamientos y por ende ante el entorno construido radica en estudiar las culturas y modos de vida (*ethos*) desde el exterior de las mismas, como si de un observador externo se tratase. Esta comprensión cultural de orden pasivo surge al asignar juicios de valor a los distintos grupos sociales para interpretarlos y compararlos en función de lo que es significativo para este agente observador, de modo que puedan estudiarse con

otras formas de habitar conocidas mediante ejercicios de comparación. Sin embargo, resulta revisable el apego sólo ético hacia una aproximación de los modos de habitar y de producir arquitectura, pues ya desde la segunda mitad del siglo pasado se comenzó a hablar por primera vez de la descripción émica para aproximarse de manera activa a una cultura específica, es decir, desde el interior de la misma.¹⁵ De ahí que sólo desde una perspectiva tanto ética como émica se revelará un camino hacia las variadas formas de producción de los objetos edilicios en donde probablemente ha de encontrarse eso de *lo arquitectónico*.

Como mención última y con la intención de realizar la transición hacia el tema de la producción, Angela Giglia sugiere realizar una distinción importante entre el habitar y la producción arquitectónica que podría acercarse a la pregunta de conocimiento, pues propone estudiar el habitar como un proceso intercultural y a la vivienda [edificaciones en un sentido más extenso] como un producto intercultural (“Housing Solutions in Mexico City” 10). La forma en que éstas interactúan permanece aún incierta, sin embargo, queda hasta el momento claro que ambas nociones derivan de los procesos de producción cultural capitalista. Por tanto, merece la pena indagar si acaso la producción arquitectónica será el

¹⁵ Algunas menciones a esta segunda perspectiva antropológica de los modos de habitar pueden encontrarse en las obras de Kenneth Pike (1954), Michael Agar (2011), James Lett (1990) y Amos Rapoport (1969).

medio por el cual el animal transnaturalizado ha de aspirar para alcanzar sus ideales culturales e identitarios.

2.4 La producción arquitectónica como consecuencia de las prácticas culturales

Consideraciones capitulares

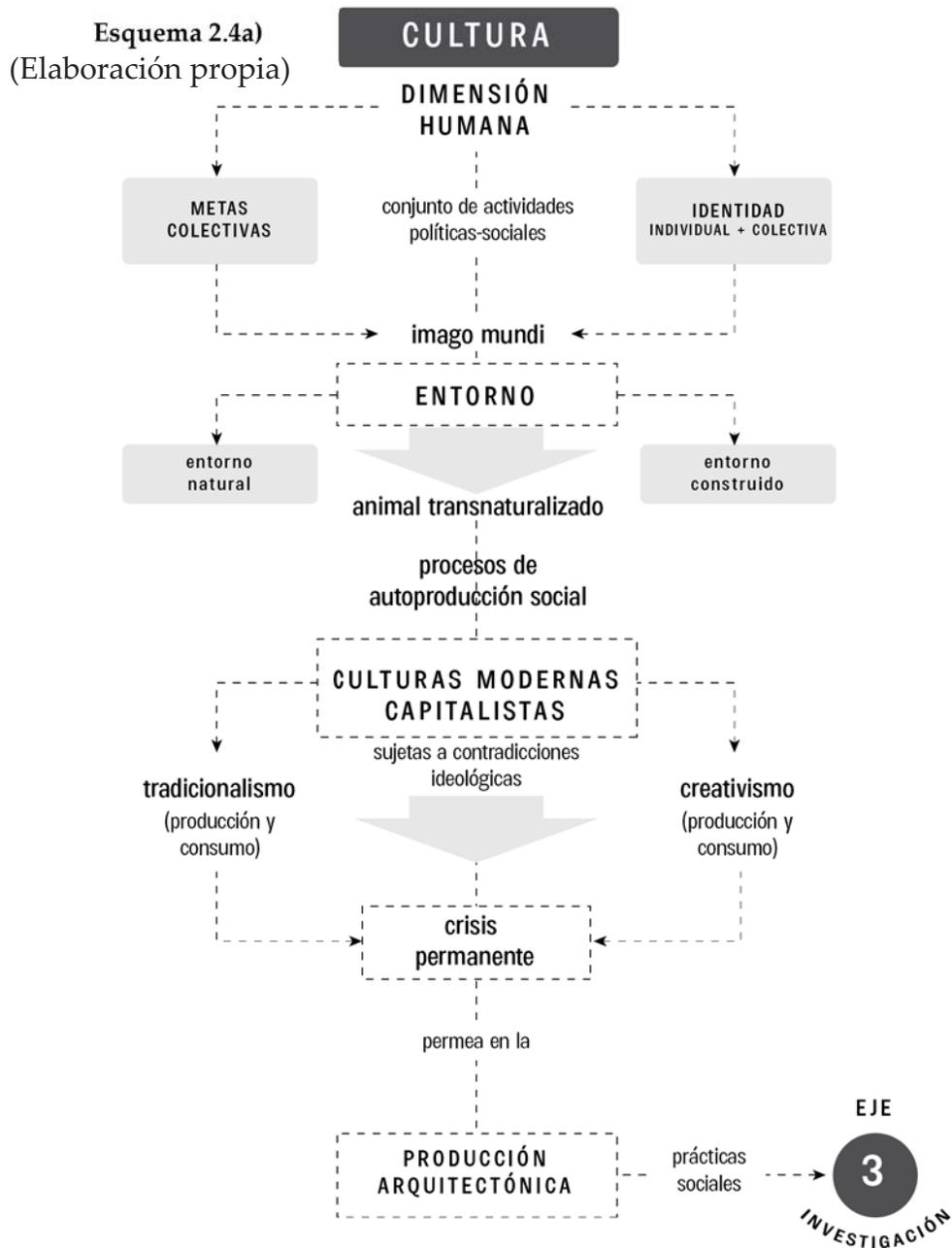
Las posturas expuestas por Giglia, Rapoport y Echeverría respecto a la cultura abrieron pauta a un segundo acercamiento hacia el tema del entorno humano desde el entendimiento de que corresponden a un constructo cultural integrado por las relaciones materiales y simbólicas de los seres humanos con los objetos y su mundo concebido por su capacidad poética.

El esquema 2.4a permite comprender a la cultura como una dimensión que hace posible la condición espacial, poética e histórica del ser humano y a partir de la cual se desenvuelve como un sujeto perteneciente a una colectividad determinada. Esta dimensión abarca desde luego al conjunto de actividades políticas de un grupo social que comparten ciertos ideales del mundo y lo interpretan de una forma particular (*imago mundi*) en busca de un orden que permita otorgarle sentido a la existencia. Similarmente, quedó evidenciada la estrecha dependencia de la cultura con el concepto de la identidad que le distingue de los demás seres vivos.

Así, es posible comprender al ser humano como un animal transnaturalizado que es constituido desde su libertad y capacidad de autoelección, que lo llevan a construirse como un sujeto político que produce su propia cultura y con ello se produce a sí mismo dentro de una colectividad histórica concreta. En este sentido, la cultura entra en una dinámica de producción y consumo en donde la identidad del humano está en juego, de tal suerte que es posible hablar de una compleja serie de procesos dinámicos y cambiantes que reconstituyen al entorno humano (natural y construido) desde el sistema económico que la soporta. La diversidad del habitar moderno se posiciona entonces entre los procesos culturales de producción-consumo que la determinan y el sistema occidental capitalista a través del cual se rige la ideología colectiva.

A propósito del capitalismo occidental moderno, Echeverría hace énfasis en que la diversidad cultural de hoy en día debió haber sido la consecuencia de las revoluciones instrumentales del humano y las fuerzas de trabajo que llevaron al *hombre moderno* a autorreproducirse desde un espectro amplio de posibilidades nunca antes visto, causando con ello una especie de contradicción ideológica en donde el tradicionalismo se confronta con un nuevo creativismo identitario. Es por esto que las culturas modernas están expuestas a una crisis permanente por las prácticas sociales que defienden sus raíces y por otras que

rechazan las formas tradicionales y buscan renovarlas. Esta última comprensión lleva a estudiar a la producción arquitectónica —entendida como consecuencia de los fenómenos culturales modernos— desde las dinámicas capitalistas de producción y consumo, y las variadas prácticas socioculturales que la componen como realidad tangible en el entorno construido.



Apoyo documental

Cabrera Palomec, René. "Homenaje a Bolívar Echeverría: Reflexiones sobre la noción de cultura en Bolívar Echeverría. Discurso crítico, modernidad y resistencia". *Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana en Xalapa*, 2014.

Echeverría, Bolívar. *Definición de la cultura*. FCE, 2da ed., 2010.

"Entorno." *Oxford English Dictionary*. En *Diccionario y Tesaurus en inglés y español*, <https://www.lexico.com/es/definicion/entorno>

"Entorno." *Real Academia Española*, 23a ed., <https://dle.rae.es/entorno#otras>

Giglia, Angela. "Housing Solutions in Mexico City". *Housing Assets, Housing People*. Universidad Metropolitana-Iztapalapa, 2009, pps. 1-15. academia.edu/7377128/Housing_solution_in_Mexico_City

- - -. "Producir y habitar la ciudad informal: Reflexiones desde la antropología". *Sistema mundial y nuevas geografías*, Carmen Bueno, Margarita Péres Negrete, coords., Editorial Porrúa, 2010, pps. 337-68.

- - -. *El habitar y la cultura*. Siglo XXI Editores, 2012.

Maturana, Humberto y Ximena Dávila. *El habitar humano*. Universidad Iberoamericana y Editorial Porrúa, 2008, pps. 337-68.

Ramachandra, Guha, Gadgil Madhal. "Los hábitats en la historia de la humanidad". Trad. Elena Grau, 1993, pps. 49-103.

Rapoport, Amos. *House Form and Culture*. Prentice-Hall, 1969.

- - -. *Cultura, arquitectura y diseño*. Edicions de la Universitat Politècnica de Catalunya, 2003.

Sarquis, Jorge. "Arquitectura y modos de habitar" (1ra edición ed.). Nobuko, 2006, pps. 13-36.

Seamon, David y Robert Mugerauer. *Dwelling, Place and Environment towards a Phenomenology of Person and World*. Martinus Nijhoff, 1985.

Torres Rodríguez, Alberto. *Del habitar a la habitabilidad en el proceso de diseño arquitectónico*. 2011. Universidad Nacional Autónoma de México, Tesis.

3. LA PRODUCCIÓN DE LO ARQUITECTÓNICO Y EL ENTORNO-AMBIENTE-HUMANO

TERCER EJE DE INVESTIGACIÓN



3.1. Las prácticas sociales y el capitalismo occidental moderno

En el capítulo anterior se comentaron dos formas de aproximarse a la noción de la cultura con la intención de estudiar algunos factores que inciden en la diversidad del entorno humano. Por un lado, se expuso a la cultura como una invención de carácter abstracto que le es asignada a los diversos grupos sociales a partir de sus modos de comportamiento (*ethos*) y sistema de valores y símbolos; en contraste con esta visión, se abordó a la cultura como una dimensión en transformación constante que ha de surgir de los variados y complejos procesos de reproducción social para construir una identidad individual y colectiva: es decir, una dimensión que engloba la totalidad de las funciones de la vida social, sustentándose de metas colectivas para alcanzar ciertos ideales existenciales.

Una vez más se vuelve patente esta exploración vacilante que ha forjado una especie de dinámica de ir y venir de un eje de investigación al siguiente, efectuando en ocasiones algunos pasos dubitativos que sugieren mirar nuevamente hacia atrás en busca de indicios que refuercen la compleja red conceptual entre los modos de habitar y la cultura moderna; de momento, el reto que yace a la vista consiste en vincular conceptualmente el tema de la diversidad cultural con los procesos de producción arquitectónica, el cual se explorará a través de las siguientes páginas.

Recopilando la urdimbre de conceptos ya expuestos, se sugiere ahora realizar un acercamiento a la producción arquitectónica desde los procesos productivos de construcción cultural y los agentes sociales que los hacen posibles bajo el contexto de la modernidad. Por este motivo, considero adecuado apoyarme de algunas reflexiones que el arquitecto argentino Roberto Doberti comparte respecto al moldeamiento del entorno desde un aspecto social-productivo. En su libro *Habitar* (2011), invita al lector a simpatizar con su postura respecto a la noción filosófica del habitar, mencionando que el ser humano es ante todo un individuo moldeado por sus prácticas sociales: un conjunto de actividades colectivas ejercidas en una espacialidad cultural delimitada que, desde un enfoque ético son aceptadas, legitimadas y nominadas por la vigencia de un tiempo histórico definido (85).

Estas prácticas sociales, continúa diciendo Doberti, además de sustentar la cualidad habitable del ser humano, pueden estudiarse desde su singular Teoría del Habitar propuesta en su obra; una teoría influenciada notoriamente por la fenomenología trascendental de Heidegger (pues está conformada por un sistema del Habitar y otro sistema del Hablar) y que reconoce a estas prácticas sociales como el soporte de la reproducción del sujeto moderno.¹⁶

¹⁶ Al respecto, Doberti argumenta que tanto el habitar como el hablar son imposiciones hechas al ser humano, que a su vez lo dotan de una complejidad e indeterminación singular que se traducen en una libertad proyectual. Por tanto, nos constituimos como practicantes de estas prácticas sociales que soportan la realidad misma en donde nos instalamos como individuos. Su

Con esta segunda perspectiva hacia el tema de la producción humana —primero con Echeverría y ahora con Doberti— pareciera comenzar a entreverse un sendero más claro hacia el campo de lo arquitectónico: en esta ocasión, a partir del sistema de las prácticas sociales como la piedra angular de los procesos conformativos del humano y la construcción de su medio artificial habitable; es decir, como aquellas actividades generadoras que, influenciadas por una determinada cultura y una ideología concreta, han de fundar al menos parcialmente los diversos modos de producir esa misteriosa y permanente conexión de lo arquitectónico con lo humano. Se presume que dentro de este acercamiento social productivo se estrecharán los lazos de la cultura y del entorno construido donde estarán situados los productos edilicios: esos objetos controversiales de atributos cuestionables que se consuman en el medio físico mediante la producción arquitectónica.

Resulta sensato contemplar mediante una visión materialista al entorno humano expuesto en el capítulo anterior, ya que que aparenta ser prometedora en tanto puente conceptual para arribar al enfoque disciplinar arquitectónico, y a partir de éste estudiar los nexos y fronteras que pudiera compartir con el fenómeno de lo humano; así entonces, adoptar esta visión y transponerla con los dos ejes de investigación anteriores posibilita asignar una segunda

teoría se apoya de un modelo abstracto conformado por tres planos estructurales que vinculan al Hablar con el Habitar: el plano de las realizaciones, el de la gramática y el de la significación.

interpretación a los modos de habitar desde una ideología predominantemente productiva, en donde las abstracciones conceptuales que sustentan su naturaleza epistemológica son observadas ahora en términos de producción y consumo, o bien, como un sistema de procesos autogeneradores donde intervienen agentes productores y consumidores. De esta manera, no solamente es la idea de la cultura la que admite ser estudiada desde estos procesos de producción-consumo, sino que este enfoque permite ser extrapolado al habitar, al entorno natural y construido, y evidentemente, a la materialización de los objetos arquitectónicos.

Comenzando con el primer eje de investigación, es claro que la idea del habitar es también digna de estudiarse a partir de los procesos de producción y consumo, pues la noción poética del *imago mundi* se da igualmente en dos direcciones: el lenguaje es producido por una cultura y consumido por cada uno de los miembros que la integran. Como consecuencia se ocasiona una reestructuración de las percepciones individuales y colectivas del mundo (recordando la observación de Mugerauer en donde menciona que el medio ambiente y el lenguaje se dan de forma mútua y simultánea). Esto, desde un enfoque fenomenológico, ocasiona escenarios distintos de actuación e interacción en el entorno construido por el Dasein; escenarios que influyen a su vez en los procesos de producción cultural e identitaria por el creativismo

moderno. Al mismo tiempo, esta analogía invita a reflexionar en la noción de mundo como producto, el cual ha de ser consumido por él y los seres habitantes tanto desde su corporeidad como desde su repertorio simbólico-poético, tomando en consideración que la palabra de producción comparte, bien apunta García Olvera, raíces etimológicas con la *poiesis* y la poesía (*Un acercamiento revisor* 54).

En lo que respecta a la producción del entorno construido y los objetos edilicios, se expuso que éstos últimos han de ser la consecuencia de los agentes culturales, políticos e históricos que un grupo social determinado utiliza para satisfacer sus deseos y las necesidades que de estos emergen. De igual forma, se estableció que el construir como *aedificare* es tan solo uno de las múltiples circunstancias en la conformación del entorno, por lo que no debe ser concebido como la causa primordial de los modos de habitar, ni mucho menos como el configurador exclusivo de la dimensión cultural o sus derivados modos de comportamiento. Aquí nuevamente se cumple la dinámica materialista, en la medida en que el entorno construido puede contemplarse como productor y consumidor de estos objetos edilicios: productor en el sentido en que es el creador de los seres humanos proyectadores, creadores y materializadores de sus anhelos poéticos en el medio físico a través de una forma, y consumidor

porque cultiva e integra las nuevas formas identitarias en el complejo sistema moderno de reproducción social.

Además de esta serie de complejos agentes culturales, históricos, ideológicos, políticos y biológicos que de manera conjunta inauguran el entorno humano y estructuran el ethos del *hombre moderno*, no cabe duda en que han de existir numerosas formas de aproximación adicionales al estudio del entorno y sus edificaciones, como bien pudiera ser desde las religiones, los sistemas económicos o las formas de gobierno. Sin embargo, pese a que abordar esta serie de agentes adicionales podría ser una tarea atractiva y necesaria para comprender con perspicacia los horizontes conceptuales y ontológicos de los modos de habitar y los modos de producir lo arquitectónico, me consagraré al ámbito predominantemente económico que retoma Echeverría para de allí realizar una especie de anclaje con las teorizaciones disciplinares arquitectónicas.

Este acercamiento resulta valioso para analizar a continuación los procesos de producción arquitectónica y los procesos de producción de lo arquitectónico, pues me quedo con la impresión de que estos suelen emplearse frecuentemente de manera indiscriminada como parte del repertorio lingüístico de nuestra disciplina. Así, voltear la mirada al factor económico como condicionante primordial de las culturas modernas y por ende, un importante integrante de las prácticas sociales arquitectónicas, quizás pueda ser capaz de

contribuir a clarificar las distinciones conceptuales de ambos términos y esclarecer la interrogante entre los modos de habitar y los modos de producir arquitectura. Contrastar estos dos aspectos para comparar sus semejanzas y diferencias se vuelven un requisito más para conectar la noción del habitar con la noción arquitectónica.

3.2 La producción arquitectónica y el fenómeno de lo arquitectónico

Hacer referencia a cualquier forma de producción implica en sí misma conjunto de prácticas sociales de orden cultural, se vuelve ahora sugerente indagar en el concepto de la producción en aras de comprender y contextualizar sus fases conformativas dentro de la disciplina arquitectónica, para con ello reflexionar en algunos posibles campos de conocimiento y fronteras conceptuales que permitan enlazar las virtudes del habitar con las del construir comentadas en un inicio.

Partiendo de algunos vínculos gramaticales que pudieran hacerse del término de interés, quizás se verá evidenciado que, independiente del contexto literario de donde se extraiga este sustantivo, el empleo de la palabra “producción” alude por lo general a alguna forma de creación, fabricación, mutación o transformación de una cosa en otra distinta. El acto de producir es asociado entonces con el de cambio, alteración o bien, con la construcción de algo nuevo, sea este a partir de una preexistencia física o de creación mental.

Contextualizando esta sutil definición con el fenómeno capitalista actual, el Mtro. Héctor García Olvera deja en claro cómo las prácticas sociales modernas se encuentran sometidas a una especie de círculo vicioso del cual la arquitectura forma parte, pues menciona que:

La producción se basa en el hecho de reconocer lo económico como medio que moviliza dialécticamente a la producción misma, a la distribución, al consumo y al uso de lo que se produce; es ahí donde se identifica no sólo al proceso productivo, sino a la extensa variedad de personas que se empeñan en una diversidad de actividades para producir el objeto edificado, el cual circula en el mercado para ser usado y consumido por otra diversidad de seres humanos habitantes. (71)

Así, al hablar de producción se hace referencia de manera implícita a una forma de actividad proyectual (de aquello que se producirá y se consumirá) sujeta a complejas dinámicas socioeconómicas que, como última instancia, estarán enfocadas en impulsar nuevas formas de producción, sean estas en forma de útiles, herramientas, objetos o servicios para el consumo, la disposición y disfrute del ser humano acorde al mercado mundial capitalista. Para adentrarse al tema de la producción arquitectónica contemporánea, entonces, habrá que reconocer primeramente el tiempo histórico que la determina; es decir, el del capitalismo occidental moderno. Para ello ha de reconocerse que, a partir del siglo XVIII, la historia occidentalista respecto a la económica moderna sufre una transformación notoria como consecuencia de las revoluciones industriales-tecnológicas, mismas

que influyeron drásticamente en la imposición ideológica del sistema europeo tradicional. Estas aportaciones introducen una nueva visión a la economía occidental, esta vez sustentada por los conceptos de cambio, progreso y crecimiento a manera de beneficios privados. El capitalismo moderno toma un nuevo destino, sustentándose ahora por el poder crediticio e imponiéndose como el principal sistema socioeconómico a seguir para satisfacer los nuevos medios de producción, enfocados en la acumulación del capital y de la propiedad privada: prácticas sociales que están regidas por una economía de libre mercado, conceptualizadas en términos de valor de uso y valor de cambio.

De ahí que, para entender la naturaleza del fenómeno arquitectónico moderno, se vuelve preciso reconocer al sistema económico capitalista como el impulsor principal de las dinámicas de autorreproducción social y como elemento ordenador del entorno humano, en donde habrá de transcurrir aquella efímera virtud del ser humano que consiste en habitar. Teniendo esto en cuenta, resultaría equivocado descuidar a la organización socioeconómica para aproximarse a la producción arquitectónica y de lo arquitectónico, pues se ha evidenciado hasta el momento que la diversidad cultural de la que se habló deberá depender también estrechamente de las posibilidades económicas y los márgenes de acción transaccionales que el sistema capitalista ha de traer para las sociedades actuales.

La pregunta que merece la pena plantearse ahora tiene que ver con el acercamiento necesario para vincular la producción arquitectónica y la producción de lo arquitectónico con la ideología capitalista reestructuradora de las prácticas culturales, por lo que habrá que partir de algunas de las semejanzas y diferencias que la literatura ofrece respecto a ambos conceptos. Este acercamiento lo abordaré desde las aportaciones intelectuales del Dr. Miguel Hierro Gómez y el Mtro. Héctor García Olvera, distinguidos académicos que han teorizado arduamente y durante las últimas décadas sobre el quehacer arquitectónico moderno y los alcances conceptuales del diseño arquitectónico en los procesos de conformación de lo humano.

Como parte de su labor académica y con base en numerosas publicaciones de carácter reflexivos-colectivos impartidos en el Programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura de la UNAM, comentan que, incluso dentro del ámbito docente de la academia, se suele incurrir al confundir e intercambiar de forma indiscriminada una serie de términos técnicos que aparentemente son similares pero poseen notorias diferencias, sugiriendo que en muchos casos parecieran no estar del todo claras las fronteras del diseño y el obrar de la figura del arquitecto con respecto a la producción del entorno humano. Dentro del listado de temas que han abordado, destaca la comparativa de la producción arquitectónica y la producción de lo arquitectónico, pues a pesar de que

gramaticalmente corresponden a términos casi idénticos, poseen de fondo significativas diferencias que vale la pena abordar a continuación.

El Mtro. García Olvera argumenta que, hablar de la producción arquitectónica resulta ser un tema controversial por la multiplicidad de significados que le pueden ser asignados a la definición de la arquitectura. El principal problema, continúa diciendo, radica en que al momento de asignar un adjetivo a una forma de producción (arquitectónica en este caso), habrá entonces que definir el significado de la arquitectura; término sumamente inestable por la pluralidad de corrientes de pensamiento desde las que es teorizada. Argumenta, a su vez, que al hacer referencia a la producción arquitectónica, lo que se hace en el fondo es atribuirle un conjunto de cualidades y valores al producto identificado como arquitectónico —es decir, como aquel que posee propiedades arquitectónicas—, de tal suerte que surge el riesgo de descontextualizar a la forma materializada en función de las prácticas socioeconómicas y los variados y complejos procesos humanos que se llevaron a cabo para su concreción espacial. Dicho de otra forma, pareciera que hacer mención al término de la producción arquitectónica en la mayor parte de los escenarios cotidianos conlleva una connotación centrada principalmente en la materialidad de la obra edificada y por ende a una mala interpretación o sobresimplificación de los procesos productivos involucrados.

En tanto que hacer mención a la producción de lo arquitectónico,¹⁷ implica desligar la adjetivación de arquitectura al proceso productivo y en su lugar transformarlo en un sustantivo neutro y abstracto, de manera en que se evita asumir que dichos valores arquitectónicos han de ser características atribuibles específicamente a la forma edificada, o cualidades derivadas de ella, sino que se deja abierta la posibilidad de que puedan ser consecuencia de otros procesos productivos singulares en la concreción de lo humano. Así, entonces, esta sutil diferencia que plantea el Mtro. García Olvera, posibilita adoptar una nueva perspectiva —esta vez de carácter fenomenológico— enfocada en los procesos de conformación de lo humano, esto es, en la multiplicidad de agentes sociales causantes y consecuentes de la materialización edificatoria, encuadrados desde luego a una historicidad definida. Esta perspectiva queda evidenciada cuando menciona que:

No es que lo arquitectónico se dé, anticipadamente, en la cosa edificada; que sea producto de un acto proyectivo intencional; o que ello se concrete con la materialización; sino que eso de lo arquitectónico quizá se forje en la precisa relación transaccional que desempeñan los seres humanos cuando cohabitan con la espacialidad edificada. Y es, en esta transacción, en donde lo arquitectónico se ha de conformar como una experiencia vivida y cultural concreta. (80)

¹⁷ Si bien en las obras literarias de ambos autores es común leer esta incógnita de lo arquitectónico en términos de producción, cabe señalar que este término no debe de conceptualizarse como una consecuencia material de las prácticas proyectuales, sino que alude más bien a una especie de generación indirecta de cultivación pasiva (véase el término de *collere* en Heidegger). Por tanto, el tratamiento que se le dará al concepto de ahora en adelante tendrá que ver más bien con el “fenómeno de lo arquitectónico”.

De ahí que se vuelva altamente sugerente entender a esta forma de producción no como un producto tangible y cuantificable situado en el medio físico y listo para ser consumido corporalmente por la predisposición de ser ocupada a través de una espacialidad, sino más bien como una construcción del orden espiritual, poética e identitaria que trasciende el medio físico y se sitúa en el campo de lo simbólico a partir del relacionamiento del sujeto con las variadas formas de ser en el entorno.

Por su parte, el Dr. Miguel Hierro Gómez comparte una perspectiva sagaz tomando en consideración esta sutileza gramatical del Mtro. García Olvera, exponiendo que para abordar tanto el tema de la producción arquitectónica como el de la producción de lo arquitectónico desde el ámbito disciplinar, es preciso identificar en un inicio los campos de acción de las distintas ciencias humanas y con ello situar en seguida al diseño arquitectónico dentro de sus dinámicas de producción-consumo, identificando a éste último un el medio necesario para que se desarrollen el resto de los procesos productivos. En este sentido —y a diferencia de algunas convenciones académicas desde las que se teoriza la producción arquitectónica—, el Dr. Hierro Gómez propone visualizar al conjunto de estos procesos como estadios y no precisamente como fases productivas,

puesto que se encuentran tan estrechamente vinculadas que no es posible discernir los límites o las fronteras entre una etapa y otra.¹⁸

Por tanto, menciona que los procesos de producción arquitectónica están integrados por una serie de facetas en donde han de estar presentes distintos agentes sociales, de manera que se puede hablar de cuatro estadios primordiales: el estadio promocional de la demanda, el estadio de la proyectación, el estadio de la materialización y el estadio del consumo (45-62).¹⁹

Para un entendimiento semejante de estos cuatro estadios productivos —y apoyándome de algunos de sus ensayos reflexivos sobre esta misma temática—, me atrevo a detallar algunas de sus características principales, advirtiendo que para ello he tomado cierta libertad interpretativa para contextualizarlas acorde a los ejes de investigación antes expuestos. En este sentido, se podría distinguir el estadio promocional de la demanda por su condición política que en primera instancia exige que se produzca algo, es decir, cuando se internaliza y se reconoce un posible escenario de acción para incidir en un modo de habitar específico no-existente, el cual esencialmente ha de estar impulsado por un conjunto deseos individuales y sociales traducidos en necesidades y

¹⁸ Estas observaciones fueron comentadas por el Dr. Hierro Gómez durante el Seminario de Titulación II (Ciclo escolar 2021-2) del Taller Max Cetto junto con la participación del Dr. en Arq. Adrián Baltierra Magaña.

¹⁹ Los cuatro estadios de la producción arquitectónica fueron identificados y adaptados al presente discurso desde el ensayo del Dr. Hierro Gómez “El diseño arquitectónico y la producción contemporánea de las formas” (2015).

requerimientos formales (y en donde se asume que será por medio de la edificación que estos podrán ser satisfechos); corresponde a la motivación para transformar el entorno humano acorde a las proyecciones de un habitar futuro que únicamente podrá llevarse a cabo como consecuencia de los modos de comportamiento permitidos en la espacialidad materializada.

Referente al estadio de la proyectación, éste se inclina principalmente a los medios y las herramientas de representación de las que diseñadores y planificadores disponen para trabajar con la forma por materializarse, forma que se espera será factible de acuerdo a su contexto geográfico, social, cultural y económico en donde estará inserta. Este estadio no se limita al proceso productivo academizado, sino que está presente de igual manera en las formas de producción arquitectónica no institucionalizadas en tanto abarca a los recursos gráficos y cognitivos empleados para brindar respuestas ideales a las demandas iniciales del habitar, estableciendo para ello un orden probable a través de la forma edilicia. El Dr. Hierro Gómez comenta que en este estadio es importante distinguir que, si bien está enfocado en incidir físicamente en el entorno mediante la construcción de formas físicas, con lo que se trabaja en el fondo no son más que con las ideas y las imágenes del objeto arquitectónico demandado (248). Con esto se vuelve sugerente una importante distinción, pues se reconoce que el campo del diseño arquitectónico y sus correspondientes

proyecciones gráficas de la forma no han de confundirse con la materialización de la misma, sino que corresponden sólo a su representación objetual, sean o no respaldadas por convenciones académicas como lo son los planos arquitectónicos, modelos tridimensionales, memorias descriptivas, láminas de presentación o los programas arquitectónicos.

Como tercer punto, el estadio de la materialización corresponde *grosso modo* a la gestión y la ejecución de las *proyecciones* hipotéticas de los diseñadores en el medio físico-tangible, mismas que están sustentadas en los recursos económicos, las fuerzas productivas y la tecnología disponible para transmutar de la imagen del objeto a su edificación en el entorno humano y con ello inaugurar un producto de aparentes valores arquitectónicos. Este estadio debe de apoyarse de los instrumentos de diseño no-autónomos elaborados durante la proyección para traducir las hipótesis formuladas gráficamente al hábitat construido. Asimismo, mencionar que esta interpretación de la imagen a la forma está en manos de agentes sociales distintos de los dos estadios anteriores que se enfrentarán a la ardua tarea de descifrar las capacidades comunicativas del proyecto arquitectónico, pudiendo o no coincidir con precisión con la intención proyectual del nuevo habitar previsto.

Respecto al cuarto y último estadio del consumo, vale la pena mencionar que este corresponde a la comprobación hipotética del habitar proyectado con el

modo de habitar inaugurado dentro de la edificación materializada. Este encuentro se da a manera de experiencias humanas dentro de la espacialidad ordenada, por lo que se espera que los significados y valores culturalmente contruidos correspondan de la mejor forma posible a la imagen del mundo de los habitantes que disponen de la edificación. Desde luego que este consumo no corresponde únicamente a la ocupación corpórea de la espacialidad materializada, sino también al conjunto de las manifestaciones culturales para satisfacer anhelos poéticos y espirituales como parte de los procesos de autorreproducción social del individuo. Este consumo, que además es constante y cambiante, es simultáneamente el impulsor de nuevas formas de deseos, demandas y necesidades a cubrir por nuevas formas de producción, habilitando una vez más el círculo de producción-consumo.

Por último —aunque no menos importante—, el Dr. Hierro Gómez complementa al entendimiento de los procesos arquitectónicos-proyectuales mencionando que los procedimientos actuales de la producción arquitectónica, además de ser la consecuencia de otros complejos procesos sociales-históricos, deberán estar sustentados en el fondo de ciertas acciones arquitectónicas aspirando a las cualidades de lo habitable, lo edificable y lo estético (50), debido a que son éstos los ideales que constituyen la razón y la finalidad última de los mismos procesos edificatorios productivos. Lo anterior porque es claro que todo

proceso de producción —sea o no del tipo arquitectónico— ha de aspirar en esencia a una finalidad y consumo específicos, es decir, a una serie de deseos por cubrir a través del producto. Ya que, de no existir esta demanda inicial capaz de motivar la materialización de la forma, entonces por definición dicho producto (la forma edificada en este caso) carecería de una razón de ser, puesto que se produce en la medida en que los productos son consumidos, y son consumidos para satisfacer alguna demanda o deseo concreto.

Ahora se vuelve apropiado destinar unas últimas consideraciones al fenómeno moderno de lo arquitectónico desde su constitución económica y con ello retornar una vez más la mirada al entorno humano y de las experiencias poéticas-culturales que han de derivar del acto constructivo edificatorio, pues será precisamente desde este punto que la interrelación entre los modos de habitar y los procesos de producción de lo arquitectónico cobrarán una orientación más patente. Referente al impulsor socioeconómico vigente, el Dr. Héctor García Olvera comenta una vez más con astucia que:

El capital, en el arduo caso de la producción de lo arquitectónico, se constituye plenamente como el medio (con rasgos socio culturales, político-ideológicos, tecnológico-constructivos y hasta esteticistas, etcétera) que se requiere y, ocasionalmente, se impone en la producción de las edificaciones, y que en última instancia tiene como base estructural lo económico. (*Un acercamiento revisor* 62)

Esta afirmación sugiere que la capacidad adquisitiva ha de incidir en las edificaciones a producir, así como de las subsecuentes oportunidades y posibilidades del habitar de la que estos objetos materializados dispongan. Bajo esta perspectiva, los cuatro estadios de la producción arquitectónica identificados por el Dr. Hierro Gómez habrán de apoyarse simultáneamente de tres condiciones derivadas de las fases de los procesos productivos referidos por el Mtro. García Olvera, esto es, que tendrán que apegarse a una adecuada distribución, un cambio aceptable y a un consumo durable.²⁰ En este sentido, las actividades de producción cultural derivadas de la producción arquitectónica quedarán igualmente sujetas a las leyes del mercado de la oferta y la demanda, así como a los valores de uso y de cambio pactados por las tendencias ideológicas de dicha sociedad, de manera que se vuelve sugerente observarlas como parte de procesos permanentes de reinserción social.²¹

En cuanto a la incidencia simbólica de lo arquitectónico en relación al entorno humano, el Dr. Miguel Hierro Gómez se aventura a decir que:

El fenómeno de lo arquitectónico así entendido no podría contemplarse solamente por su materialidad edificada, sea a través de edificios, casas, calles o incluso ciudades. Puesto que la producción de este campo es resultado de un proceso social que involucra relaciones históricas,

²⁰ Las tres fases capitalistas productivas de lo arquitectónico son expuestas por García Olvera en su ensayo *Sobre la producción de lo arquitectónico*, quien explora con mayor detenimiento el componente económico en las dinámicas de lo arquitectónico y las implicaciones de producción y consumo del capitalismo moderno.

²¹ Esta visión de procesos permanentes de reinserción social fue tomada por Héctor García Olvera del pensamiento de Fernand Braudel, en *La dinámica del capitalismo*

políticas, económicas, antropológicas, psicológicas y, en general, todos aquellos aspectos de carácter cultural.

De ahí que la condición dialógica de lo arquitectónico en su proceso productivo [...] se refiera a la condición significativa que se hace manifiesta en las expresiones del habitar al relacionar las características de la materialidad que será edificada con las experiencias anteriores de lo habitable. (*Un acercamiento revisor* 25)

Con esto se vuelve patente una vinculación retroalimentativa entre los modos de habitar y los modos de materializar los objetos edilicios, en tanto ambos fenómenos corresponden a derivaciones culturales con efectos *a priori* y *a posteriori* dentro de la cadena de los procesos arquitectónicos productivos, trasminando primeramente en el ámbito de lo arquitectónico y, quizás también, insertándose a partir de éste en los procesos productivos de lo humano. La experiencia vivida y el entorno humano se posicionan una vez más en la cima conceptual hacia la aproximación fenomenológica deseada, de ahí que este modesto acercamiento sirva como pauta para las siguientes consideraciones en las esferas disciplinarias de la arquitectura academizada.

3.3 El entorno-ambiente humano como mediador de lo arquitectónico

Quiero comenzar este tercer y último apartado enfatizando que la producción de lo arquitectónico corresponde a una experiencia cultural vivida. Aunado a esto, reconocer que a lo largo de los tres ejes de investigación abordados hasta el momento ha destacado un elemento que estuvo presente desde los inicios del presente trabajo de investigación al cual me he acercado desde los distintos autores citados y cuyas significaciones han oscilado desde atribuciones físicas, culturales y hasta metafísicas con el propósito de establecer un terreno firme a partir del cual los modos de habitar y la producción arquitectónica permitan ser comprendidas.

Este elemento —el cual fue identificado primeramente como mundo inmediato (*Umwelt*) o envolvente durante el eje del habitar, como entorno natural y construido al abordar el eje de la cultura (*environment*), y por último como el entorno humano durante el presente eje de la producción— será abordado a continuación bajo el entendimiento de que corresponde a un fenómeno más extenso del tratamiento ya expuesto en donde evidentemente ha de tener lugar esta experiencia cultural vivida. Se vuelve sugerente cuestionar nuevamente la naturaleza de esta entidad abstracta en busca de un mejor entendimiento de la

incidencia de la diversidad cultural del habitar con los procesos de producción de lo arquitectónico.

Tras una serie de discusiones cautivantes que sostuve con el Dr. Adrián Baltierra Magaña respecto al campo de conocimiento de lo arquitectónico y las teorizaciones fenomenológicas del habitar en nuestra disciplina, rescato en particular sus meditaciones sobre la presencia de esta entidad hegemónica a la cual se aventuró a denominar como el entorno-ambiente humano. Esta nominación me parece un tanto curiosa, pues invita a reflexionar de una manera distinta la urdimbre de elementos hasta ahora explorados respecto a los discursos humanistas y materialistas del habitar, la cultura y la producción arquitectónica.

Se vuelve preciso recordar que desde la visión heideggeriana se hizo alusión al *entorno* como aquella entidad envolvente del *hombre* que surge por la capacidad del lenguaje y conciencia del *Dasein*, el cual contendría a su vez una imagen del mundo y las interacciones del ser con las cosas. Más adelante, al explorar el mundo colectivo desde algunos discursos sociológicos y antropológicos, se franqueó a esta envolvente como un constructo de naturaleza sociocultural imprescindible en la vida común y la identidad de los individuos, llegando a identificarse como una sola unidad: el entorno comprende por sí mismo al humano, a su mundo, a las cosas y al conjunto de relaciones espaciales,

temporales y culturales, de manera que no es posible concebir al humano sin su entorno y *viceversa*.

Ahora, con la exposición desde los procesos productivos se le dio mayor énfasis a la noción del entorno no solamente como esta envolvente cultural construida socialmente, sino también como aquella *en torno* a la cual se desenvuelven la totalidad de las prácticas sociales y productivas del ser humano que se concretan en experiencias vividas. Así, esta entidad abstracta y suprema, englobadora de las construcciones y manifestaciones del habitar y del fenómeno de lo arquitectónico —y por ende de lo humano—, es enriquecida con una segunda distinción semántica referente a la noción de ambiente e insertada una vez más con esmero en el discurso fenomenológico existencial de Martin Heidegger.

De aquí que la definición que propongo del ambiente se basa principalmente en la connotación humanista con la que suele ser tratada dentro de la academia, que se apoya en la postura de los arquitectos y fenomenólogos Peter Zumthor y Juhani Pallasmaa. Este significado del ambiente guarda una estrecha relación con la idea de la atmósfera, misma que es percibida en una espacialidad gracias a una sensibilidad emocional y a una respuesta emotiva espontánea (Zumthor 13) del habitante, pues tiene que ver con una vinculación

espiritual de resignificación identitaria que emana sensaciones de orientación, orden, pertenencia y resguardo.

Con respecto a esta mención de la experiencia sensible del ambiente, retomo la noción de los mundos sensoriales distintos comentados con Robert Mugerauer para añadir que este ambiente ha de ir de la mano con la inauguración de un lugar y el estar-en-casa del ser en el medio físico con el que el *hombre* se interrelaciona tanto de manera física como espiritual y simbólica. Desde luego, esta aproximación de inclinación fenoménica enmarca a las percepciones, sensaciones, sentires, deseos y anhelos humanos frente a los distintos estímulos que han de ser asimilados y traducidos cognitivamente por pre-configuraciones culturales, políticas, éticas y morales. Por consiguiente, propongo un acercamiento a la noción del entorno-ambiente humano como una construcción cultural colectiva con características arquitectónicas multi diversas, en donde congenian las experiencias vividas del humano con una serie de lugares que lo resignifican y lo reproducen perpetuamente dentro de los procesos de producción cultural que engloba la totalidad de su existencia.

Con el propósito de presentar una última perspectiva sobre este entorno-ambiente humano discutido con el Dr. Adrián Baltierra Magaña, recurro al pensamiento del académico mexicano Roger Bartra para establecer un puente conceptual con la práctica proyectual arquitectónica de interés, particularmente

desde su libro *Antropología del cerebro*, en donde el autor emprende una búsqueda teórica a temas como la conciencia, la libertad, la voluntad y el libre albedrío en relación al entorno socio cultural, enfatizando la importancia de mirar hacia el sistema de interconexiones políticas que nos distingue como animales simbólicos.

Después de un intenso debate que establece con distintos filósofos, científicos y otros intelectuales, introduce dentro de su discurso una hipótesis peculiar en aras de teorizar en el libre albedrío y los procesos neuronales-cognitivos que nos distingue como seres culturales. La postura que sostiene se fundamenta en el requisito evolutivo indispensable del ser humano por apoyarse de múltiples prótesis para garantizar su habitar, que de manera conjunta conforman lo que él denomina como el exocerebro.²²

Al hacer mención a estas prótesis socioculturales complementarias, lo que pretende dejar en claro es que consisten en extensiones simbólicas de las que el ser humano dispone para compensar sus deficiencias biológicas y con ello adaptarse para velar por su existencia, agregando que solamente es posible comprender la constitución cognitiva del ser desde la vinculación fisiológica con

²² En el pensamiento de Roger Bartra, la existencia del exocerebro se da en la medida en que los circuitos neuronales del cerebro se apoyan de recursos simbólicos que actúan como extensiones de las funciones biológicas internas. Su postura se sostiene en la necesidad neurocientífica de estudiar los distintos procesos cognitivos a partir de las señas y los signos establecidos por las estructuras lingüísticas en las que opera el cerebro, de tal suerte que la neurociencias deben tomar en consideración el ámbito simbólico de la conciencia humana.

un sistema complejo de redes culturales que lo dotan de una conciencia y un poder de acción y decisión.

Roger Batra sostiene que:

Los sistemas simbólicos sólo están alojados parcialmente en el cerebro. Son principalmente estructuras que se han ido construyendo, no sólo como la expresión social de módulos cerebrales, sino como fruto de una intensa interacción entre los sistemas neuronales sociodependientes y las texturas culturales que rodean a las personas. Se trata de un proceso de autorregulación. (214)

Con esta afirmación resulta sugerente pensar en el entorno-ambiente humano como una textura cultural que vincula las interacciones sociales, cerebrales y simbólicas encargadas de producir nuevas estructuras de valor cultural mediante procesos de generación de nuevas experiencias, sentimientos, pensamientos y dinámicas sociales. Estos procesos de autorregulación acontecen entonces desde la traducción consciente de señales a símbolos, de las estrechas redes cerebrales con los campos socioculturales, y de manera más concreta al tema de interés, desde la materialización de las formas arquitectónicas con sus correspondientes redes simbólicas-culturales. En tanto a la producción arquitectónica (entendida una vez más como producto materializado), continúa diciendo que:

La casa [Las edificaciones] y su mobiliario, además de ser un refugio cómodo para sus habitantes, son una prótesis cognitiva. [...] [corresponden a] entornos construidos no solamente como protección contra las inclemencias del clima, sino como microcosmos que expresan y se adaptan a estructuras familiares y tribales, a estilos de vida y concepciones religiosas, a hábitos morales y gustos estéticos. (210)

Ahora se vuelve interesante interpretar a la producción arquitectónica como una prótesis cognitiva portante de entornos construidos concretos, y a los modos de habitar estos lugares como prótesis simbólicas que se adaptan a estos microcosmos mediante los hábitos.

El exocerebro que plantea Bartra estaría dado una vez más por el lenguaje, que bajo el mismo criterio categórico equivaldría a la máxima prótesis lingüística que mantiene ensamblados a los procesos de producción de lo humano, y desde luego, de lo arquitectónico. Teniendo esto en mente, confío en que estas analogías de las prótesis culturales y el exocerebro en la constitución de la conciencia y el entorno-ambiente humano puedan servir para aproximarse (una vez más) al campo arquitectónico disciplinar en busca de nuevas concurrencias que faciliten reflexionar en esta relación transaccional entre seres humanos y espacialidades edificadas que comprenden al fenómeno de lo arquitectónico.

3.4 La proyectación arquitectónica según Bognar y Gregotti

Con la idea de explorar más a fondo la vinculación de la proyectación arquitectónica con el entorno-ambiente humano, me surgen dos preguntas particulares que considero cuestionan de manera bidireccional los campos de acción de la diversidad cultural y las formas de producción arquitectónica: ¿será posible contextualizar a los estadios de la proyectación y del diseño arquitectónico dentro de la producción de lo humano, de tal suerte que se desdoblen las correlaciones existentes entre la diversidad cultural y las acciones edificatorias en el medio físico? Y, si es así, ¿será posible determinar hasta qué punto los procesos de producción de lo arquitectónico son responsables de incidir en la determinación del entorno-ambiente humano?

Estos dos planteamientos sugieren mirar una vez más hacia las implicaciones de la fenomenología en los procesos del diseño arquitectónico y desde luego, a la idea de proyecto que ha de acompañar a estos procesos. Para ello, las opiniones de los arquitectos Botond Bognar y Vittorio Gregotti me parecen acertadas; por un lado, porque reconocen a su vez los confines de la operación proyectual en relación con la producción de lo arquitectónico, y por el otro, porque reflexionan de manera implícita en la presencia de este entorno-ambiente humano.

Empezando con la contextualización proyectiva dentro de la producción humana, la exposición que Vitorrio Gregotti realiza sobre la idea de proyecto se vuelve un tanto esclarecedora: el autor sugiere aproximarse a los procesos de proyectación a partir de la noción de material, entendida como toda forma de materialidad dentro del habitar humano que incluye lo simbólico, lo estético y lo ideológico. Dentro de su discurso se da la tarea reflexionar acerca de los estadios de las prácticas proyectuales y la constante labor científica y estética que retroalimentan conjuntamente a los procesos de producción arquitectónica moderna desde la compleja red de relaciones interdisciplinarias en donde se sitúa. De forma más precisa y referente a la operación proyectual arquitectónica, menciona que ésta ha de interpretarse como un conjunto de operaciones hipotéticas que han de mediar entre el deseo y la satisfacción de nuestro ser-en-el-mundo, y que, a través de una intencionalidad figurativa y comunicativa, buscan perseguir un determinado modo de habitar acorde a una historicidad concreta.

Este argumento se sustenta entonces en la idea de que los procesos de producción de lo humano se dan a partir de un conjunto de suposiciones tanto racionales como emotivas respecto a aquello que pueden y deben los seres y las cosas. En este sentido, es curioso pensar que en estos procesos productivos se reconozca hasta cierto punto un componente azaroso con el que se deba de lidiar

desde el trabajo proyectual, y que esta labor de imaginar escenarios futuros y posibles del habitar y las formas edilicias tengan una intención de buscar un sentido, orden y consistencia desde las abstracciones que se efectúan de las manifestaciones del mundo. Sin embargo, queda abierta la cuestión respecto si es posible o no observar los modos en que la experiencia de lo arquitectónico se ocupa de la construcción del entorno-ambiente humano, y si acaso sería significativo indagar dentro de este escenario incierto, especulativo y altamente subjetivo que deriva de las operaciones hipotéticas.

La visión de Gregotti frente a esta incógnita es reconfortante, pues de acuerdo con él, la capacidad de incidencia de los estadios de proyectación y del diseño arquitectónico en la transformación del hábitat humano y en la conformación del ser en el mundo no deberían ser necesariamente alarmantes, puesto que en el fondo habrá que entender que consisten en ejercicios de invención figurativa que se aventuran hacia lo desconocido o lo inexistente, en donde las constantes fricciones entre la historicidad de la materia del proyecto con que se trabaja y las nuevas significaciones de este material buscarán establecer un orden nuevo, una nueva posibilidad de habitar este orden y una nueva experiencia del mundo mediante la realización material (nótese aquí una vez más las semejanzas con la cultura moderna expuesta por Echeverría sobre las

fricciones innovadoras y restaurativas entre el tradicionalismo y el creatividad, y los ideales hacia “lo perfecto”).

Continúa hablando de la proyectación arquitectónica en relación al agente social productor conocido como arquitecto, señalando para ello que:

La estructura de la proyectación (lo que hace la obra) es de naturaleza fundamentalmente figurativa, esto es, consiste en una particular estructura de relaciones entre las materias capaces de orientar según un sentido los actos de la operación que realizamos como arquitectos: en estas confrontaciones, todos los demás aspectos (estilístico, ideológico, técnico, económico, histórico) son sólo material, aunque tal material orienta siempre, según diversos niveles históricos de prioridad, el proceso de la proyectación. (Gregotti 222)

Aquí se vuelve más precisa la incidencia mutua de lo material con el proceso de la proyectación, en tanto este material se encarga de orientar a las prácticas proyectuales permitiéndoles cierto grado de libertad comunicativa e interpretativa, y por el lado opuesto, serán las interpretaciones comunicativas y simbólicas de los instrumentos de diseño que, una vez han sido materializadas en el medio físico, habrán de transformar el hábitat humano y reestructurar al entorno-ambiente humano mediante las dinámicas de resignificación material que caracterizan a la diversidad cultural.

Pareciera ser que algunos de los retos más significativos con los que la producción arquitectónica moderna ha de lidiar tendrán que ver primordialmente con la capacidad interpretativa y la sensibilidad poética de los

agentes proyectistas frente a la multiplicidad de significaciones del entorno-ambiente humano y sus procesos complejos de resignificación cultural, seguido de la capacidad comunicativa que los distintos agentes interdisciplinarios deberán hacer de estos instrumentos de diseño, y las cualidades de estas figuras materializadas para evocar las significaciones adecuadas de la existencia humana de sus habitantes a través del consumo corpóreo-espiritual de las edificaciones.

Retomando la analogía anterior de las prótesis cognitivas, los estadios de la proyectación y la materialización arquitectónica permiten ser vistas desde este mismo lente. El arquitecto estadounidense Botond Bogner ataca de manera indirecta la noción de este entorno-ambiente humano desde una aproximación fenomenológica centrada en el sentido de lugar y pertenencia, que para sorpresa, aluden una vez más al estar-en-casa expuestos por Agamben y Zaborowski durante el primer eje de investigación. Para Bogner, la relación del humano y el medio ambiente ha de comprenderse como una realidad multivalente y multidimensional en donde la suma de sus estratos configuran una unidad poéticamente ambigua y en donde la producción de lo arquitectónico construya una multiplicidad de experiencias humanas y lugares para que el habitar. Desde luego, pareciera que con esta realidad multivalente y multidimensional esté

haciendo referencia a los estratos sociales, culturales, económicos y edificatorios que se han procurado abarcar hasta ahora.

Ante esta relación física-experiencial en donde pareciera insertarse la práctica arquitectónica, Botond Bogнар complementa el diálogo con Gregotti respecto a la idea de proyecto como material. Para esto, realiza una reveladora crítica respecto a los procesos arquitectónicos contemporáneos que, cuando carecen de una comprensión adecuada de las dimensiones culturales del habitar (esto es, de sus componentes estilísticos, ideológicos, técnicos, económicos e históricos), incurrir en un ejercicio puramente racionalista que descarta la posibilidad de que en ello ocurra lo arquitectónico. Menciona que, así como se debe evitar caer en el mal entendido de pensar en el habitar como mera ocupación espacial, se vuelve preciso esquivar el racionalismo productivista y el racionalismo formalista al abordar los procesos de producción arquitectónica.

El malentendido que estas dos corrientes de pensamiento sostienen frente a la producción de lo humano tiene que ver con una sobre abstracción del ser y su relación con las cosas, lo cual lleva a objetivar el habitar y con ello a las significaciones de la experiencia humana a través de la figura; de manera que el racionalismo productivista se enfoca en la constructividad y el funcionamiento del objeto arquitectónico —asumiendo que pretender considerar los valores humanos en el diseño no es una tarea necesaria—, mientras que el racionalismo

formalista se guía primordialmente por la predecibilidad de los modos de comportamiento y las experiencias vividas, asegurando que el diseño y los valores estéticos de la figura son capaces de comunicar su significado último.²³

Por lo que, para atender esta condición desde el ámbito disciplinar, se vuelve entonces crucial reforzar el entendimiento fenomenológico dentro de la producción arquitectónica para con ello conocer y distinguir los distintos campos de acción y agentes sociales involucrados en cada una de sus estadios constitutivos, partiendo de la aseveración de que el espectro que las prácticas proyectuales han de tener en relación con los modos de habitar y reestructurar el entorno-ambiente humano son apenas un limitado recurso inmerso en un mar de relaciones interdisciplinarias que escapan la labor del arquitecto, y que a su vez ha de subsumirse a las inagotables posibilidades culturales de habitar un lugar gracias al cambio, a la permanencia y a la libertad de un ser histórico, espacial, social, cultural, productivo, simbólico, arquitectónico, y desde luego, habitante.

Considero oportuno recalcar que ambos autores parecen estar de acuerdo con el Mtro. García Olvera cuando mencionaba que la producción de lo

²³ La contrapostura de Botond Bognar ante estas dos tendencias racionalistas de producción arquitectónica se apoya arduamente en las teorizaciones de Norberg Schulz respecto al *Genius loci* o espíritu del lugar, el cual estaría íntimamente conectado con la fenomenología trascendental de Martin Heidegger por el deseo poético del ser de pertenecer a su entorno y sentirse en casa. Referente a la práctica arquitectónica proyectual familiarizada con este *genius loci*, menciona que como actor responsable de la proyectación es imprescindible cultivar una sensibilidad encaminada al diseño, pues este corresponde a un acto en donde el arquitecto implanta ciertos valores en el entorno a ser consumidos y cultivados como propios bajo la noción de recuperar raíces en el mundo.

arquitectónico corresponde a una experiencia vivida determinada por la relación transaccional que se genera entre el ser humano y las espacialidades edificadas. Frente a este acercamiento, congenian en la importancia de *crear un lugar* por medio de los procesos productivos para llegar a esta experiencia cultural vivida; el aspecto técnico-material-racionalista con el que suele ser abordada la producción de la forma arquitectónica pasarían entonces a posicionarse en un segundo plano frente a los valores de lo habitable, lo edificable y lo estético, los que de alguna manera estarán a merced de lo poético, lo simbólico, lo espiritual, lo estilístico, lo ideológico, lo económico y lo tecnológico.

Estas intrincadas exploraciones ponen en evidencia que el habitar, la cultura y la producción de lo arquitectónico apuntan a una exploración más exhaustiva de este cuarto componente referente al entorno-ambiente humano, así como a un reforzamiento filosófico y espiritual sobre las polivalentes significaciones de las experiencias humanas y el sentido del lugar y el estar-en-casa en la producción arquitectónica. Desde luego que este *hacer lugar* habrá de ser examinado con mayor detenimiento por la figura del arquitecto moderno para mediar y contribuir desde su limitado campo de actuación hacia una comprensión más sensible de la extensa y megadiversa red de los procesos sociales productivos implícitos en el habitar, y las complejas dinámicas espirituales y simbólicas desde las cuales se sustentan las identidades de estos

seres habitadores han de experimentar en todo momento de su existencia las espacialidades edificables del entorno-ambiente humano.

3.5 Comprendiendo el fenómeno de lo arquitectónico desde el entorno-ambiente humano

Consideraciones capitulares

El estudio del entorno-ambiente humano parece ser una vía posible para interpretar más claramente los nexos de la diversidad cultural con la diversidad arquitectónica que engloban a las dinámicas de la conformación de lo humano. Esta entidad abstracta conlleva fuertes connotaciones arquitectónicas en el empleo de la palabra ambiente, que aluden a la presencia fenomenológica en la manera en cómo son percibidas las relaciones seres-entes-mundo expuestas a lo largo de los tres ejes de investigación, por lo que tiene que ver primordialmente con una experiencia sensible ante los fenómenos del vivir y la concreción de una identidad libre, placentera y gratificante entre el habitador y su medio físico construido.

Esto me lleva a identificar que cada uno de los estadios que integran a los procesos de producción arquitectónica están sujetos a las dinámicas culturales de producción y consumo, en donde han de intervenir una serie de agentes sociales específicos que están presentes desde que se externa y se da a conocer

un deseo concreto, hasta el uso y la disposición de la espacialidad formal en un encuentro entre el habitar posible y el habitar abstracto con el que se materializó la imagen arquitectónica (ver esquema 3.5a). Por tanto, la producción arquitectónica habrá de referirse predominantemente a la edificación materializada como un producto cultural consumible (en donde intervienen un conjunto de actores desde los solicitantes hasta los planeadores, inversionistas, administradores, coordinadores de obra, trabajadores de campo, ingenieros, arquitectos y los seres consumidores de dicha edificación, incluyendo todos las demás personas que han de formar parte de estos procesos), mientras que hablar del fenómeno de lo arquitectónico tendrá que ver más con una abstracción referida a este proceso de reproducción social, fruto de las consecuencias culturales fenomenológicas surgidas por una experimentación favorable de la espacialidad edificable, es decir, con el aspecto simbólico-identitario que se apropia del objeto arquitectónico y le permite al sujeto crear un lugar y sentirse en casa.

Lo anterior sugiere puntualizar que han de existir fuertes vínculos entre la generación de lo arquitectónico con los procesos de producción de lo humano, puesto que esta experiencia cultural vivida se manifiesta en una serie de actividades dinámicas reiteradas que acontecen aún materializado y consumido el objeto arquitectónico. Bajo este punto de vista, considero acertado puntualizar

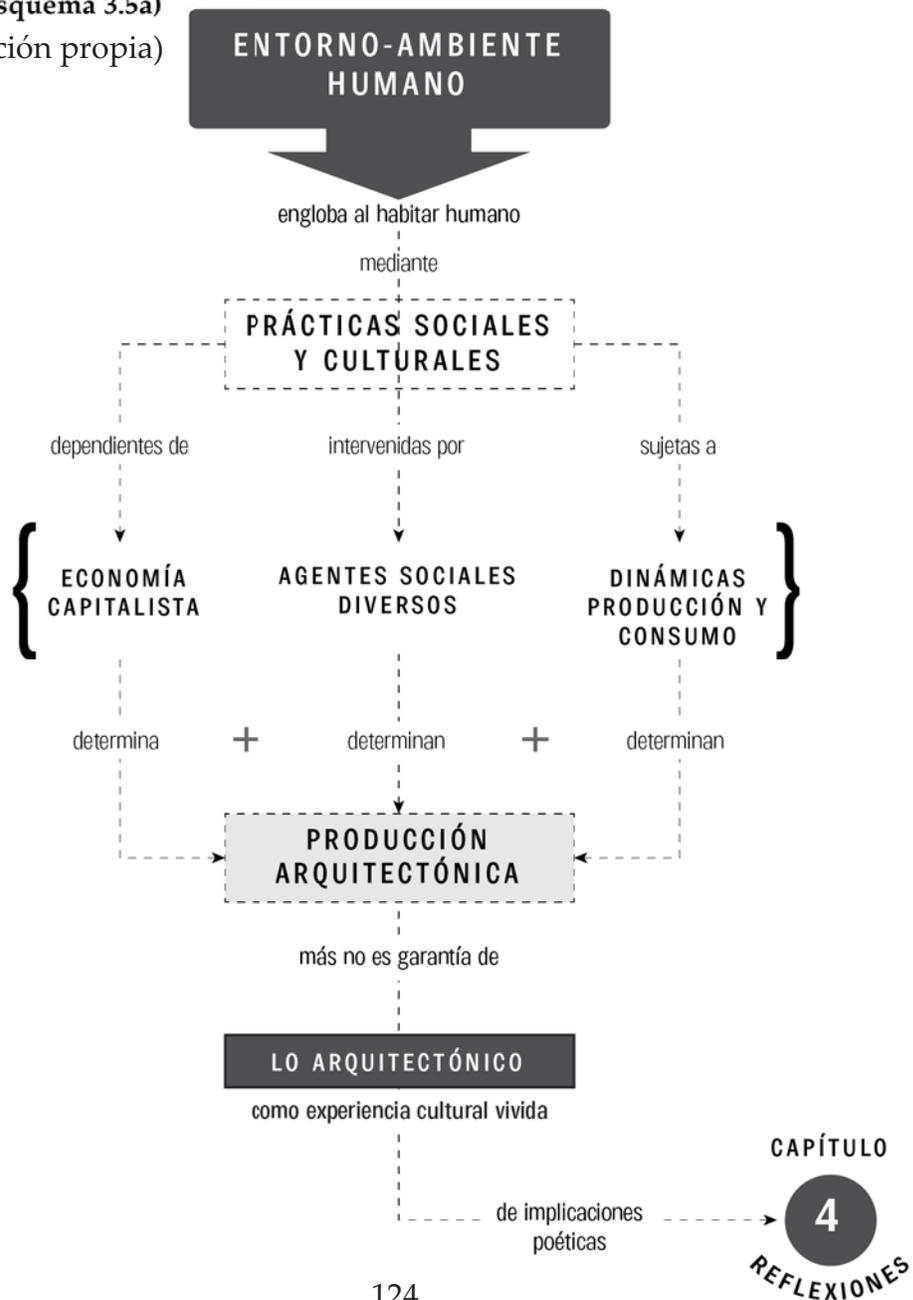
que si bien toda forma de creación de lo arquitectónico precisa de una producción arquitectónica sensible y acertada a las demandas culturales pactadas inicialmente, no siempre sucede así de manera inversa; es decir que, no todas las formas de producción arquitectónica aseguran que durante el estadio del consumo se llegue a manifestar eso de lo arquitectónico, en tanto acontecimiento poético de un habitar pleno.

Apoyándome del siguiente esquema para detallar este último punto (figura 3.5b), el fenómeno de lo arquitectónico responde también a las dinámicas económicas capitalistas de las que se apoya la producción de lo humano y al conjunto de las condiciones físicas y simbólicas del entorno-ambiente humano que derivan de esta especie de bucle cultural autogenerativo. La cualidad de lo arquitectónico, al ser parte de estos procesos capitalistas productivos, se podría decir de alguna manera que queda a merced de los factores culturales, económicos y tecnológicos quienes condicionan —al menos parcialmente— a los seres humanos a su hábitat construido, y de los que indudablemente ha de apoyarse el ser para su conformación como sujeto.

De manera analógica, la hipótesis del exocerebro expuesta por Roger Bartra permite aproximarse a esta experiencia cultural de lo arquitectónico desde el entendimiento de las prótesis materiales y simbólicas de las que dispone el habitante para auto conformarse. Esta visión resulta permite entrever

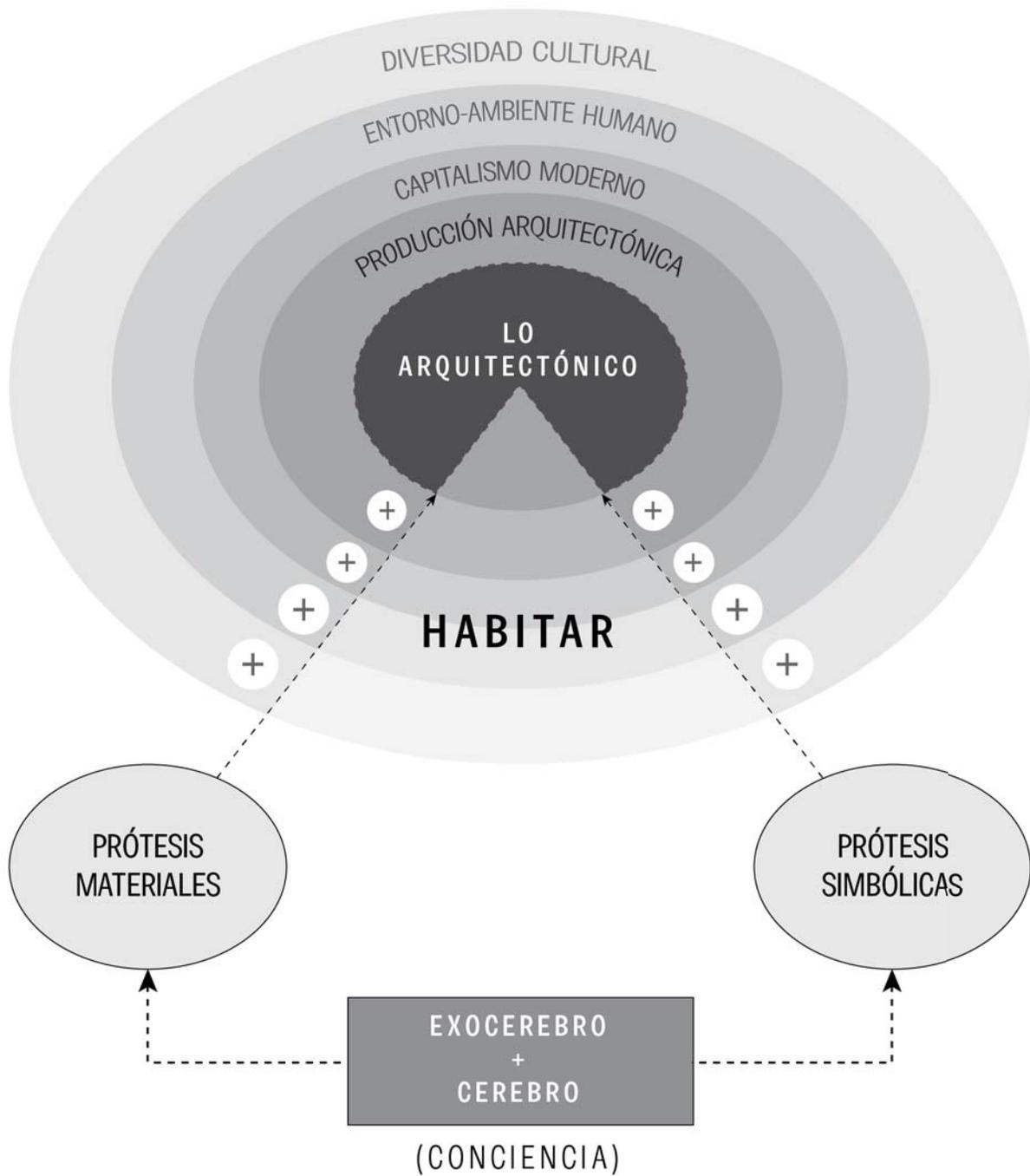
las esferas de lo biopsicosocioantropológico que han de estar presentes en el habitar y la producción de lo arquitectónico, debido a que ambas han de apoyarse imprescindiblemente de la materialización de un objeto formal específico para transformar y construir una espacialidad no-domesticada en un lugar propio dotado de significaciones.

Esquema 3.5a)
(Elaboración propia)



Esquema 3.5b)

Gráfico simplificado en donde se muestra una vía hacia el entendimiento de lo arquitectónico desde una analogía de estratos.
(Elaboración propia)



Apoyo documental

Doberti, Roberto. *Habitar*. Editorial Nobuko, 2011.

Baltierra Magaña, Adrián y Miguel Hierro Gómez. *El diseño arquitectónico: un acertijo epistemológico*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.

Bartra, Roger. *Antropología del cerebro: conciencia, cultura y libre albedrío*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

García Olvera, Héctor y Miguel Hierro Gómez. *Aproximación crítica a las ideas de la producción de lo arquitectónico*. Editorial Facultad de Arquitectura, Colección "Lo arquitectónico y las ciencias de lo humano", vol. 5, 2016.

- - -. *Programa de maestría y doctorado en arquitectura*, 1a ed., Facultad de Arquitectura, 2016.

- - -. *Un acercamiento revisor a las nociones del diseño en la producción de lo arquitectónico*. Editorial Facultad de Arquitectura, Colección "Lo arquitectónico y las ciencias de lo humano", vol. 6, 2016.

García Olvera, Héctor. "La habitabilidad, lo arquitectónico y lo habitable en el sentido de la producción de lo biopsicosocioantropológico del ser humano vivo, viviente y habitador". *Academia XXII*, vol. 10, núm. 20, 2019, pps. 90-106.

García Olvera, Héctor, Hierro Gómez, Miguel y Adrián Baltierra Magaña. *Reflexiones en torno a la actividad proyectual y la producción humana en la forma de lo arquitectónico*, Facultad de Arquitectura, 1a ed., vol. 7, 2019. <https://arquitectura.unam.mx/libros.html>

Gregotti, Vittorio, et al. *Los materiales de la proyectación en Teoría de la proyectación arquitectónica*. Editorial Gustavo Gili, 1971, pps. 206-33.

Seamon, David y Robert Mugerauer. *Dwelling, Place and Environment towards a Phenomenology of Person and World*. Martinus Nijhoff Editores, 1985.

4. REFLEXIONES DISCIPLINARES SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL Y EL QUEHACER ARQUITECTÓNICO

CAPÍTULO CUARTO



4.1. Relato retrospectivo del habitar, la cultura y la producción

Mencioné a lo largo del documento la necesidad de emprender una trayectoria escalonada y discontinua entre los ejes habitar, cultura y producción para acercarse al problema de conocimiento desde distintas perspectivas. Este ejercicio, como se habrá evidenciado anteriormente, consistió en un juego especulativo que iba y venía a manera de espiral de un sitio a otro, explorando el inagotable mar de teorizaciones multidisciplinares, pero retornando en cada ocasión a la temática principal que consistió en fortalecer las relaciones conceptuales entre los modos de habitar y los modos de producir lo arquitectónico bajo el contexto histórico moderno.

Se inició esta travesía desde algunos cuestionamientos a la icónica y alegórica ponencia “Bauen, Wohnen, Denken” desde las interpretaciones más recorridas dentro del territorio de la academia de arquitectura, lo cual entre la confusión y el desconcierto, ocasionó voltear la mirada a la fenomenología trascendental del venerado filósofo alemán Martin Heidegger en busca de un repertorio más amplio de referencia que proveyera de un terreno más firme para acercarse a la relación etimológica y codependiente del habitar y el construir.

De esta manera, fue la obra y el pensamiento de Martin Heidegger que me remitió al estudio del *Dasein* como la idea antecesora al Habitar, la cual estaría

sustentada por la capacidad del lenguaje del ser humano. Una vez se expusieron algunas reflexiones respecto a su ponencia en Darmstadt, se recurrió al pensamiento de dos filósofos contemporáneos —Holger Zaborowski y Giorgio Agamben— para continuar con el ejercicio *etimológico y semántico* del verbo to dwell y el habitare. Este paso fue crucial en tanto introdujo la cercanía del habitar con el *ethos* y el *habitus*, entendidos como los modos de ser, modos de comportarse y modos de estar en la tierra; es decir; como los modos de habitar del *Dasein*.

La referencia al *ethos* como modos de conducta y comportamiento detonó la necesidad de apoyarse en algunas perspectivas antropológicas y sociológicas desde la condición social del ser humano, con lo que se llegó al segundo eje de investigación. Perspectivas que, desde luego, permitieran retroalimentar el pensamiento filosófico de este estar-en-el-mundo y el *Umwelt* a partir del acercamiento al tema de la cultura. De esta forma, el habitar y construir son insertados ahora en un contexto sociocultural a partir del cual es posible entender el *collere* en la construcción de una identidad individual y grupal, así como la doble condición del habitar en cuanto a cercanía y cuidado.

El ser humano ya no es únicamente visto como un animal poético-histórico, sino que, ahora con las adiciones de Giglia, Echeverría y Rapoport, es idealizado además como un animal político-cultural cuyo entorno

está sujeto a complejos procesos de autoconformación que desencadenan en una diversidad en sus modos de habitar y de identificarse con un mundo que le es propio.

La cultura es interpretada como una dimensión de la existencia grupal o bien, como una invención conceptual que le asigna códigos semánticos a las cosas. Esta dimensión sería aquella que engloba a la totalidad de las prácticas sociales y a sus sistemas simbólicos que reflejan las distintas imágenes del mundo por medio de la asignación de símbolos y significados, otorgándole una identidad al ser humano y observándolo dentro del contexto sociocultural de construcción propia, el cual se identificó como el entorno construido.

Respecto a esta última asociación, el pensamiento de Rapoport remitió a interpretar el entorno natural y el entorno construido como construcciones culturales que no se reducen exclusivamente al medio físico intervenido o no por el actuar del ser humano, sino que abarcan de la misma manera horizontes simbólicos que le son asignados a los objetos, a los animales y a las personas; aquí, se vuelve sugerente dejar de reflexionar en el habitar del ser humano y su entorno como elementos autónomos, puesto que ambas abstracciones indican que existe una estrecha correspondencia con respecto a los mismos procesos de reproducción social, de manera que ahora resulta más acertado comprenderlos como una unidad y no como entidades independientes: el ser humano no puede

habitar sin un entorno, y este entorno permite ser concebido únicamente por la presencia colectiva de los seres humanos.

Surge en este momento la inquietud por comprender el entorno humano desde los procesos de producción cultural para llegar poder arribar al tema de la producción arquitectónica, tomando en cuenta en que deberá ser el acto edificatorio tan solo uno dentro del complejo sistema de actividades que han de incidir paralelamente en los modos de habitar y la configuración del hábitat humano en tanto envolvente existencial y refugio de los deseos y necesidades del ser humano. Una vez dado este paso, se expuso el argumento de Robert Mugerauer para explicitar que, las disparidades semánticas entre distintas culturas y tiempos históricos se manifiestan en inauguraciones de mundos sensoriales diversos; mundos con visiones e ideales característicos que han de apoyarse de lo arquitectónico para satisfacer sus deseos y velar por las necesidades que han de surgir de éstos.

Llegando al tercer eje de la investigación, se partió del reconocimiento de la diversidad cultural en la conformación de los modos de habitar y la necesidad de recurrir a la ética y a la émica para estudiar a la cultura de manera más extensa. Se acudió a las reflexiones de Roberto Doberti para reflexionar sobre el habitar y la cultura desde su Teoría del Habitar, misma que está soportada por el

concepto de las prácticas sociales, las cuales soportan esta dimensión cultural del humano y por ende a toda forma de producción humana.

Para aproximarse al tema de la producción arquitectónica —entendida como una actividad indispensablemente colectiva—, se retomó la analogía materialista de producción-consumo utilizada por Bolívar Echeverría y Amos Rapoport para dar una segunda interpretación al habitar, al entorno y a las actividades culturales productivas, procurando congeniar el extenso repertorio de conceptos derivados de los dos primeros ejes en busca de nuevos razonamientos. La producción arquitectónica comienza a analizarse en términos de producción y consumo, por lo que es abordada y contextualizada a partir de las actividades económicas modernas que la condicionan. Las actividades edificatorias actuales no solamente dependen de las prácticas sociales-simbólicas que reestructuran el hábitat humano, sino que además son dominadas por las dinámicas de cambio y crecimiento pactadas por la ideología del capitalismo moderno.

Con esta distinción cultural y económica en mente, se procedió a indagar en los términos de la producción arquitectónica y la producción de lo arquitectónico desde las teorizaciones del Dr. Miguel Hierro Gómez y el Mtro. Héctor García Olvera, con la intención de aclarar sus generalidades e interpretaciones en el ámbito académico, identificando primeramente que en

éstas han de intervenir una extensa variedad de agentes sociales en cada una de sus fases productivas.

El empleo del término producción arquitectónica es cuestionado por su imprecisión histórica-ideológica y su sobresimplificación material-estética. Frente a esta situación, la figura del diseñador (formal en tanto arquitecto e informal en tanto individuo sin formación académica) es contextualizada con su condición social y abordada subsecuentemente a partir de los cuatro estadios conformativos de la producción arquitectónica: el estadio de la demanda, de la proyectación, de la materialización y el del consumo; asimismo, se identificaron tres valores arquitectónicos por los que debe velar esta práctica social productiva, siendo éstos lo habitable, lo edificable y lo estético.

En tanto que la generación de lo arquitectónico es reconocida como un conjunto de experiencias culturales que inciden en el fenómeno de lo humano, identificándose y describiéndose como una experiencia cultural vivida que trasciende a la materialización de las formas arquitectónicas y al consumo corpóreo de las edificaciones. Corresponde a una pluralidad de actividades multidisciplinares en donde intervienen una multiplicidad de interventores que producen en función de sus intereses, deseos, anhelos y necesidades objetuales y espirituales. La figura del arquitecto o el planificador es identificada como uno solo de estos agentes interventores, dimensionándose y contextualizándose en el

campo del diseño, en donde ha de desarrollar sus limitadas e hipotéticas actividades proyectivas.

Como cierre del tercer eje de investigación, se voltea la mirada una vez más a la envolvente sociocultural abordada esta vez desde el enfoque de lo arquitectónico, identificándola en esta ocasión como el entorno-ambiente humano. Esta nueva mirada hacia el entorno humano se apoyó en el pensamiento de Roger Bartra para entender cómo es que la experiencia vivida de lo arquitectónico ha de relacionarse con una red de sistemas externos para concretarse en una forma de habitar. El entorno-ambiente humano es estudiado a partir de la conjunción cerebro y exocerebro que llevan al Ser a producir una conciencia propia, apoyándose para ello de distintas prótesis cognitivas, sociales y culturales que de alguna manera sustituyen y complementan las actividades fisiológicas del habitador.

A manera de cierre capitular, se realizó una analogía desde el pensamiento de Bartra para reconocer a los procesos de materialización y de consumo de una edificación como prótesis cognitivas y simbólicas, insinuando que las dinámicas de producción y consumo de lo arquitectónico transforman y reestructuran estos vínculos utilitarios y simbólicos.

La pregunta de cómo aproximarse al moldeamiento del entorno-ambiente humano desde la *proyección* de las formas arquitectónicas fue abordada

finalmente desde las posturas de Vitorrio Gregotti y Botond Bogner, quienes expusieron una visión particular hacia la aproximación arquitectónica desde la idea de los materiales de la proyectación y la disciplina fenomenológica aplicada a los procesos de diseño arquitectónico. En el diálogo sostenido con ellos se abordaron temas como la presencia y significación de la forma, la experiencia humana, el racionalismo en la fase proyectual y la inauguración del lugar y el sentido de pertenencia, apuntando una vez más a una reflexión más profunda sobre las nociones del habitar y su confluencia en la diversidad cultural y la diversidad productiva de lo arquitectónico.

4.2 Implicaciones de lo arquitectónico en el entorno-ambiente humano

El presente trabajo de investigación partió de la premisa relacional de incidencia mutua entre el tema del habitar y de la producción de lo arquitectónico, con la intención de encabezar un ejercicio reflexivo que ofreciera un panorama más amplio de la cercanía conceptual de ambos temas. Para ello, se partió de la explicación tentativa que afirmaba que los modos de habitar eran responsables de determinar la manera de producción arquitectónica, e igualmente, que las

formas de producir edificaciones incidían en la determinación del habitar humano.

Frente a esta cuestión teórica, y como método de investigación a seguir, fue que se decidió emprender una revisión respecto a algunas nociones del habitar desde la fenomenología trascendental de Heidegger con la idea de obtener una serie de opiniones interdisciplinarias a su paso, cuyo cauce conceptual desembocara en el segundo extremo de la investigación de la producción arquitectónica y el fenómeno de lo arquitectónico. En caso de que esta aproximación fenomenológica a los modos de habitar se vinculara con las ideas de lo arquitectónico, el paso siguiente tendría que ver con contextualizar en sentido inverso la producción arquitectónica con las nociones del habitar para poner a prueba la hipótesis planteada inicialmente y verificar si efectivamente es apropiado comprender ambas temáticas como parte de un único binomio.

En este sentido, puedo mencionar que el presente ejercicio reflexivo evidenció que efectivamente existe una relación bidireccional entre ambas temáticas, aún si en esta relación se haya manifestado la dificultad para distinguir con precisión en qué medida el acto edificatorio es determinante de los modos de habitar, y cómo exactamente es que el surgimiento de lo arquitectónico ha de concretarse a partir de los modos de habitar y los modos de producir arquitectura. Con esto no quiero decir que este binomio (diversidad del

habitar-producción arquitectónica) continúa situándose dentro de lo incierto e inaccesible, sino más bien que demostró su complejidad epistemológica y sus desafíos para conocer rigurosamente la naturaleza de los fenómenos implicados en la conformación cualitativa de lo arquitectónico o bien, las fronteras de acción e incidencia entre la edificación materializada y la solidificación de las experiencias culturales del entorno.

Por lo tanto, si bien los temas de estudio aquí abordados priorizaron un razonamiento especulativo y no precisamente exhaustivo, abrieron durante este ejercicio revisor un par de horizontes multidisciplinares posibles para continuar indagando en el tema de la diversidad cultural del habitar y de los procesos de producción arquitectónica. Esto, por un lado, significa que facilitó estudiar los vínculos conceptuales desde el pensamiento de distintos autores, mostrando la correlación existente entre el tema del habitar y de la producción arquitectónica a partir de las diferentes ciencias humanas, y por el otro, que puede y debe ser franqueada desde diversas ópticas para lograr un entendimiento más holístico. Por el momento, hablaré acerca de los encuentros ideológicos desarrollados referentes a la producción arquitectónica, la diversidad cultural del habitar, la producción de lo arquitectónico y la conformación del entorno-ambiente humano.

Con la intención de mostrar más claramente las implicaciones de lo arquitectónico y de los modos de habitar en la consumación del entorno-ambiente humano, sugiero visualizar la vinculación conceptual de esta agrupación temática a partir de un esquema jerárquico de relaciones (ver figura 4.2a). Dicho esto, habrá que reconocer y situar a la cultura en el peldaño más alto del esquema, y entenderla como una dimensión intrínseca del ser humano que se manifiesta por medio de la totalidad de las prácticas sociales reconocidas y legitimadas por una ética, quienes a su vez se muestran como los fenómenos causales de los procesos conformadores de la identidad y las interacciones del ser humano con su mundo. Este reconocimiento es importante, pues posibilita entender a la cultura como el rasgo más distintivo del ser humano y productora de los símbolos y significados que comprenden a nuestro estar-en-el-mundo; desde luego, la dimensión cultural abre la posibilidad de estudiar el sistema de relaciones del humano desde el lenguaje y la poesía, por lo que ha de tenerse en cuenta que, el estudio de la cultura, además de ser un tema de considerable complejidad dentro del ámbito arquitectónico, requiere asimismo partir de ciertas bases culturales preexistentes para la interpretación de sus fenómenos, por lo que conlleva una fuerte carga subjetiva desde el observador.

El fenómeno de lo humano tendrá que ver, —desde un punto sumamente abstracto y de acuerdo a mi entendimiento—, con aquello que Martin Heidegger

menciona como el nexo habitar-construir y que comprende todas las esferas de actuación del ser humano, en especial con la comprensión intuitiva y teórica de los fenómenos que se aparecen ante el ser y lo moldean tanto en lo individual como en lo social: habitar significa construir un entorno y permanecer en la envolvente física y simbólica que rodea a un microcosmos definido por la experiencia perceptiva y cultural del *Dasein*; similarmente, el construir se refiere a la capacidad intelectual y al libre albedrío del ser humano para proyectar y velar por su existencia, encontrando para ello un lugar y un domicilio en el mundo a partir del cual le sea favorable preservarse y cultivarse.

Seguido de estos dos escalonamientos se hallarían los procesos de generación de lo arquitectónico, que como se abordó previamente, más que inclinarse al aspecto material de las edificaciones, aluden a las experiencias culturales del humano cuando se relaciona con estas espacialidades materializadas, indicando que estas prácticas van más allá de lo perceptivo y la figura formal con la que se suele vincular comúnmente al quehacer arquitectónico. Me quedo con la impresión de que esta trascendencia del aspecto puramente tangible-objetual al de lo espiritual ha de darse gracias a la correcta mediación entre la materia y la materialidad del ser-en-el-mundo, entre lo simbólico y lo utilitario, entre el *ethos* presente y el *ethos* futuro, y desde luego, entre la apropiación cultural de la materia edificada y el conjunto de nuevas

expresiones del habitar que comprenden al entorno-ambiente humano y que están definidas por lo antropológico, lo biológico, lo social, lo político, lo económico, lo psicológico, lo geográfico y lo filosófico, así como toda otra área de conocimiento derivada de la generación de lo humano.

Respecto a la noción de la producción arquitectónica —entendida como la generación material de la obra edificada a habitarse—, se vuelve sugerente identificarla como el conjunto de actividades interdisciplinarias para materializar una edificación a ser consumida por una forma particular de cultura. Esta actividad está sujeta a transformaciones ideológicas y fricciones socioculturales, en donde han de participar numerosos actores sociales de manera coordinada durante los distintos estadios productivos, de los cuales la figura del arquitecto corresponde tan solo a uno de ellos. Al hablar de estas fricciones culturales me refiero principalmente a los encuentros ideológicos que defienden o cuestionan el *imago mundi* colectivo como parte de los procesos de autoproducción cultural, los cuales abren la oportunidad de meditar respecto a los modos de habitar conocidos y vigentes con otros modos de habitar probables y futuros: se trata de una puesta en cuestión del estar-en-el-mundo a partir de condiciones opuestas pero necesarias para los procesos productivos de lo humano, similar a como lo mencionaba Bolívar Echeverría al abordar el tema de la cultura y la modernidad. Tales dualidades atañen cuestiones tanto utilitarias como simbólicas, como por

ejemplo, la aceptación y el rechazo de las propuestas del habitar, la adecuación y el desprecio de las nuevas espacialidades de acuerdo a las costumbres vigentes, lo valioso y lo insignificante de los objetos a-la-mano, o bien, los comportamientos probables al disponer de la edificación (mismos que pueden estar permitidos o prohibidos acorde al a los códigos conductuales pactados por la ética de dicha cultura).

Similar como sucedió con la aproximación al binomio del habitar y la producción, considero aconsejable visualizar a la producción arquitectónica como un sistema dinámico sin fronteras claramente delimitadas, puesto que no parecen haber límites notorios que indiquen cuándo es que se pasa de un estadio productivo al siguiente, ni algún indicativo que sugiere que deba entenderse como una sucesión continua y lineal de eventos. Este sistema dinámico implica reconocer que en el fondo existe una intrincada dependencia sociocultural y con ello una extensa red de conexiones simbólicas que actúan en múltiples direcciones y actúan en última instancia para adecuarse al deseo y las necesidades de los seres habitantes previstos por el diseño arquitectónico.

En el escenario más óptimo de este sistema, se podría decir que, si la propuesta materializada de la figura resulta adecuada para su deseado consumo —dejando con ello la facultad de sin frustrar ni conflictuar los procesos de autoproducción cultural, y mediante la construcción de un lugar y un sentido de

pertenencia—, quizás en ella podrá llegar a acontecer como última instancia lo arquitectónico (más no es una garantía ni algo en donde sea posible intervenir directamente).

Como último aspecto a cubrir y complementando esta interrogante de lo arquitectónico, habrá que observar también que la incidencia social de cualquier agente productivo durante la conformación arquitectónica —como bien pudiese ser el personaje del arquitecto proyectista—, es sumamente limitada en relación al panorama completo, si se reconoce una vez más que toda forma de producción ha de partir inevitablemente de lo político y lo colectivo, y no de la acción individual ni el pensamiento autónomo de un solo interventor. En este sentido sugiero que, para dimensionar la incidencia de los actores comprometidos en la producción arquitectónica, habrá de tomarse en consideración todas las demás estructuras conformadoras de lo social y lo cultural implícitas en las actividades arquitectónicas y edilicias, así como los agentes sociales inmersos en los diversos estadios productivos de la demanda, la proyectación, la materialización y el consumo de las edificaciones; lo anterior para contrarrestar la creencia errónea de que la producción arquitectónica ha de ser la encargada de generar cultura, reestructurar el entorno humano o germinar el habitar a través de la mera formalización de la figura.

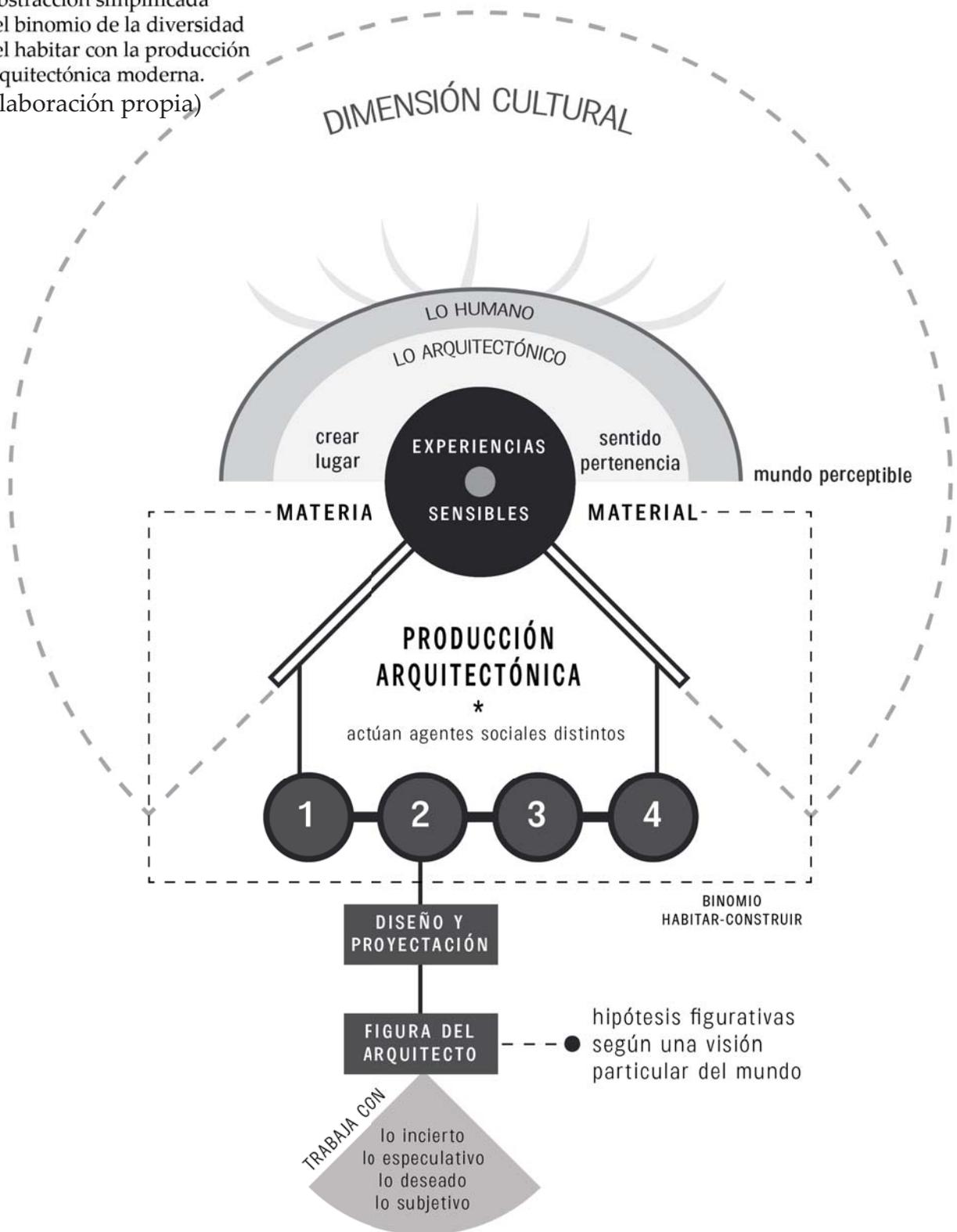
Esto significa tomar en consideración que los procesos de interpretación cultural de los que hemos de disponer durante las prácticas arquitectónicas proyectuales dependerán asimismo de otras prácticas subjetivas que guiarán la toma de decisiones y la propuesta de las hipótesis formales del diseño arquitectónico para intervenir entre los deseos y las satisfacciones de los supuestos agentes habitadores. Teniendo esto en cuenta, se vuelve preciso reconocer que el campo de acción del arquitecto proyectista (así como de cualquier otro agente de diseño equivalente) ha de concretarse por medio de actividades hipotéticas, propositivas e imaginativas con las que se cuenta, lo cual conlleva trabajar a partir de lo incierto, lo especulativo, lo sugestivo y lo subjetivo.

Ahora bien, esto no significa tampoco que la labor proyectual esté sujeta a un escenario caótico impredecible frente a los modos de habitar, ni mucho menos que el peso del diseño está predeterminado a sucumbir ante la compleja estructura cultural auto conformativa, sino más bien que este preciso reconocimiento de actuación e incidencia limitada del *arquitecto* en los procesos de producción de lo arquitectónico es simultáneamente un área de oportunidad para reorientar el enfoque del diseño hacia una comprensión más sensible de la diversidad cultural y sus estrechas implicaciones en los procesos edificatorios actuales en donde transcurre nuestro vivir.

Solamente a través de una sensibilidad poética-perceptiva podrán una edificación y el ser habitador dejar de ser vistos en términos estrictamente utilitarios, tangibles e independientes, y comenzar a contemplarse por aquello que son realmente: un microcosmos conformado por una dimensión material y espiritual con robustas implicaciones culturales, inaugurado en un lugar concreto dentro de la máxima envolvente existencial como lo es el entorno-ambiente humano. La materialización formal no solamente habrá de preservar la integridad de estos seres habitantes mediante el resguardo físico y las satisfacciones fisiológicas, sino que además deberá de sustentarse por los sistemas de códigos y valores encargados de asignarles una identidad y una experiencia plena y gratificante durante las manifestaciones sensibles de su existencia; desde luego esta materialización habrá de velar por un aspecto utilitario con propósitos productivos claramente definidos que, como última instancia, han de dar paso a otros procesos edificatorios productivos sustentados en nuevos deseos y nuevas formas de ser en la tierra (véanse los esquemas 5a, 5b y 5c en el apartado de *Anexos gráficos* para complementar estas reflexiones a partir de recursos gráficos que ejemplifican la incidencia bidireccional del problema de conocimiento).

Esquema 4.2a)

Abstracción simplificada del binomio de la diversidad del habitar con la producción arquitectónica moderna. (Elaboración propia)



4.3 Limitaciones de la investigación y consideraciones finales

Reconozco que el camino emprendido evidenció la complejidad del tema de conocimiento, pues a lo largo de los ejercicios indagatorios surgieron constantes tropiezos y momentos de incertidumbre en donde el panorama general de investigación se volvía un tanto difuso y se expandía indefinidamente ante un mar de conocimiento. Es por ello que, ante este tipo de investigaciones exploratorias y multi diversas, se vuelve natural identificar aquellas limitaciones más con las que me he enfrentado a lo largo de este particular ejercicio deductivo.

En primer lugar, he de admitir que las destrezas disponibles para inquirir en esta red conceptual permitieron lograr apenas una modesta aproximación hacia los tantos vínculos posibles entre el habitar y la producción de lo arquitectónico, pues este nexo conceptual fue afrontado desde un limitado número de perspectivas teóricas que mostraron apenas una cara de la moneda. Esto, desde luego, lleva a comprender el resultado reflexivo hasta aquí logrado con ciertas reservas, puesto que dentro del amplio repertorio teórico existente se priorizaron tan solo tres ejes para la investigación, cada uno de ellos fue estudiado paralelamente desde autores que guiaron el presente discurso (la fenomenología desde el pensamiento de Heidegger, la dimensión cultural desde

Echeverría y la producción de lo arquitectónico desde García Olvera y Hierro Gómez). el objetivo primordial consistió en relacionar los dos temas de estudio en función del otro, y por ende Con esto quiero decir que, a partir del espectro mega diverso y multidisciplinar desde el cual admiten ser estudiadas las nociones de la producción de lo humano, se priorizaron tan solo las perspectivas intelectuales que mejor congeniaban con los tres ejes de investigación planteados (habitar-cultura-producción) e inevitablemente, se descartaron otro tipo de acercamientos y perspectivas, dejando en segundo plano conceptos complementarios que no fueron posibles de abordar con más detenimiento, tales como la biología, la tecnología, geografía, la ética, la émica, la religión, las costumbres, las tradiciones, la estética y las artes.

Si bien las indagaciones hasta aquí logradas proporcionaron las herramientas suficientes para asociar el repertorio conceptual adquirido con sus respectivas extensiones culturales, permanecen todavía unidos con notoria superficialidad que no debe ser descartada al momento de estudiar el habitar y los procesos productivos de lo arquitectónico y lo humano. En este sentido, los alcances aquí obtenidos aportan tan solo una visión distinta hacia el tema de conocimiento, pero distan mucho de explicar minuciosamente el conjunto de redes interdisciplinarias presentes en los asuntos culturales, existenciales y productivos que caracterizan al ser humano.

Con esto en consideración, me parece oportuno expresar la presunción de que el estudio de este otro componente identificado como el entorno-ambiente humano resulta prometedor para fortalecer y consolidar la aproximación fenomenológica de la diversidad cultural del habitar y la generación contemporánea de lo arquitectónico, pues me quedo con la sospecha en que este binomio ofrece nuevas oportunidades para visualizar y complementar los temas de la experiencia sensible, la creación del lugar y el cultivo identitario a través del medio construido. Teniendo esto en mente, asumo que el estudio de esta incógnita puede mostrar más claramente las fricciones culturales, sociales, económicas, psicológicas y biológicas que atañen al habitar humano y al quehacer arquitectónico con las que se estuvo dialogando hasta ahora.

Como consideraciones últimas, me parece asimismo apropiado explorar las teorizaciones de autores contemporáneos al tema del habitar y la producción arquitectónica tales como Merleau-Ponty, Jean-Paul Sartre, Christian Norbert Schulz, Edward T. Hall, Amos Rapoport, Humberto Maturana, Yuval Noah Harari, Robert Mugerauer, David Seamon, Jorge Sarquís, Josep Muntañola, Juhani Pallasmaa, Ignasi de Solà-Morales, Steven Holl, Roberto Doberti y Vittorio Gregotti, esto con particular inclinación hacia los campos de estudio de la geografía, la antropología, la sociología y la filosofía.

Los temas en donde más me parece apropiado continuar indagando son la fenomenología del lugar, la fenomenología de la percepción, la hermenéutica del medio ambiente, la noción del ambiente, la imagen y la forma, la ética y la moral en lo arquitectónico, el proyecto arquitectónico, las prácticas proyectuales y el diseño arquitectónico moderno. Desde luego, he de hacer la observación de que estos ejercicios hacia el conocimiento no han de tratar de dar respuestas concretas a los temas de investigación, sino únicamente consisten en describir y teorizar en los conocimientos de un par de autores ante la compleja urdimbre ideológica y multifacética de las ciencias humanas en donde se sitúa la disciplina arquitectónica.

A propósito de este último punto —y como bien me lo comentó el Dr. Miguel Hierro Gómez en un determinado momento—, las respuestas ante estos temas de conocimiento no han de encontrarse precisamente dentro de las teorizaciones disciplinares de la arquitectura, sino más bien en los ejercicios reflectivos interdisciplinarios que ayudan a ampliar los horizontes conceptuales y construir nuevas formas de entendimiento para acercarse a lo simbólico, lo estético, lo cultural y desde luego, a lo arquitectónico. La arquitectura, entonces, advierte que debe ser estudiada por fuera de su campo disciplinar.

Referencias

- Acevedo Guerra, Jorge. "El habitar como ser del hombre, según Heidegger". *Hermenéutica Intercultural Revista de Filosofía*, núm. 28, 2017, pps. 189-197.
- Agamben, Giorgio. "Habitar y Construir". *Universidad de Roma La Sapienza*, 2018.
- Aguirre Arcos, Aura. *Habitar: reflexiones en torno a Heidegger*. 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Tesis.
- Baltierra Magaña, Adrián y Miguel Hierro Gómez. *El diseño arquitectónico: un acertijo epistemológico*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.
- Bartra, Roger. *Antropología del cerebro: conciencia, cultura y libre albedrío*. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Cabrera Palomec, René. "Homenaje a Bolívar Echeverría: Reflexiones sobre la noción de cultura en Bolívar Echeverría. Discurso crítico, modernidad y resistencia". *Unidad de Humanidades de la Universidad Veracruzana en Xalapa*, 2014.
- Childers, Joseph y Gary Hentzi editores. "Dasein". *The Columbia Dictionary of Modern Literary and Cultural Criticism*, 1995, pp. 70.
- Cuervo Calle, Juan José. "Habitar: Una condición exclusivamente humana". *Iconofacto*, vol. 4, núm. 5, 2018, pps. 43-51.
- Doberti, Roberto. *Habitar*. Editorial Nobuko, 2011.
- Echeverría, Bolívar. *Definición de la cultura*. FCE, 2da ed., 2010.
- "Entorno." *Oxford English Dictionary*. En *Diccionario y Tesauro en inglés y español*, <https://www.lexico.com/es/definicion/entorno>

“Entorno.” *Real Academia Española*, 23a ed., <https://dle.rae.es/entorno#otras>

García Olvera, Héctor y Miguel Hierro Gómez. *Aproximación crítica a las ideas de la producción de lo arquitectónico*. Editorial Facultad de Arquitectura, Colección “Lo arquitectónico y las ciencias de lo humano”, vol. 5, 2016.

- - -. *Programa de maestría y doctorado en arquitectura*, 1a ed., Facultad de Arquitectura, 2016.

- - -. *Un acercamiento revisor a las nociones del diseño en la producción de lo arquitectónico*. Editorial Facultad de Arquitectura, Colección “Lo arquitectónico y las ciencias de lo humano”, vol. 6, 2016.

García Olvera, Héctor. “La habitabilidad, lo arquitectónico y lo habitable en el sentido de la producción de lo biopsicosocioantropológico del ser humano vivo, viviente y habitador”. *Academia XXII*, vol. 10, núm. 20, 2019, pps. 90-106.

García Olvera, Héctor, Hierro Gómez, Miguel y Adrián Baltierra Magaña. *Reflexiones en torno a la actividad proyectual y la producción humana en la forma de lo arquitectónico*, Facultad de Arquitectura, 1a ed., vol. 7, 2019. <https://arquitectura.unam.mx/libros.html>

Giglia, Angela. “Housing Solutions in Mexico City”. *Housing Assets, Housing People*. Universidad Metropolitana-Iztapalapa, 2009, pps. 1-15. academia.edu/7377128/Housing_solution_in_Mexico_City

- - -. “Producir y habitar la ciudad informal: Reflexiones desde la antropología”. *Sistema mundial y nuevas geografías*, Carmen Bueno, Margarita Péres Negrete, coords., Editorial Porrúa, 2010, pps. 337-68.

- - -. *El habitar y la cultura*. Siglo XXI Editores, 2012.

- Gregotti, Vittorio, et al. *Los materiales de la proyectación en Teoría de la proyectación arquitectónica*. Editorial Gustavo Gili, 1971, pps. 206-33.
- Heidegger, Martin. *Ser y Tiempo* (Edición electrónica / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. ed.), 1927, pps. 7-50.
- - -. "Construir, habitar, pensar". *Vorträge und Aufsätze*. Segunda reunión de Darmstadt, Neske, Pfullingen ed., 1954.
- - -. *Arte y Poesía*. Fondo de Cultura Económica, 1958, pps. 125-148.
- Holst, Jonas. "Rethinking Dwelling and Building". *San Jorge University*, 2014,
- Inwood, Michael. *A Heidegger Dictionary*. Blackwell Publishers Inc., 1999, pps. 128-129.
- Sulbarán Sandoval, Joely Ariagny, Rangel Rojas, Rafael Humberto. "Importancia del Habitar en el Pensamiento Arquitectónico". *Procesos Urbanos*, vol. 5, 2018, pps. 26-33.
- Maturana, Humberto y Ximena Dávila. *El habitar humano*. Universidad Iberoamericana y Editorial Porrúa, 2008, pps. 337-68.
- Ramachandra, Guha, Gadgil Madhal. "Los hábitats en la historia de la humanidad". Trad. Elena Grau, 1993, pps. 49-103.
- Rapoport, Amos. *House Form and Culture*. Prentice-Hall, 1969.
- - -. *Cultura, arquitectura y diseño*. Edicions de la Universitat Politècnica de Catalunya, 2003.
- Sarquis, Jorge. "Arquitectura y modos de habitar" (1ra edición ed.). Nobuko, 2006, pps. 13-36.

Seamon, David y Robert Mugerauer. *Dwelling, Place and Environment towards a Phenomenology of Person and World*. Martinus Nijhoff, 1985.

Soto Bustamante, Ana María. *Hacia una lectura del habitar humano*. 2001. Universidad de Chile, Tesis.

Torres Rodríguez, Alberto. *Del habitar a la habitabilidad en el proceso de diseño arquitectónico*. 2011. Universidad Nacional Autónoma de México, Tesis.

Zaborowski, Holger. "Towards a phenomenology of dwelling". *Communio: International Catholic Review*, 2005, vol. 32, pps. 492-516.

Bibliografía complementaria

Bollnow, Otto. *Human Space*. Hyphen Press, 2011.

De Solá Morales, Ignasi. *Diferencias: topografía de la arquitectura contemporánea*, 1a ed., Editorial Gustavo Gili, 2003.

Eco, Umberto. *Cómo se hace una tesis*. Gedisa España, 1991.

Holl, Steven. *Cuestiones de percepción: fenomenología de la arquitectura*. Editorial Gustavo Gili, 2014.

- - -. "Arquitectura y existencialismo: una crisis de la arquitectura moderna". *Annals d'arquitectura*, núm. 5, 1991, pps. 25-33.

Noah Harari, Yuval. *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Debate, 2015.

Norberg-Schultz, Christian. *Genius Loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. Editorial Rizzoli, 1979.

- - -. *Los principios de la arquitectura moderna*. Editorial Reverté, 2009.

Pallsamaa, Juhani. *Habitar*. Editorial Gustavo Gili, 2016.

- - -. *Los ojos de la piel*. Barcelona. Editorial Gustavo Gili, 2012.

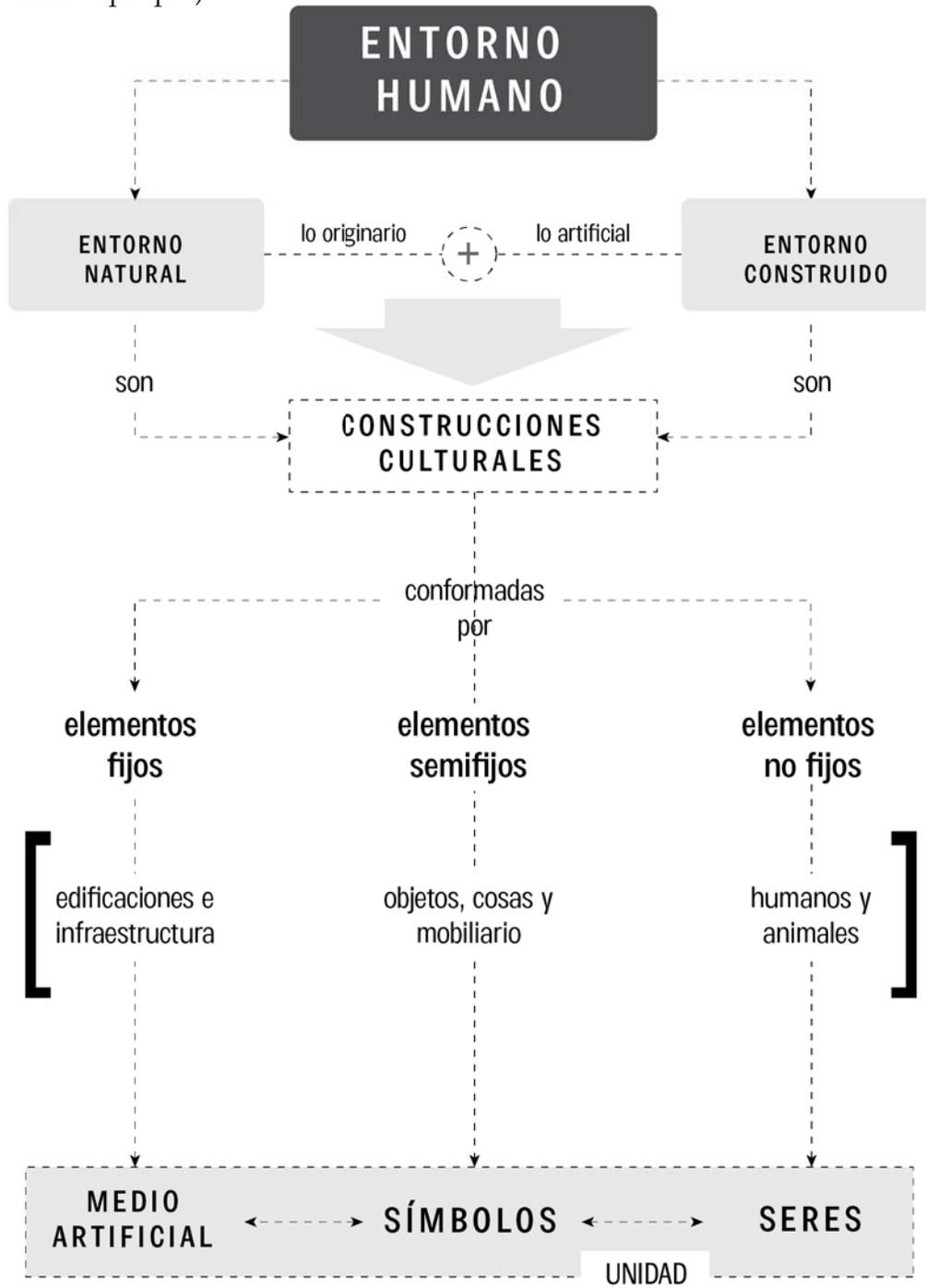
Willard Moore, Charles y Gerald Allen. *Dimensiones de la arquitectura: espacio, forma y escala*. Editorial Gustavo Gili, 1976.

Anexos gráficos

Esquema 5a)

Explicación del entorno como unidad cultural compuesta por una serie de elementos permanentes y transitorios.

(Elaboración propia)



Esquema 5b)

Gráfico simplificado explicando los estadios de la producción arquitectónica de manera cíclica y auto conformativa. El enfrentamiento del habitar hipotético es enfrentado con el habitar real de la espacialidad materializada.

(Elaboración propia)

